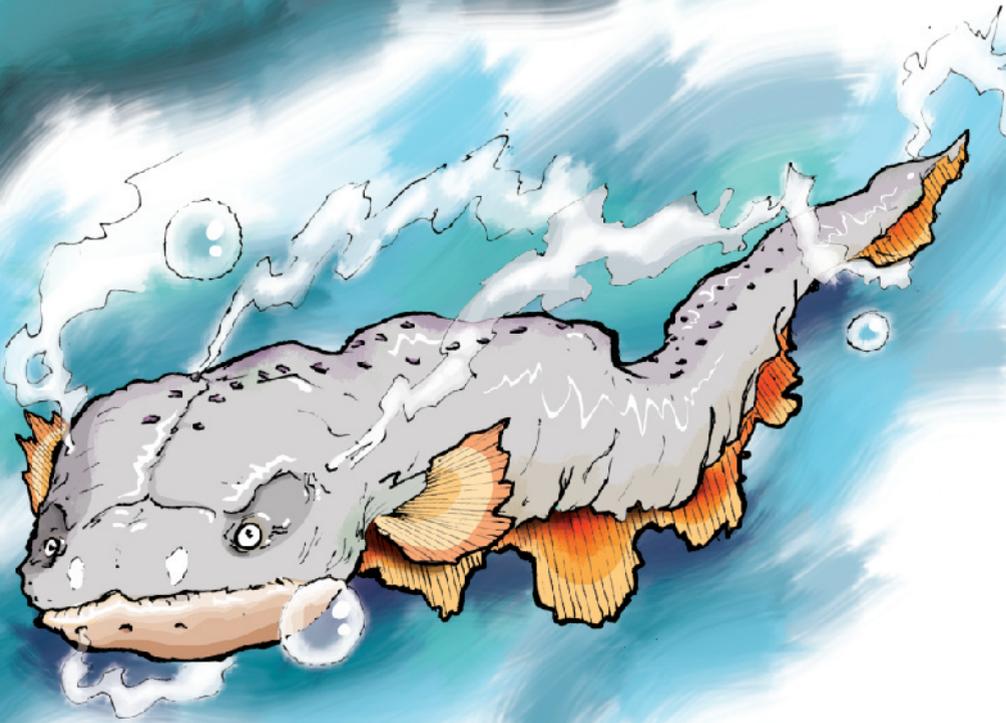


# Temblador



**VÍCTOR CANESTRI**

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroy larana

COLECCIÓN

*Páginas Venezolanas*

SERIE **Contemporáneos**





**Tembladör**

República Bolivariana de Venezuela  
Fundación Editorial  
  
elperroylarana

© Víctor Canestri  
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2011  
Centro Simón Bolívar  
Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela, 1010.  
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

**Correos electrónicos:**  
comunicaciones@fepr.gob.ve  
editorialelperroylarana@fepr.gob.ve

**Páginas web:**  
www.elperroylarana.gob.ve  
www.mincultura.gob.ve/mppc/

**Diseño de portada**  
Daniel Duque

**Diseño de la colección**  
Mónica Piscitelli

**Edición**  
Juan Carlos Torres

**Corrección**  
Rosa Arévalo  
Damaris Tovar

**Diagramación**  
Mónica Piscitelli

**Impresión:** 2015  
**Hecho el Depósito de Ley**  
Depósito legal lf40220148004002  
ISBN 978-980-14-1957-0

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

# Tembladör

VÍCTOR CANESTRI



## colección *Páginas Venezolanas*

*La narrativa en Venezuela es el canto que define un universo sincrético de imaginarios, de historias y sueños; es la fotografía de los portales que han permitido al venezolano encontrarse consigo mismo. Esta colección celebra —a través de sus cuatro series— las páginas que concentran tinta como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes.*

*La serie **Clásicos** abarca las obras que por su fuerza se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana; **Contemporáneos** reúne títulos de autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer rezumar de sus palabras nuevos conceptos y perspectivas; **Antologías** es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren senderos al deleite y la crítica; y finalmente la serie **Breves** concentra textos cuya extensión le permite al lector arroparlos en una sola mirada.*



## Nota introductoria

El resultado de la Segunda Guerra Mundial, adverso a las armas alemanas, se vislumbraba ya a fines de 1944. Los servicios de inteligencia aliados reunían evidencias del posible uso, por parte del III Reich, de los terribles e inhumanos gases neurotóxicos, lanzados desde la cabeza de combate, utilizando los cohetes V2 como vector, contra Londres, París, Amberes y otras ciudades europeas. Ante tan terrible perspectiva, derivada del uso de armas de destrucción demográfica, una gran investigación científico-militar se realizó para evitar que ocurriera este último acto de venganza. En las electropilas, tejido especializado, del pez eléctrico llamado Temblador (dulceacuícola suramericano), llevado a Alemania a fines del siglo XIX por el ilustre naturalista Barón Von Humboldt, se hallaba la preciada molécula capaz de actuar como antídoto.

En el mar Caribe navegaron submarinos alemanes en misiones de patrullaje y ataque a buques mercantes, tanqueros principalmente, y a instalaciones para la refinación de petróleo. Entre las costas de Trinidad y Venezuela, esta actividad fue intensa e incluyó el posible traslado de anguilas eléctricas (*Electrophorus electricus*). En la primigenia población de Macuro una expedición botánica norteamericana colectaba plantas, especialmente las que podían servir para el tratamiento de las fiebres palúdicas, que tantos estragos les podrían causar a las tropas en el teatro de operaciones del Pacífico.

Extranjeros residentes en Macuro sospechaban que los motivos reales de esta expedición eran la búsqueda de yacimientos petrolíferos y auríferos, o de diamantes, minerales radiactivos o incluso tesoros arqueológicos. Una médico de origen alemán protagonizará junto con un joven científico suramericano, ella en Macuro, él en Europa, los forcejeos para llevar a cabo o evitar respectivamente la viabilidad del empleo de armas neuroquímicas, proyecto manejado en el máximo secreto por el centurión mayor del III Reich, Heinrich Himmler, sin que el mismo Hitler lo supiera.

Esta obra de ficción, con un marco histórico real, derivado del hallazgo, por parte de las tropas norteamericanas, de grandes concentraciones de cápsulas con gases paralizantes en territorio alemán ocupado, es el motivo por el cual aumentaron las acciones que incluían la evacuación de Londres, así como el bombardeo más intenso, convirtiéndolo en prioritario, de las rampas de lanzamiento de los temidos cohetes V2.

EL AUTOR

*Cuando oigo mencionar la palabra cultura,  
cargo mi revólver.*

HANNS JOHST

*Magistrado nazi*



*Matadlos a todos. Dios reconocerá a los suyos.*

AMAU AMAIRI

*Abad de Císter*



## Prólogo

### **Puerto Colón o Macuro: El sumergible nazi en aguas del Paraíso Terrenal**

¿De dónde, sino del mismísimo Paraíso Terrenal procederá ese torrente? “La pelea del agua dulce con la salada” que Cristóbal Colón, en los primeros días de agosto de 1498, y desde el puente de la nao capitana, estaba contemplando a medida que su flota de seis carabelas se adentra en el Golfo de Paria, donde además será zaran-deada de lo lindo por una ola que se levantó tan alta como el propio velamen, y que por poco la sepulta. Era su tercer viaje. El almirante había zarpado de Puerto de Palos el 30 de mayo, día de la Santísima Trinidad, siempre con la idea fija de alcanzar las latitudes asiáticas del Gran Khan, aquellas donde, cabalgando por la ruta de la seda, se puso Marco Polo desde Venecia, como ya lo habían hecho su padre Niccoló y su tío Mateo, y según él lo refiere en su libro *El millón*, un *best-seller* en circulación desde 1332. Otras lecturas de Colón que también conducen al Lejano Oriente: *El Libro de las maravillas*, de sir Jhon Mandeville, escrito sin que el autor se moviera de su escritorio (Lieja, 1332); la *Historia rerum*, de Eneas Silvio Piccolomini, que será el Papa Pío II (Venecia, 1477); y la *Imago Mundi*, del cardenal francés Pierre d’Ailly o, como se decía en España, Pedro de Aliaco (Lovaina, 1480-1483). Además, Colón se cartegó con el matemático florentino

Paolo Toscanelli, sobre las distancias a partir de las Canarias a Catay (China) y Cipango (Japón), a las cuales el genovés acomodará oportunamente a la conveniencia de su prospecto ultramarino.

En sus dos primeras travesías, la de 1492 y la de 1493, Colón estaba más que convencido de haber arribado por lo menos a los alrededores del Gran Khan y su imperio colmado de tesoros. Pero entonces su flota no surcó más allá de la Antillas Mayores. Esto es lo mismo que ocurrirá en la tercera travesía, durante la cual, por lo demás, al almirante lo afectó la gota que ya venía sufriendo y la oftalmia, que desde la mitad de la ruta le hinchó los párpados hasta casi cerrárselos, cuando no era el calorón que amenazaba con incendiar a los navíos.

El 31 de julio, por fin, en el horizonte surgió la Punta Galea (Galeota) en la Isla de Trinidad, de tal guisa denominada por Colón por los tres picos que surgen de la misma. “Había casas y gente y muy lindas tierras, atán hermosas y verdes como las huertas de Valencia”, y así lo escribirá el almirante en la carta a los Reyes Católicos. Al día siguiente, allí estará la primera visión de tierra firme, la Punta Bombeador de Venezuela; pero él piensa que navega entre ínsulas. Y luego, por la que se llamará Boca de Serpiente, enfila al Golfo de Paria, el receptáculo edénico. Ancla en la Punta de Icacos trinitaria, y unos veinticuatro indígenas, “todos mancebos y muy ataviados de armas, arcos y flechas y tablachinas”, acuden remando en canoa a saludar a los navegantes. Todo el mesianismo de Colón, unido a su frecuente lectura de las Escrituras y de santos y teólogos, más el repertorio de leyendas de los antiguos como corrían entre mediterráneos, se pone de manifiesto en la conclusión a la cual llega ante lo que no era otra cosa que la desembocadura del Orinoco en el Golfo de Paria. Por eso expresa en dicha carta, con lo que no saldrán del mayor asombro en la Corte:

Grandes indicios son estos del Paraíso Terrenal. De lo contrario, ¿de dónde puede venir caudal semejante? Más aún, según sus cálculos, como lo confirma la aguja de marear, y con el perdón de todos los sabios, fallé (hallé) que no era (el mundo) redondo; sino más bien a modo de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y un lugar de ella fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte de este pezón sea más alta o más propinqua al cielo y sea debajo de la línea equinoccial y en esta mar oceana el fin de Oriente, es decir, el Asia.

De Este a Oeste, la flota recorre las costas de la península de Paria

de temperancia suavísima y las tierras y árboles muy verdes y tan hermosos como en abril las huertas de Valencia; y la gente de allí de muy linda estatura y blancos más que otros que haya visto en las Indias, e los cabellos muy largos e llanos, e gente más astuta o de mayor ingenio e no cobardes”. El almirante, que permaneció todo el tiempo a bordo debido a sus achaques, el día 6 dio instrucciones a los marineros “de bajar a tomar posesión de la tierra, con el consiguiente despliegue del pendón de Castilla y golpes de tambor.

Ante la ceremonia, los indígenas se habrían quedado haciéndose toda clase de interrogantes.

Jardines, y a continuación Tierra de Gracia, denominó Colón a la península de Paria. Los nativos, como los de Trinidad, también remaron hasta las carabelas, pero llevando piezas de oro al pescuezo y algunos llevaban atados a los brazos perlas, aquellas, producto seguramente del trueque con Centroamérica, y estas, de los ostiales de Cubagua. Y ha nacido el mito de El Dorado.

¿Y por qué Tierra de Gracia? La toponimia que Colón asignó desde sus primeros descubrimientos, y aunque se trate de posesiones del Imperio asiático, se basa en la advocación del creyente y en el homenaje del vasallo: San Salvador, Santa María de la Concepción Fernandina, La Isabela. A Cuba la bautizó Juana por la primogénita de los reyes, donde designó la parte meridional como los Jardines de la Reina, y remató con el Mar de Nuestra Señora. La próxima isla, Haití-República Dominicana, la llamó La Española.

Gracia, la que fue identificada con la península de Paria, no es otra que doña Grazia Geraldini, madre de monseñor Alejandro, oriundo de Umbría, nuncio en la Corte española y preceptor de los infantes de los monarcas. Como tal, no poco le allanó a Colón para superar los argumentos contra su proyecto de ir por el Poniente al Levante, por el cual estuvo a punto de ser acusado de hereje, nada menos, por los ortodoxos de Córdoba y Salamanca. El otro hijo de Grazia, Antonio, será el obispo de Santo Domingo. Y así, bautizada como Tierra de Gracia, queda la porción de lo que se llamará Venezuela, a su vez remate septentrional del continente. A las dos semanas de bojear de aquí para allá, el almirante pone proa a la Margarita perlífera y luego a Santo Domingo, saliendo por la Boca de Drago, la que ruge para entrar en el Golfo de Paria. Puerto Colón se denominó uno de los primeros sitios avistados por la flota del genovés al extremo oriental de la península; y, desde 1738, San Carlos (por el Rey de España) de Macuro, hasta quedar reducido a este último topónimo.

*Por ahí, 442 años más tarde, en 1940, andaba merodeando un sumergible procedente no del Paraíso Terrenal precisamente, sino del III Reich, tripulado por los tiburones de Adolf Hitler...*

RAFAEL PINEDA

## Palabras previas

Desde Sanlúcar de Barrameda zarpó Cristóbal Colón un 30 de marzo de 1498, era su tercer viaje a las Indias Occidentales, recién descubiertas. Navegó cerca de la desembocadura del majestuoso Orinoco, el río padre, después de avistar una gran isla que llamó de la Santísima Trinidad. Entre el calor inclemente, el agua escasa y las violentas corrientes marinas, ya a punto de zozobrar, denominó Boca de Serpiente la separación entre la isla de Trinidad y el bajo Orinoco.

Narra el eximio navegante que encontró “las más hermosas tierras del mundo, el Paraíso Terrenal... o tal vez el Edén, evocado por teólogos o teósofos trasnochados. En cuanto a sus pobladores, en sus propias palabras escribe...

Eran mancebos de buena disposición y más blancos que los que haya visto en las Indias y de muy lindo gesto y hermosos cuerpos, cabellos largos y llanos cortados a la usanza de Castilla y con cabeza atada con pañuelos de algodón tejido en colores y labores. Agregó también en su misiva al Rey de España que exhibían muchas piezas de oro puro.

Ese lugar era Macuro y jamás se hubiese imaginado el almirante descubridor que 442 años, en 1940, después de haber tocado

por vez primera esta tierra firme del continente americano, un sumergible, alemán para más señas, se acercaba a esas costas, pero con propósitos muy diferentes.

# Capítulo 1

En Macuro las gentes murmuraban, bebían, escondían secretos y creían en Dios. La verde humedad del trópico, como una manera de medir el paso del tiempo, trepaba por las paredes de tapia y bahareque de las casas, en su mayoría techadas con hojas de palma y algunas con tejas; todo esparcido a lo largo de un kilómetro. Las gentes coincidían a ciertas horas en el mercadito, donde no era raro que se corriera la voz de un contrabando: un corte de tela, zapatos o licores. A veces para alarma de todos, recalaba un prófugo de Cayena, pero uno de ellos se conquistó la admiración general pintando en la cárcel, en la cual fue recluso, unos murales, incluso uno dedicado a Francisco de Miranda.

Entre una jornada y otra, las artes pesqueras, las atarrayas tendidas sobre horcones, gastadas por el uso, eran objeto de reparación bajo el sol inclemente.

Embarcaciones de diferentes calados y banderas anclaban allí, en la costa de Macuro. Procedían de países con intereses comunes o antagónicos. En otra época anclaba la piratería envaletonada con bandera de tibia y calavera sobre fondo negro. Muchas inscripciones grabadas en piedra eran testigos silentes, aunque cronológicamente no se podía precisar cuál era su origen, y en cualquier caso referidas a culturas caribes. Así se desdibujaba

un caserío con anhelos de pesebre. Aquella mancha verdi-terrosa frente al mar y su ruido, era Macuro.

Un antiguo busto de bronce de más de una tonelada, cuyas facciones estaban parcialmente destruidas, se erguía abúlico en la vera del camino a las afueras del pueblito, siendo más insólitas aún las anécdotas que se le atribuían al desconocido personaje, al cual se le había erigido tal escultura. El pedestal, de tanto estar allí, había terminado de enraizarse con la tierra.

Las prisas o aglomeraciones no moraban por estos predios. Las novedades, de ocurrir, eran transmitidas por boca de pescadores que acudían a intercambiar productos de sus faenas, con miembros de las tripulaciones de las embarcaciones en paso hacia otras latitudes. El castellano era el idioma más hablado, pero el inglés, holandés, francés, alemán, portugués, papiamento y hasta vocablos chinos o rusos resonaban con frecuencia en tan diminuta babel. Los pobladores autóctonos a veces naufragaban entre el ocio, el aburrimiento y el fastidio; solo la voz de los grillos penetraba las rocas y en el horizonte sonoro, algunas madrugadas, se oía lloriquear una guitarra.

Los alcatraces al posarse sobre el mar semejaban calladas cafeteras. El minúsculo y colonial templo misional erguía un campanario ya enmohecido por la luz de la luna, donde en ciertas noches se podía observar una incierta llama de candil moviéndose epilépticamente. También era usual ver grupúsculos hasta de doce personas, quienes a la orilla del mar miraban como la brisa batía las cabelleras de las gatas.

La aurora acudía precedida por el arribo de pequeñas embarcaciones, ruidos faunísticos y una carroza llena de cantos de pájaros. A veces el tartamudeo de un fusil ametrallador, resonando desde el murmullo de las olas, hacía recordar... que el Mundo estaba en guerra.

¡Atención! La oscura masa de uniformes de los oficiales navales de alta graduación hacía un continuo con la noche fría y desolada. Todo el día había estado nublado y el mar reflejaba tonos gris-verdosos tan apesadumbrados y melancólicos como el cielo mismo.

El reducido grupo de oficiales estaba presidido por un joven capitán de navío recién transferido desde el comando del crucero *Emden*, y en este día 27 de noviembre de 1935, había sido designado directamente por el canciller Adolf Hitler, como responsable de la creación de una flota de submarinos. Su nombre era Karl Dönitz, nacido durante 1891 en las proximidades de Berlín y quien se había alistado en la Marina de Guerra en 1910. No se imaginaría jamás que el destino lo llevaría a comandar el arma submarina más mortífera que conociera la humanidad; posteriormente durante 1943, se encargó de la jefatura de la Marina de Guerra y en mayo de 1945, cargaría con la inmensa responsabilidad de suceder al propio Hitler después de su muerte.

En los linderos del bosque, contiguo a las instalaciones del Comando Naval, blanqueaba un pabellón, típica joya arquitectónica conservada del neoclásico siglo XVIII, como tantas otras de la Europa central. En su interior, enormes arañas colgantes multiplicaban sus destellos en espejos y cristales de las ventanas, haciendo más enigmática o tal vez hasta siniestra la noche con sus maquinaciones.

Un césped impecable y de trazado geométrico bordeaba el acceso a aquel recinto, tan en contraste con sus actuales funciones, donde se encontraban reunidas las primeras promociones de marinos, los mismos que voluntariamente habían manifestado su deseo de ingresar a la recién creada rama de los sumergibles. Los jóvenes tiburones del III *Reich*. Uno de ellos se llamaba Maximillian von Schobert.

Centinelas y vigías apostados a ambos lados de los setos recibían el haz blanco brillante de los reflectores que intermitentemente producían un efecto muy vistoso en las bocamangas doradas de los uniformes; por allí se llegaba al auditorium.

—Oficiales alumnos, ¡instalados! —voceó un viejo capitán de fragata de pelo completamente encanecido.

—Sentarse, caballeros —ordenó gentilmente el para entonces *Kapitän zur See* (capitán de navío) Döenitz.

En ese momento ni él mismo podría imaginarse hacia dónde sesgaría el destino de Alemania y del mundo, ni mucho menos que alcanzaría la máxima jerarquía naval, equivalente a mariscal de campo, es decir, la de gran almirante (*Gross Admiral*).

—... Ustedes en su mayoría son universitarios. Tenemos en común haber cursado algunos estudios, compartir inteligencia y poca fortuna —afirmó esbozando una sonrisa—. Pero lo que nos amalgama es nuestra devoción por el futuro de la gran Alemania y nuestra pasión por el peligro... —seguidamente prosiguió—. Todos conocemos la más formidable compilación geográfica del mundo, los *Petermanns Mitteilungen*; sin duda los mejores anales publicados hasta ahora, parcialmente comparables solo con los del galo Vidal de La Blanche o del ruso Wolkov —abriendo los brazos para señalar un portafolio que recibió cada uno de los presentes, agregó—. Consulten las tablas que les serán entregadas en sobres lacrados. Lean cuidadosamente los itinerarios, enriquezcan las rutas superficiales o submarinas que algún día navegarán...

Cuando Maximillian von Schobert abrió el sobre rectangular de papel amarillento, después de romper el sello con la palabra *Gekados* (secreto), se enteró de su plan futuro de crucero a lo largo de una región que por primera vez oía mencionar: desembocadura del río Orinoco, isla de Curazao, Bonaire, península de Paria,

Puerto España, Tobago... Macuro. No pudo seguir leyendo. La cabeza le daba vueltas en la misma dirección del globo terráqueo que movía suavemente tratando de ubicar a priori las localidades antes mencionadas.

Volteó a su derecha clavando la mirada en el óleo de casi dos metros donde se veía el barbado y adusto rostro del almirante Von Tirpitz, creador de la Flota de Alta Mar, la cual debió arrebatarse la supremacía a la Armada inglesa, o como dijo en su tiempo el káiser Guillermo II: “Debemos tener el tridente en nuestras manos”.

Simultáneamente acudió a su mente el versículo 1.7 del Eclesiastés: “Todos los ríos corren hacia la mar, pero esta no está llena”.

—Además existe la combinación o mezcla HCX, no es más que cloruro de cinc en fino estado de división y es un fumígeno excelente, produce un gran volumen de humo, causante de irritación en la nariz y congestión severa de laringe y tráquea, así como una sensación de contracción en el tórax, algo muy parecido a no poder respirar.

—Debo decirles que estamos sintetizando para ser usado por nuestras nuevas unidades navales, compuestos derivados del tetracloruro de titanio, cuyo característico denso humo blanco-parduzco es casi una bruma artificial, óptima para el enmascaramiento naval...

—El fósforo blanco —continuó el expositor— se inflama espontáneamente al contactar con el aire, desprendiendo un gas muy irritante rico en ácido fosfórico y partículas que no son combustionadas totalmente, y continuarán ardiendo sobre cualquier superficie, incluyendo la piel.

Por un momento el profesor Falkenhausen detuvo la conferencia dirigida a los cursantes del cuarto año de medicina de la Universidad de Berlín, ya que un contumaz acceso de tos le impidió

continuar; pero más que este hecho fue el fugaz recuerdo de las trincheras durante la Primera Guerra Mundial, en suelos franceses y belgas, lo que le obligó a callar por unos largos segundos. ¿Terror? ¿Pánico?

No; más bien pensamientos destructivos, repetitivos, no deseados, como rumiando las ideas y un atisbo de tortura mental.

—Señores —continuó—, los irritantes pulmonares como el fosgeno, el cual en condiciones ordinarias es un gas incoloro, con un suave olor a heno recién cortado, produce un edema pulmonar extenso que dará paso a una gran congestión en los alvéolos impidiendo el intercambio entre el oxígeno y el dióxido de carbono; es difícil sobrevivir más de cinco horas. No podríamos dejar de mencionar —prosiguió— las muy conocidas mostazas, sí, los terribles gases más usados en la Gran Guerra. La que más se utilizó como arma química fue la mostaza azufrada, cuyo poder tóxico deja lesiones que persisten varios años. La inequívoca sensación de granitos de arena en los ojos es el comienzo de su mecanismo de acción, con expresión de agotamiento en el rostro y al andar —aseveró—. Su poder vesicante hace que cause ampollas en las axilas, cuello, cara y en los genitales; en menos de una hora las bolsitas estarán bien definidas en la piel, semejantes a las quemaduras solares; la fiebre y una tos persistente serán los siguientes síntomas...

Heinz Gerard Falkenhausen volvió a hacer una pausa, en esta ocasión más larga que la anterior. ¿Incertidumbre? ¿Duda? Eso y más. Recordó las fantasmagóricas escenas de los hombres de uniforme, con máscaras antigases que inducían a pensar que sus caras se hubiesen transformado en cabezas insectoides. Él había vivido esa traumática experiencia hacía menos de quince años, durante 1917, y la conservaba intacta en su subconsciente, como si hubiera acontecido ayer.

—... Por último, hablaremos sobre los compuestos vesicantes o ampollantes arsenicales, cuyo agradable aroma frutal o a flores de geranios enmascaran la acción urticante de sus vapores que son muy volátiles. Quemán rápido y ampliamente la superficie corporal, y su gran diferencia con los agentes químicos mencionados con anterioridad es que causan un dolor inmediato a su exposición, siendo su efecto particularmente selectivo sobre la córnea y los ojos en general.

Falkenhausen vio como una de las alumnas cursantes se levantaba y discretamente abandonaba el laboratorio-aula; reconoció a la joven oriunda de Munich, cuyo interés por la bioquímica y sus estudios solo era compartido por su celo y ardor patriótico y nacionalsocialista.

Sí, Federika Model era su nombre. Dejó caer la tiza sobre el amplio mesón, a la vez que se sacudía las manos, lo cual era señal inequívoca de haber concluido la sesión docente. Con paso cansado, abatido y hasta temiendo que su mente perdiera la cordura, contempló el sinnúmero de frascos contentivos de reactivos y soluciones. Su miedo era de origen conocido, su tensión mental no era exagerada, oscilaba entre la apatía y la resignación y toda esta ambivalencia se gestaba al recordar las investigaciones, que de manera ultrasecreta se estaban realizando, referentes a un nuevo tipo de arma química, neuroquímica en este caso, cuyos efectos eran indescriptibles.

—*Gottendamerung* —susurró, asustándose de inmediato por haberlo hecho. Instintivamente miró a su alrededor para estar completamente seguro de que nadie, nadie lo pudo haber escuchado.



## Capítulo 2

La niebla se extendía con el amanecer, sin ser muy espesa, sobre la bahía del puerto de San Francisco, en un día que nacía gris y algo triste. Hay quienes afirman que los barcos, al igual que ciertas personas, siempre poseen singulares historias. Este no era el caso del *Verfis*, el cual durante más de veinticinco años se había paseado cómodamente por las aguas del Pacífico, del Atlántico y también del mar Caribe, con una sincronía casi rutinaria. Usualmente la tripulación compuesta por veintisiete marinos, siete de ellos oficiales, no bajaba a tierra hasta arribar a su puerto de destino en la costa oriental de los Estados Unidos.

Sus viajes, enmarcados dentro de la actividad típica del cabotaje, solo se habían complicado, apartándose parcialmente de su itinerario, el domingo 24 de enero de 1926, cuando captó a bordo en la banda de los 19 m, la señal de socorro lanzada por un carguero de bandera británica en serios apuros.

En su tripulación se mezclaban servidores viejos, con otros que hacían su primera o segunda travesía. Era un grupo que podría clasificarse como políglota, ya que al menos ocho hablaban idiomas diferentes además del inglés. Después de izar a bordo las restantes 150 TN de carga, el *Verfis* recibía a los últimos pasajeros que subían lentamente por la pasarela. Muy escasos parientes se habían reunido para despedirlos.

—Timonel, comuníqueme que el calado y el peso están correctos, ya firmé el manifiesto —exclamó con grave voz el capitán Fred Waywood y a continuación agregó—: Soltar amarras, zarpamos.

Un grupito de marineros de la compañía Thomas Lambert & Ltd. terminaron de movilizar las pertenencias de los once pasajeros que bajaron de la minúscula embarcación que los llevó a otro lugar en la bahía.

El *Verfis*, buque australiano mayormente en servicio de carga, en ciertas circunstancias algo excepcionales transportaba pasajeros; con sus 10.000 TN de desplazamiento zarpó de Seattle, su puerto de origen, pasando por San Francisco rumbo al Canal de Panamá y a través del Caribe, vía Trinidad, llevando un cargamento mixto compuesto principalmente por frutas, minerales de cobre y aceites vegetales, esperando llegar a Norfolk, Virginia, como lugar de destino.

De los diecinueve pasajeros solo dos de ellos abordarían una lancha rápida frente a la isla de Trinidad, la cual los conduciría a la zona del Delta del Orinoco y hasta Macuro.

El capitán Waywood, lentamente y algo quejumbroso, estrechó las manos del Dr. Bruce Steyermer quien, por tercera o tal vez cuarta ocasión, realizaba esta travesía, también lo hizo con el ayudante de campo, quien en esta oportunidad era el biólogo Joseph O'Neil.

Steyermer, egregio botánico de fama universal, clasificador de varios cientos de nuevas especies vegetales, en su séptima década de vida mostraba unos ojos vivaces, muy móviles, y mientras se balanceaba la lancha recién abordada; involuntariamente soltó la barandilla de la que se sujetaba para, con un gesto leve pero perceptible, afirmar su peluquín un poco inquieto por la brisa oceánica.

Su alumno graduado, O’Neil, cuya tesis doctoral él supervisaba, dio un salto cuasi atlético, ya que a sus veintisiete años, este neoyorquino de nacimiento y vivencias, mantenía una envidiable condición física derivada de sus actividades deportivas, en especial jugando *Rugby*, lo que frecuentemente hacía.

En un par de horas o algo más, llegarían a tierra firme por una zona cercana, por donde hace cinco centurias lo había hecho Cristóbal Colón<sup>1</sup>. Ellos se aproximaban en un esplendoroso día del mes de febrero de 1938.

A medida que la embarcación se aproximaba a las costas venezolanas, el espectáculo del encuentro de las verdiazuladas aguas del Atlántico, con las parduzcas vertidas por el río padre Orinoco, era definitivamente sobrecogedor. Entre el ruido y las emanaciones del combustible diésel, casi todos comentaban acerca de los variados colores de la superficie acuática, indagando cuándo llegaría el momento en que terminarían de cruzar esa frontera verdiazulada y la “tierrosa” descargada por la enorme corriente fluvial.

Steyermer y O’Neil contemplaban maravillados esa interfase, la cual iba disipándose con la proximidad de la línea costanera, haciéndose homogénea y desdibujando cierta monotonía.

Lejos ya, en el *Verfis*, realizaban los preparativos para el arribo a Puerto España, Trinidad. Para tal fin, el capitán Waywood, afortunadamente como era su natural bonhomía, le pidió al segundo oficial que inspeccionase el cuarto de máquinas, para él, discretamente, ir a conversar con el telegrafista y el navegante, y cuando aquel no estuviera frente al panel de comunicaciones poder enviar así literalmente en segundos y en alfabeto morse al crucero británico

---

1 Macuro fue el primer contacto con tierra firme suramericana hecho por Cristóbal Colón, el 3 de agosto de 1498.

*HMS Achilles* la señal convenida que informaba de la llegada a tierras venezolanas del ilustre botánico y su acompañante.

El comodoro Keenwood recibió el parte emitido desde el *Verfis*, mientras desde el puente de mando del poderoso *Achilles* en el Paralelo 10–11 de Longitud 61-62-63, observaba con sus binoculares a los cruceros *HMS Exeter* y más allá, a babor, al *HMS Cumberland*, navegando todos en secreto como fuerza de tarea en el Atlántico sur, a unas 120 millas náuticas de las costas brasileras.

Hojeó la minuta y leyó el criptomensaje que le fue remitido: Steyermer estaba ya en Macuro. Pocos, solo un reducido conciliábulo de altos oficiales, estaban en conocimiento de lo importante de su misión.

La variedad florística y la biodiversidad que se observa a lo largo de los caños o “bocas”, cuando uno se aproxima a uno de los superlativos de las bellezas escénicas naturales y obra más elaborada del mundo viviente, el manglar, son indescriptibles. Aquellas interminables praderas de plantas supraacuáticas, como sembradas por alguien, cuyas raíces de troncos tubulares avanzan desde la costa, albergan una cantidad de animales que las hacen un museo viviente de un esplendor singular e incomparable. Lamentablemente, junto a las vistosas estrellas de mar, erizos, anémonas, esponjas y peces multicolores, allí se encuentra uno de los pocos insectos del hábitat marino y vector del paludismo, el mosquito de la costa o “puyón”, el respetado *Aedes aquasalaris*.

La vasta vida silvestre, principalmente la vegetal en donde está enclavado Macuro, se debe a que las montañas de más de 1.000 mts de altura actúan como una cortina frente a los vientos alisios, permitiendo así un régimen lluvioso copioso, con fuertes y frecuentes precipitaciones. Geológicamente estuvo unida la península de

Paria, lugar geográfico donde se inscribe Macuro, con las islas de Trinidad y Tobago.

—Joseph —llamó Steyermer a O’Neil—, es recomendable que preventivamente comiences a tomar tus pastillas antimaláricas, ya que es la primera ocasión en que vienes aquí y sería terrible que te enfermaras —en su interior pensó que el consejo valía para él, ya que la posibilidad de contraer paludismo, enfermedad contra la cual llevaba tantos años luchando buscando sustancias de origen vegetal, pondría en peligro a ese hermoso serafín, como lo llamaba en sus adentros—. Es curioso —acotó— que los insectos, amos del planeta, pues representan más del 80% de la vida animal sobre el mismo, no invadieran los mares, que son como el 78% de su superficie. Menos mal —y continuó contemplando a su apuesto tesista.

—Por favor, que me informen pormenorizadamente del Proyecto Agua salobre.

—Sí, señor —contestó el oficial de enlace de Infantería de Marina Norteamericana (USMC) al *Rearadmiral* (contralmirante) Forbes, jefe de Operaciones Especiales de la Marina (US NAVY), para el teatro de operaciones del Pacífico.

—Si llegásemos a entrar en guerra con el Japón —añadió el contralmirante—, el paludismo nos causaría tantas o más bajas que el propio enemigo. Esto no sería nada nuevo. En las trincheras francesas durante la Gran Guerra, el tifus causó más bajas que las balas, la metralla o las bayonetas. Las miles de ratas, Sí, miles, que proliferaban en ese antihigiénico submundo, portaban pulgas transmisoras de esta enfermedad.

Aquí acudió intempestivamente a su mente el recuerdo de su hermano mayor, Elton, soldado en Europa, quien adquirió el tifus a fines de 1917, cerca de Estrasburgo, y nunca recuperó su cabellera... ni su razón.



## Capítulo 3

La llegada a Macuro del Dr. Steyermer siempre constituyó un suceso, no solo por romper la monotonía cotidiana y apacible del caserío costanero, sino también porque el famoso “experto en yerbas” o “coleccionista de ramas”, como lo llamaban los lugareños, era un hombre particularmente generoso. De su bolsillo o por parte de la poderosa fundación naturalista que lo patrocinaba, el *Gordon Natural Museum*, el Dr. Steyermer ayudaba a las personas necesitadas. Dinero, medicinas, ropas, sombreros o repelentes de insectos, eran algunas de las dádivas más dispensadas por el investigador.

Más de uno de los miembros de aquella comunidad había recibido oportuna y discretamente el salvavidas lanzado por el ilustre visitante, quien, además de esto, era considerado como un poblador, ya que habiendo acudido en cuatro ocasiones, permanecía hasta un año adentrándose en la selva del macizo montañoso del Turimiquire y más allá, retornando cuando lograba atiborrar unos grandes y pesados baúles metálicos con hojas y flores desecadas envueltas en viejos periódicos escritos en inglés traídos para tal menester.

Fue en uno de esos donde leyó Horace Brocke sobre la primera visita del naturalista, el “investigador residente”, quien actuaba, cuando el alcohol se lo permitía, como coordinador local del plan

de recolección botánica, como él pomposamente lo denominaba. Aunque muy conocido por su vida abierta y comunicativa, realmente era muy poco lo que de él se conocía. Por el acento en su inglés del sur, se corroboraba en algo su afirmación de haber nacido en Auburn-Alabama.

Su castellano fluido, lleno de vocablos y refranes, le acreditaban muchos años de permanencia en países hispanófonos. En cuanto a su edad, era difícil estimarla por la oscilación de su aspecto físico: radiante unos días, pero en otros -la mayoría- abotargado, dando claras muestras de su afición etílica, lo cual no mermaba en lo más mínimo su celo y capacidad organizativa. Ocupándose de todos los detalles logísticos, si así podemos decirlo. Mr. Brocke estaba en estrecha relación con los lugareños, incluyendo indígenas, y actuaba como un real “bueno para todo”, principalmente en sus relaciones humanas, garantizando la participación de las personas que prestaban apoyo o servían de guías al Dr. Steyermer.

Cuándo y por qué apareció Mr. Brocke por estos parajes, era un enigma bien guardado, al igual que indagar sobre sus otras actividades cuando no fungía de organizador de las expediciones subvencionadas por la Gordon Institution. Según sus propias palabras: él era y había sido indispensable en su planificación. Aseveración solo creída por el corrillo formado en su alrededor, en las dos o tres “taguaritas” o rudimentarios expendios de bebidas espirituosas donde tan a menudo se reunían.

Realmente Brocke era un excelente relacionista, lo que en nuestros días definiríamos como un promotor de imagen, pues eso era lo que realmente hacía. Al referirse al propósito de tan costosas expediciones, resaltaba los beneficios futuros derivables de las mismas: fuentes de trabajo, salarios, dólares, progreso...

Muchas anécdotas se contaban de él, sobre todo cuando rendía adoración al dios Baco. Entre otras se mencionaba la ocasión en que le aguardaban unos compañeros de farra ya entrada la noche, hasta que uno de ellos lo vio aproximándose. Al preguntarle en cuál dirección venía Mr. Brocke, el individuo tartamudeó y dijo: —En varias, de lo bebido que está.

También acudió Mr. Mike Skinner, vicecónsul representante del Gobierno de los Estados Unidos. Un pelirrojo de cuarenta y siete años y físicamente bastante parecido a Mark Twain por su característico traje de lino blanco y sombrero panameño, tan usuales en él, como los uniformes de los miembros de las fuerzas armadas. Mr. Skinner estaba muy pendiente del desarrollo de las exploraciones, porque era su obligación, pero además se sumaba el placer que sentía cuando le narraban hasta el más mínimo detalle de lo ocurrido durante el desarrollo de las mismas. Ese desmesurado interés era evidente cuando se mencionaban afloramientos bituminosos o “menes” (nombre dado al natural afloramiento de crudos) ya que los reportaba directamente al directorio central de una gigantesca transnacional del negocio de los hidrocarburos, sin que nadie lo imaginara, percibiendo casi el doble de su sueldo como miembro del servicio exterior norteamericano, y la promesa de una participación como accionista aún no estipulada, con el hallazgo de nuevos yacimientos.

Dos rasgos exhibía Mr. Skinner: sus constantes cuidados para evitar los ataques de asma, que en sus propias palabras lo asfixiaban, y su gran afición por la pesca deportiva que lo incitaba a visitar isletas y albuferas costaneras, pozas y recónditos lugares para practicar tal deporte.

Por encima de todo esto, Mike Skinner era un verdadero patriota, identificado plenamente con la política exterior de su

país, representada por él en microescala. También con los lineamientos de la economía del libre juego entre la oferta y el mercado, asegurando, como lo repetía a saciedad, que asociarse con los Estados Unidos de Norteamérica no era solo la gran oportunidad, sino la única, para los países latinoamericanos.

—Sería una estupidez tratar de evadir ese destino—afirmaba.

Pero realmente lo que más inquietaba a Skinner, como nieto de emigrantes judío-polacos, era lo que estaba aconteciendo en Alemania, Austria y otras naciones europeas. Le preocupaba la seguridad de su país natal y la de sus familiares que aún residían en el viejo continente.

Después de despedirse de Steyermer y sus acompañantes, augurándoles más éxitos en sus actividades y haber deslizado con gran discreción cierta cantidad de dólares en los bolsillos de los guías, se retiró a descansar, no sin antes remitir una comunicación, en el cifrado convenido, a sus superiores en la base naval de Guantánamo-Cuba, confirmando el inicio de la recolección de nuevas plantas por parte del grupo recientemente llegado y señalando la fecha/hora del próximo telegrama.

## Capítulo 4

—Ya llegó el sabio —comunicó el indio Serapio, el poblador de mayor confianza de Steyermer, pues fue uno de los primeros con quien estableció relaciones al comienzo de los viajes, el marsellés Jaques Bard, ex residente de Cayena–Guayana Francesa, activo comerciante de productos pesqueros, burócrata de profesión (según su propia opinión), señalado por algunos como exhuésped de la connotada prisión de la Isla del Diablo.

Para su edad se comportaba como un adolescente en sus hábitos gastronómicos, cuidando lo que había sido el padecimiento de su vida, su estreñimiento. Aún pronunciaba cacofónicamente la pronunciación de la letra erre, lo que no había sido óbice para relacionarse con muchas personas en el poblado, a quienes siempre inquiría sobre remedios caseros para hacer tolerable su mal; por esta razón era muy popular.

Cuando Monsieur Bard obsequió al indio Serapio seis frascos de quinina antipalúdica y dos botellas de cognac por la oportuna información, reflexionó muy concienzudamente:

“Los tesoros que este viejo Steyermer anda buscando no me los vas a quitar. Uno de estos días le hablaré claro. Somos casi coetáneos, ya que tengo 68. Le diré que se despoje de la careta, que hable claro, que intercambiamos información buena para los dos. Le mostraré el mapa de la corbeta inglesa naufragada frente

a Boca de Serpiente entre Trinidad y Venezuela cuyo botín sigue enterrado, a cambio de sus intenciones”.

Profundamente caviló:

“Claro, que del bergantín español encallado frente a Güiria, por allá entre 1630 y 1635, del cual necesitaron tres días para descargar el oro que iba para la Real Audiencia de Santo Domingo, no le diré nada. Esa información vale más de un muerto... Mañana me voy para Cayena a contarles a ‘mi gente’, como él se refería a sus amistades, de la nueva presentación de Steyermer y los intrusos yanquis... ¿Recolección de plantas con fines científicos? Por favor...”, comentó para sí, mientras se ajustaba el cinturón bajo la fresca guayabera para disimular la pistola 7,65 mm y los dos cargadores que siempre le acompañaban.

Se dirigió caminando, único medio de desplazamiento a excepción del caballo, hasta unas tres cuadras cruzando frente a la pequeña iglesia, contigua a una plazoleta llena de florecitas que nadie sembró ni cuidaba, de ahí su indómita belleza. Alcanzó a ver la fachada de la casa de su socio, el holandés, nacido en Rotterdam: Anthon de Haas, personaje violento y estricto, casi pendenciero, pero excelente padre de familia. De Haas llegó con un niño y una niña, rubios como él y su esposa holandesa, quien supuestamente había retornado a su tierra, pero que para otros continuaba bronceándose bajo el sol, lo que a ella le fascinaba, pero bajo tierra y para siempre. El padre se ocupó de los estudios de la niña hasta verla graduada de odontóloga y al varón en un próspero agricultor.

Con su nueva pareja indígena, De Haas tuvo tres hijos “bachacos” de pelo rubio pero ensortijado y ojos color café, a los mestizos, como cariñosamente los llamaba, los criaba con la misma devoción que a los “catires” ya adultos.

La noticia de la presencia de Steyermer y sus equipos de recolección botánica no significaba para De Haas más que un parapeto para disimular instrumentos de prospección minera con que detectar oro, platino, hierro y los famosos bitúmenes, las formaciones ricas en asfaltos e hidrocarburos pesados.

En pocos días pasaría alguna nave con derrotero a Curazao y aprovecharía de enviar a sus contactos en la isla una información definitiva sobre las vagabunderías que a su entender realizaban Steyermer y su conjunto. Para eso él le pagaba, digamos le obsequiaba al indio Serapio agroquímicos para mejorar sus siembras y para evitar la destructiva acción de los gusanos y otras plagas de los cocoteros, plátanos y cambures. Rara vez le regalaba cartuchos calibre 16 para la vieja escopeta de dos cañones, “la báculo”, como la tildaba Serapio, el coriáceo afable y misterioso indígena.



## Capítulo 5

El primero de abril de 1939, Felix Itterman mecánico de profesión y vienés de origen, vendedor de la empresa Vlomm & Farbber, cuya casa matriz estaba en Dusseldorf-Alemania, desembarcó en Macuro por tercera oportunidad. Continuaba promocionando, como lo hizo hacía mes y medio en Caracas y luego en la capital regional, Cumaná, las plantas diésel para generación energética. Iba a observar *in situ* la posible instalación de una de ellas. La leyenda de que electricidad y progreso van aunados, le abría las puertas más difíciles.

Según exponía él, pensar en prosperar sin fluido eléctrico era un anatema; la corriente era un elemento indispensable, insustituible, inclusive para erradicar las terribles epidemias contagiosas. Las bombas de succión harían posible dragar ciénagas y charcas de los mortíferos reservorios de larvas de mosquitos, “chupones” y “puyones”. En fin...

Era difícil para Felix Itterman disimular con su porte su formación militar; aunque no logró llegar a oficial del ejército austriaco, no fue óbice para ubicarse dentro del naciente, pero avasallador, III *Reich*. Sus simpatías por lo que ocurría en Alemania, donde un paisano suyo ostentaba el poder, lo llevaron a contactar tempranamente las selectas formaciones SS del partido nazi, temidas agrupaciones paramilitares (conocidas como escuadrones de

protección o *Schutz Staffeln*) ataviadas con uniformes negros y brazaletes con swásticas que recorrían los pueblos y ciudades proclamando el nuevo orden. Logró ser uno de los primeros en sus filas, por lo que se sentía muy orgulloso.

Ese mismo día, con una temperatura cercana a los 40 grados centígrados (104 Farenheit), Federika Model, una muniquense cuyo oficio como enfermera y su excelencia como trabajadora de la salud, en todas sus facetas, incluyendo las de campo abierto, la indujeron a venir a los trópicos, inhóspitos para algunos, pero para ella de una fuerza sobrenatural que la estremecía. Cielos estrellados, crepúsculos rojizos, playas de arenas balsámicas incineradas por los rayos solares que gustaba de recibir en su anatomía; el interés por las selvas suramericanas, lo caribeño y la famosa Cueva del Guácharo, considerada por su autor preferido el barón Von Humboldt, como la octava maravilla, la indujeron al aprendizaje del castellano.

Después de tres décadas y media bien vividas, sus carnes estaban muy firmes, lo que ella sabía, y muchas veces el azul cobalto de sus ojos establecía un continuo con el celeste del cielo en pleno verano. No era muy alta, delicadamente proporcionada; sus pobladas cejas exaltaban sus ojos mansurianos. En algunas partes de sus brazos, cuello y muslos traslucían venas azuladas. El acucioso mentón hablaba de su carácter. Al final de la espalda, los glúteos habían acordado con los muslos no ceder ni un centímetro entre ellos.

Sin duda hubiera sido una excelente modelo del *Quattrocento* aunque Rubens, Degas y hasta don Francisco de Goya también se habrían fijado en ella. Era una mujer de gestos definidos, decisivos, cortantes en muchos casos. Sus manos evocaban cuerdas de violín o cantos de Laud. Escuchar a Wagner después de haber leído los Nibelungos habían sido una de sus debilidades; otra, su pasión

por la exhuberancia de la naturaleza, la cual anclaba en su padrino cultural Goethe, como ella lo llamaba. Bostezo, fatiga, duda o melancolía no habitaban en su inmanencia; por el contrario, idealismo y lealtad eran simbioses con su glacial espíritu. El contraste entre la hoja verde viviente y la ocre que languidecía en el suelo era un permanente paradigma en su interior. Acuciosa jugadora de ajedrez, siempre evocaba al maestro Emmanuel Lasker en todos sus actos cuando este afirmó: “No juego con peones blancos o negros sin vida. Juego con seres humanos de carne y sangre”.

—Parecía que la existencia fuera eso —reflexionaba—: un tablero de ajedrez con brillantes días y densas noches.

La hipersensibilidad de su piel a las picaduras de insectos la habían conllevado a situaciones embarazosas, pero eso no menoscababa su contacto íntimo con el entorno natural. Adoraba las noches caribeñas, principalmente cuando estas se embriagaban de truenos y relámpagos, o cuando la luna fulgurante abría el cielo de par en par.

Creía a ciencia cierta en el magno destino de la gran Alemania y en los designios que la Providencia manifestó con el advenimiento de aquel hombre de bigotitos chaplinescos, pero cuyos ojos, según le habían referido, compartían dones y destellos con los de ella.

Eran los magnéticos ojos del *Führer*, Adolf Hitler. Evocaba reiterativamente los atardeceres de seda plumiza que cubrían la ciudad de Nüremberg, cuando más que a visitarla, iba en peregrinación a los actos centrales del partido nazi. El encuentro con jóvenes representantes de todas las comunidades o “*gaus*” era una experiencia indescriptible. Los uniformes pardos de los SA (*Sturmabteilung*), tropas de asalto del propio partido; los *Hitlerjugends*, jóvenes casi niños con sus bandas y tambores que ensordecían, y el grupo Élite, a quienes Federika observó por vez primera aquel verano de

1934. Sí, eran unos rostros acerados bajo cascos y más cascos del mismo material. Se trataba de un selecto grupo de hombres ataviados con uniforme negro que hacía resaltar más la swástica en su círculo blanco y rojo de sus brazaletes... y sus insignias bordadas en plata. ¡Cómo latían los corazones en sus camisas de triunfo! Era un pueblo, una nación en marcha, alemanes e hijos de alemanes.

Las cruces gamadas brotaban como uvas en la vid. Todas las chicas de su época las bordaron para sus novios. Sentía sus pechos tan fuertes como sus piernas.

—¡Qué felicidad! ¡Solo un pájaro podría serlo más en el añil del cielo! ¿Cuántas personas acudirían a la reunión anual en el Stadium Olímpico? ¿Cien mil, doscientas cincuenta mil?... O quizás un millón como proclamó el Dr. Goebbels por la radio anteanoche.

Para una jovencita como ella, allí estaban todos, todos lo que podrían congregarse con el fin de escuchar la alocución que el bienamado Führer les dirigiría.

Por los cientos de parlantes instalados en los postes, se esparcían en cuatro direcciones las notas de los himnos y canciones patrióticos prusianos o nacionalsocialistas, y pasados unos conmovedores segundos de silencio, señal inequívoca de la presencia de Hitler, comenzó a oírse la ronca, casi grave y monótona voz en sus comienzos y que se transmutaría en un huracán al cabo de pocos minutos...

“Y con este motivo los aquí reunidos en una Alemania potente y reconstruida dedicamos un recuerdo de cariño y respeto a los viejos compañeros caídos y a aquellos que murieron en la guerra del catorce... podrán de ahora en adelante descansar en paz, no perecieron en vano, no habrá otro Versalles, no ocurrirá otra puñalada por la espalda, la gran Alemania nacionalsocialista no capitulará jamás”. Y se sintió el estruendo de los aplausos...

En ese instante Federika abrió los ojos: un ruido casi imperceptible de pisadas sobre guijarros. La embriaguez ya casi onírica de su conciencia la retrotrajo a la realidad. En completa vigilia movió el mosquitero para deslizarse fuera de la cama y tratar de cubrirse, pues dormitaba completamente desnuda y sudorosa, pero no sin antes levantar la colchoneta y extraer la bruñida daga, en cuya empuñadura en letras góticas se leía: *Got mit un*, Dios con nosotros, y la otra que, amén de esta particularidad artística, poseía otra, definitivamente letal, estaba impregnada de un potente compuesto de curare, cuya acción paralizante posterior al contacto con la sangre era total en pocos segundos, conllevando a una muerte espantosa por la parálisis de la musculatura torácica, la diafragmática en especial junto con la intercostal, causando una rigidez que imposibilitaba de cualquier manera la contracción muscular que permitiese inhalar aire.

Mientras terminaba de bajar de la cama en absoluto silencio, reteniendo la respiración, sus pensamientos se concentraron en el evidente e inesperado visitante nocturno. Felinamente volvió la mirada hacia la ventanita por donde podía verse la gruesa rama de un árbol de mango. Aumentó sus precauciones al escuchar una respiración cíclica, no jadeante, que se colaba por la rendija de la puerta. Su mirada desenvainó un par de sables. Un golpetazo seco se estrelló contra la puerta como una pedrada que anunciaba lo desconocido.

Federika reflexionó. No era una llamada de las comunes. No correspondía a esa especie de clave con las que identificaba a los visitantes. Este hecho trivial, un toque a la puerta, adquirió de repente una dimensión tan amplia que apabulló su racionalidad. Segundos de ansiedad transcurrieron:

“Voy a abrir y cerciorarme de quién es”, se dijo.

Pero otro toque seco más imperioso la sobresaltó. Trató de echar una mirada panorámica del pequeño cuarto donde se encontraba, como midiéndolo, pero la cambió por un vistazo cargado de instinto de sobrevivencia, en torno a los objetos más próximos a su corporalidad, útiles para cualquier cosa en aquellos momentos.

—Desde que estoy aquí, nunca ha ocurrido algo semejante —murmuró—. He atendido emergencias, parturientas, hasta el cerdo descarriado que llegó a osar bajo mi puerta...

Mientras más se imbuía en sus suposiciones, más tensaba su postura.

Otros dos golpes secos con tres segundos de intervalo retumbaron y el escalón de madera de la antepuerta gimió; bajo el peso del intruso, sí, del intruso porque parecía en cualquier caso una persona. Maquinalmente dio unos pasos hacia atrás, mientras la sangre le anegaba la cara, y quedó rígida; su médula espinal y su cerebro se helaron y un ligero temblor acudió a sus pantorrillas. ¿Miedo? Sí, mezclado con cierta euforia que no le impedía estar consciente de la realidad circundante. Los latidos de sus pulsos le sonaban en sus oídos y decidió que ya no...

—*Fraulein Model, fraulein Model.*

Aquellos susurros actuaron como un eficaz psicorrelajante, ya que fueron dichos en perfecto alemán y hasta con un acento familiar para ella.

—¿*Turso?* —incredó Federika.

—*Funkel* —fue la respuesta, tal como se había convenido.

Felix Itterman penetró en la habitación tenuemente alumbrada por el resplandor de las llamas de un fogoncillo sobre el cual permanecían dos anafres.

Federika cerró la puerta, mientras que, disimuladamente y con gran sigilo, dejó deslizar la daga bajo un mantelito, encendía

otra lámpara de querosén. Instantáneamente agudizó su visión y analizó al individuo. En sus facciones y movimientos había algo repulsivo, viscoso o envolvente; trató de ser cortés, pero presintió que no lo lograba.

Como profesional de la salud, Federika era realmente insustituible; desde atender pequeñas lesiones traumáticas, cortaduras, picaduras, emponzoñamiento ofídico, hasta casos más complicados que exigían la evacuación del paciente a centros mejor dotados, los cuales eran eficazmente resueltos.

Aunaba a esto su amistad con el médico Juan Vicente Cedeño, epidemiólogo, de 49 años, quien al término de su postgrado en malariología y salubridad cursado en el Hospital Ross–USA, había estado ocho años atrás invitado como investigador visitante en el Instituto de Enfermedades Tropicales en Hamburgo, el famoso Instituto káiser Guillermo II. Allí la conoció y seleccionó, ofreciéndole trabajo en la lucha antipalúdica. Federika lo aceptó, pero... casi cuatro años después. Así había sucedido, Federika le escribió preguntándole si sus servicios aún eran requeridos y que de ser así, en menos de dos meses estaría disponible. El doctor Cedeño no escatimó esfuerzos con las organizaciones nacionales y con la oficina panamericana para agilizar la contratación, y no se ocupó en lo más mínimo de averiguar la súbita aceptación de tan brillante enfermera.

En esos cuatro años muchos cambios habían acontecido en la vida de Federika y en el devenir histórico de Alemania, desde el fallecimiento del viejo presidente, el mariscal Von Hindenburg.

Federika encontró gran solidaridad en sus más allegadas compañeras de faenas en el dispensario de Macuro: la hermana Inés, joven religiosa nativa de Cumaná, devota y sencilla, con una acendrada ternura por los niños, y la hermana Catalina, toledana de

pura cepa y con apariencia de mujer estricta, rasgo que lo acentuaba un bozo incipiente sobre su labio superior, casi un bigotico, pero que escondía su tierna alma de solo veintiséis años. Según las malas lenguas, un aprendiz de torero fallecido en faena tenía que ver en su autoexilio a tan rebuscados lugares.

Estas tres mujeres cargaban con los cuidados y pequeños mimos que dentro de sus limitaciones podían ofrecerse en un dispensario rural, junto al doctor “Triple erre”, Rafael Rodríguez Ramírez. Residente éste, enjugaba una manifiesta incapacidad como galeno en muchas ocasiones, sobre todo si de emergencias se trataba.

## Capítulo 6

Con sus 840 caballos de fuerza producidos por los nueve cilindros del motor Bristol-Mercury, refrigerado por aire, el caza biplano *Gloster Gladiator* podía desarrollar hasta 250 millas/hora a 15.000 pies de altitud. Esto lo sabía muy bien Winston Taylor, *Flying Officer* de la Real Fuerza Aérea británica (RAF), destacado en las cercanías de Port of Spain-Trinidad, cuando ascendía a unos 2.300 pies por minuto sobre el Atlántico, esperando alcanzar los 10.000 pies antes de cuatro minutos para estabilizar en vuelo horizontal al biplano, y a la velocidad de crucero, 210 millas/hora, realizar su vuelo de entrenamiento, descendiendo luego a 5.000 pies. Este oficial, con un grado equivalente a teniente, procedía de Edimburgo, donde antes de enrolarse en la RAF pasó la mayor parte de su vida. A punto de cumplir los 30 años, estaba consciente de que no volaba el último avance tecnológico en materia de aviación. Sabía que la era de los cazas de doble ala, se acercaba a su epílogo; a pesar de que, durante la Guerra Civil española recientemente concluida, los *Fiat CR42* cedidos por Mussolini a Franco y los *Polikarpov I-153* rusos alistados con la república, ambos biplanos, habían sido vedettes en los combates aéreos sobre suelo hispánico. Pero el *Gloster Gladiator* volaba desde 1934 en varios escuadrones de la RAF, no solo en la propia Inglaterra, sino en varios lugares como la isla de Malta, Grecia y Noruega, por citar algunos.

Taylor aspiraba a que posterior a su ascenso a capitán (*Flight Lieutenant*), su nuevo destino, desconocido hasta ahora, le llevara a pilotear nuevos equipos, suponiendo que por su adiestramiento en vuelos de patrullaje marítimo, bien podría ser comisionado a un portaviones, su sueño dorado.

“... tal vez el *Ark Royal* enmarcado en la Fuerza K con base en Freetown, o en el *Hermes* de la Fuerza X basado en Dakar. Bueno... esperaremos”, se dijo para sí.

La autonomía de vuelo era cercana a las 410 millas, lo que le permitía situarse en un punto medio entre Trinidad y la costa más oriental del estado Sucre venezolano y regresar, no sin antes emitir un mensaje de identificación y posición, buscando algunas emisoras de la zona de operaciones en frecuencias próximas a la suya para, de ser necesario, rectificar su dirección.

Continuó su descenso en franca dirección este, con el sol de frente regresando hacia su base cuando decidió...

—¡No! —no podía dar crédito a lo que vio... Tal vez era la excesiva luz o los destellos del espejo de la superficie de un mar tan calmado. Para estar más seguro se quitó los lentes típicos de los aviadores navales y corroboró cómo un barco mercante permanecía al lado de un... ¡Submarino!

“Calma”, se aconsejó, tratando de ordenar sus ideas posteriores al sobresalto experimentado.

La silueta de un gran cigarro mimetizado en un solo tono oscuro era inconfundible. Años de capacitación fluyeron a su mente. El más temido enemigo de las unidades de superficie había dicho presente. Él carecía de todo tipo de información respecto al encuentro de esas naves. Por lo tanto, ante este torbellino de ideas, viró en 360 grados y simultáneamente de manera automática quitó

el seguro al contacto que permitía a sus cuatro ametralladoras Browning de 0,303 pulgadas accionar.

El mercante de bandera francesa, como lo distinguió al aproximarse, se balanceaba lentamente, mientras que el sumergible se sumergía con rapidez, lo cual inequívocamente aclaraba cualquier duda. Taylor resueltamente, antes de disparar como advertencia, radió a su base requiriendo instrucciones, sin despegar su pulgar del botón rojo de las ametralladoras.

El mensaje fue captado por la sección de escucha a bordo del crucero *York* que junto a su homólogo el *Berwick* formaban la Fuerza F que patrullaba por el mar Caribe rumbo a Grenada, confirmando la presencia británica en esta zona. Paralelamente fue interceptado por el propio mercante que enarbolaba la insignia gala y que abastecía al submarino no identificado. Cuando fue presentado al comandante del mismo, quien después de leerlo ordenó su remisión de inmediato al Comando de Operaciones Navales en Wilhelmshaven-Alemania, vio que la firma del remitente era inequívoca, *Langsdorff*, capitán de navío, comandante del acorazado de bolsillo Graf Spee. Sí, el supuesto e inofensivo mercante francés era nada menos que uno de los colosos de la flota de alta mar del III *Reich*, uno de los corsarios más potentes y mejor artillados que habían recorrido los siete mares.



## Capítulo 7

Un ruido poco común se escuchó en la proximidad de la curva que el camino describía frente a un terreno baldío, que en algunas ocasiones se usó para almacenar cocos. El indio Serapio volteó y se quedó observando a la espera de ver aparecer la causa del estruendo. Él poco conocía de esos “zaperocos”. Sus facciones aborígenes, la piel cobriza y el pelo completamente canoso no combinaban con la vestimenta de segunda que usaba; trajes completos donados por europeos que pernoctaron o vivieron en Macuro, los racionales como él los mencionaba. Sus pies descalzos, un enorme sombrero de paja y el grueso collar de cuero terminaban el característico atuendo. Serapio se detuvo, bajando de su hombro izquierdo la mucura, aquel viejo recipiente de barro en el cual cargaba agua límpida de fuente para llevar a la casa donde se hospedaban Steyermer y su séquito. Se quitó el sombrero abanicándose con él, mientras el sudor caía por sus sienas. Se mantuvo expectante. Al fin visualizó algo que le pareció conocido, una bicicleta, pero esta tenía las ruedas más gruesas y con un motor causante del escándalo. Avanzaba hacia él y se detuvo a su lado. Serapio instintivamente empuñó el “pico ’e loro”, largo puñal aserrado en el dorso y con la punta orientada hacia arriba, de ahí su nombre, que no lo desamparaba ni para dormir.

Tal vez sería porque palideció, pero su rugoso rostro se tornó más ocre.

Pietro Franchesco Chieruttini, vecino de la gran ciudad industrial de Torino en el Piamonte itálico, su lugar de nacimiento era Cassalbaggiano exactamente. Encarnaba al hombre crítico, anarcoide y perseguidor de aventuras; de vivaz inteligencia, explorador, estudioso del *Corán* y del mundo arábigo; mercader y hombre de negocios fracasado. El cuidado de su humanidad solo era superado por el que proporcionaba a sus mostachos y su variopinta indumentaria exteriorizaba un toque de exhibicionismo. Una sífilis mal curada, recurrente, le atenuaba su pasión por las mujeres y el fútbol. Su idealismo, poético a veces, enraizaba con el de Dante y Petrarca; sus lecturas predilectas eran las obras de Giovanni Papini, *Gog* en particular y *El gatopardo* de Di Lampedusa, sin olvidar a Maquiavelo del cual se nutría casi a diario. Su devoción por las pinturas de Botichelli era casi un culto. Jamás despeinado y con un ligero perfume que completaba su presentación.

—*Buon giorno, signore* —saludó al indio Serapio, bajándose de la motocicleta marca Guzzi de 750 cc metiendo inopinadamente el pie derecho en un charco de agua estancada al borde del camino.

## Capítulo 8

—Será mejor que llames al padre Montiel —recomendó la hermana Catalina con el timbrante acento de los españoles peninsulares, mirando a la hermana Inés y a Federika Model—. A este niño hay que administrarle los santos óleos rápidamente, mientras tanto voy por el doctor Rodríguez Ramírez.

No caminó más de una cuadra cuando se tropezó con otro niño en un deplorable estado físico, similar al que yacía en el dispensario; lo llevaban cargado y sor Catalina, con una sola mirada, presintió que padecía del mismo mal, algo desconocido para ella, puesto que no era el típico cuadro de fiebres y diarreas que usualmente afectaban a los niños de esa edad en esos lugares.

Al encontrar al padre Montiel, este se disponía a visitar un caserío vecino donde periódicamente iba en labores pastorales, costumbre común en él. Sacerdote de oficio y de esencia, era un incansable religioso cuya solidaridad con el sufrimiento ajeno era atestiguado por todos: de madrugada, bajo intensa lluvia o abrasador sol, su sotana polvorienta o empapada confirmaban su ser diligente. Además, era un estudioso profundo de la filosofía no solo agustiniana o aquiniana, ya que increíblemente para la época y ubicación geográfica donde ejercía su ministerio, intentaba actualizarse en las tendencias y corrientes de pensamiento de vanguardia o más en boga. Engels, Marx, Bertrand Russel y otros

defensores del materialismo no le eran ajenos. Como contraparte a su fina vena poética podría inferirse que tal vez un lejano y ya distante juvenil romance le cantaba en sus adentros. Tampoco las concepciones surrealistas le eran materia ignota: exceptuando la sotana, era un librepensador y en él no se cumplía aquello de que el hábito no hace al monje... pero ayuda a ocultar sus erecciones.

—Padre, padre, venga rápido, hay dos niños agonizando en la medicatura —nombre que alternaba con el de dispensario.

—¡Vamos! —dijo sin titubeos, dejando a un lado un pequeño bulto lleno con estampitas de imágenes religiosas, con las que perseverantemente obsequiaba a sus feligreses.

Tan pronto se apersonaron en el dispensario, encontraron al doctor Triple Erre, a sor Inés y a Federika atendiendo a los niños que ya no eran dos sino tres, y que exteriorizaban el mismo cuadro de convulsiones esporádicas, adormecimiento, palidez, sudoración y enfriamiento.

—Hay que practicar un lavado estomacal —ordenó el doctor Rodríguez Ramírez llevándose ambas manos a las sienas.

De la mirada de Federika nuevamente se desenvainaron sables y acotó:

—Pero *herr* doctor, están muy débiles.

En ese momento comenzaron a aglomerarse familiares y conocidos de las víctimas, que padecían la desconocida enfermedad, y el padre Montiel, cargado de paciencia, trataba de calmarlos, a la vez que les pedía fe, rogándoles se mantuvieran fuera de la salita donde se aplicaban los auxilios médicos.

El médico se encontró en la situación para la cual no era bueno, él lo sabía; titubeó y ponderó los pros y los contras de su diagnosis, miró a aquella alemana con sus aires de superioridad y la odió

intensamente en fracciones de segundo. A ella, con su aspecto de walkiria, le sobraba lo que a él le faltaba... decisión.

—Aplicuémosle un emético —casi susurró.

Federika ya no solo le escrutó, sino que le tomó por la muñeca y le increpó:

—No; está contraindicado —y subrayó lo dicho apretando aún más su mano sobre el brazo del médico.

Las hermanas, Inés y Catalina, apenas daban crédito a lo que acontecía: una enfermera, por muy bien capacitada, en una situación tan crítica no solo desobedecía una orden facultativa, sino que la contrariaba... y lo hacía en público.

—Cosas veredes, Sancho —escopeteó sor Catalina, evocando al Quijote. Triple Erre rememoró por qué tuvo que dejar sus estudios faltándole solo un año para graduarse en la Universidad de Los Andes, y qué lo obligó a ejercer, para ser aspirante al título, con sólidos conocimientos respaldados con siete años de desvelos, en esa aislada población.

Por su parte, Federika comprendió que de ahora en adelante asumiría su verdadero rol.

—Inyección intravenosa de atropina, 2 cc, después de cada hora 1 cc... Tengan preparada la coramina, por si aparecen problemas en el ritmo cardíaco —remató.

A partir de ese momento, era imposible ocultar los conocimientos que le permitieron doctorarse en la prestigiosa Facultad de Medicina de la Universidad de Leipzig.



## Capítulo 9

Mike Skinner terminó de recoger sus aparejos de pescar, que no eran muchos ya que había logrado adaptarse a los trucos de pesca locales. Durante sus casi quince años de servicio diplomático en Centroamérica, y ahora en Venezuela, acumuló muchas recetas para lograr capturar los peces, sobre todo en esas lagunas de aguas someras, poco profundas y rodeadas de palmas de moriche; una suerte de oasis sabanero tropical. La caña metálica fue reemplazada por una varita de bambucillo muy liviana y flexible, las carnadas metálicas o sintéticas, por un menú variopinto que iba desde el grano de maíz tierno, que al apretarse botaba leche, como le aconsejó el indio Serapio, hasta trozos de carne de rabo de iguana, aquellos lagartos arbóreos tan parecidos al camaleón. También había compilado recetas de muchos remedios etnobotánicos de la farmacopea natural, y se los aplicaba tratando de evitar sus temidos espasmos bronquiales, aquella maldita asma que lo azotaba desde su infancia y que tantas veces le impedía disfrutar de su deporte favorito.

Desde ya varios años atrás solo bebía agua en un receptáculo del tamaño de una taza grande, cuyo origen era un fruto disecado conocido como “cabeza de mono” o “coco de mono”, por su parecido a un cráneo de simio, el cual después de haberse dejado largo tiempo bajo el sol para su total deshidratación, era limpiado de

los restos de su contenido, y al aserrarse en dos mitades se utilizaba como recipiente para ingerir solamente agua. A él le asentó bien y no vacilaba en recomendarlo a sus amigos que sufrían la misma enfermedad, aunque huelga decir que muchos de ellos se mostraban reticentes ante tal tratamiento.

Dos hechos le llamaron la atención en esta sesión de pesca: por los pozos que visitó no vio niños bañándose o jugueteando en las orillas, hecho que hacían comúnmente y además, aunque se mantuvo al acecho, no pudo observar un impresionante pez que siempre le cautivó, la anguila eléctrica, emisora de una potente descarga eléctrica y conocida como “Temblador”.

—Realmente curioso —musitó.

Mientras, continuaba cavilando: esa misma noche, después de que terminara el espectacular crepúsculo que contemplaba, enviaría un informe a sus superiores dando cuenta de los hallazgos de Steyermer.

La recolección de plantas iba transcurriendo enmarcada dentro del esquema de trabajo propuesto. El grupo auspiciado por la Gordon Institution for Natural Research (GINR) recolectaba según el cronograma para evitar verse atrapado por la estación lluviosa, tan inclemente en los meses de julio y agosto, cuando la pluviosidad haría muy difícil el traslado y, por si fuera poco, los mosquitos se multiplicarían exponencialmente.

Más de ciento treinta especies ya habían sido colectadas e identificadas, y otras tantas esperaban por su clasificación, ya que, según el grado de dificultad, estas se realizarían en la propia sede de la fundación, para aprovechar las facilidades existentes para tal fin en los laboratorios.

Algunos de los ejemplares prometían ser de singular interés. Sobresaltaban muestras de “palotal”, “palma de viajero” y otras

pertenecientes al género *Cusparia*, que los lugareños llamaban “cuspa”; “cascarillo” o quina amarilla, miembro de la familia *Rutaceae* que demandaría especial pesquisa ya que la *Cusparia trifoliata*, descrita por el naturalista Engler tiempo atrás, era un excepcional medicamento para las fiebres palúdicas. De aquellos arbolones de unos veinte metros de altura con hojas aromáticas, mediante la cocción de su corteza, se obtenía una bebida de gran poder febrífugo, muy útil para el tratamiento del paludismo en su fase crítica, como ya lo sabían los indios del Orinoco. Esto lo probaron Humboldt y Bompland en Angostura, y el médico Juan B. Siegert lo utilizó como base para inventar el celeberrimo Amargo de Angostura, que hoy se produce en Trinidad.

La marina norteamericana, en el marco geopolítico que imperaba a mediados de 1939, no descartaba las operaciones en los Archipiélagos Filipinos, Borneo y en otras localidades, donde los mosquitos eran endémicos, como en las selvas del norte de la India y Birmania.

Los lugares exactos donde se reportaban estos hallazgos eran cartográficamente ubicados en los mapas de Steyermer, que él portaba siempre consigo... pero eso no era lo único que señalaba.

El submarino U-68 se prepara a emerger cerca de la costa de Macuro. Las precauciones se han extremado debido al reciente incidente ocurrido hace cuatro días, cuando inusualmente apareció un biplano inglés, justo en el momento en que “nodrizaban” con el “inofensivo” mercante que en su interior, bajo excelente camuflaje, albergaba nada más y nada menos que 6 cañones de 280 mm, cuyo alcance superaba los 27 km; 8 de 150 mm y 6 antiaéreos de 88 mm. Se trataba del acorazado *Admiral Graf Spee*, orgullo de la *Kriegsmarine* (Marina de Guerra) y que junto al *Bismarck* y el *Tirpitz* eran sus íconos.

- Motores diésel inactivos.
- Motores eléctricos operativos.
- Profundidad de periscopio.

Sigilosamente, los ojos del *Kapitan Leutnant* Maximillian von Schobert escrutan el apacible mar que le rodea. Con su fuerte contextura física, este prusiano de pura cepa, nacido en Tannenberg, alto, de ademanes ligeros, de finos modales, rubio, excelente nadador y aficionado a la equitación, hace rotar el largo tubo óptico con facilidad innata para dibujar al trazo. Casi un caricaturista y con voz de barítono, era un anecdotario viviente de Nietzsche, irradiaba energía; nunca en silencio, pero sin ser un parlachín, conversador nato con una fuerza de voluntad más allá de sus 36 años, proseguía oteando el horizonte.

Esgrimista y melómano, no pudo complacer al viejo señor prusiano, su padre, el general de infantería Eugene Johannes von Schobert, en emularlo bajo las viejas tradiciones de disciplina de los *Junkers*. El joven Maximillian no soportó ni se identificó con los códigos de la academia militar, ya que durante un curso de historia de Europa conoció y trató a un profesor quien tendría en él una influencia decisiva, el capitán de navío Karl Döenitz, protopadre del arma de los escualos de acero de la Kriegsmarine, y así, cuando conoció los planes de desarrollo y expansión de la flota de sumergibles, de los U-boats (*Unterwasser boats*), decidió unirse a ellos.

El viejo aristócrata que comandó un cuerpo de ejército durante la Primera Guerra Mundial, obteniendo una resonante victoria en el frente ruso, para bien o para mal, no vio a su vástago egresar como oficial naval; falleció dos años antes de que eso ocurriera y seis previos al inicio del segundo conflicto mundial.

Maximillian von Schobert exhibía una larga cicatriz a lo largo de su mejilla derecha, testimonio imborrable de algún duelo pretérito.

## Capítulo 10

Con la llegada del Dr. Juan Vicente Cedeño, acompañado de un teniente de la recién fundada Guardia Nacional y del fraile capuchino Jesús Alvero, se instaló en *petit comité* para enfrentar la emergencia sanitaria, y en el cual participan el doctor Triple Erre, el Pbro. Pedro Montiel, las religiosas Inés y Catalina y por supuesto Federika Model.

El objetivo era puntual y conciso: establecer la patogenia que originó la muerte de los niños que hemos referido y evitar que ocurrieran nuevos decesos, ya que posteriormente habían fallecido siete personas más, tres hombres, dos mujeres y otros dos niños.

Un hallazgo que enturbiaba más el panorama del inicio de lo que pudiese convertirse en una epidemia, lo constituía el hecho de varios animales muertos, entre ellos perros, vacas y algunos equinos.

—Bien, amigos —comenzó el doctor Cedeño diciendo, cuando una bandada de loros sobrevolaba el dispensario durante el atardecer crepuscular del último día de agosto de 1939—. Visitaremos las localidades de donde vinieron las personas que fallecieron; no escatimen en preguntar a los vecinos, a todos los que puedan. Dejaremos las trampas para capturar roedores —y señaló las cajuelas—. Yo mismo los llevaré a los laboratorios de la Universidad Central. Allí están los frascos de boca ancha y las

rejillas para atrapar mosquitos —apuntó con el índice de la mano derecha— y, por favor, si encontramos algún animal muerto, si las condiciones lo permiten, extraigan el hígado y el cerebro para preservarlo en formol y remitirlo junto con... No pudo finalizar ya que estentóreamente se oyó:

—¡Doctor, doctor! Venga, venga a ver, hay una “mortazón” de peces en la ciénaga de la ceiba y en la laguneta de los aceites. Vamos, apúrese —gritaba una robusta mujer presa de gran angustia y con expresión bovina miraba en todas direcciones, mientras corría descalza.

Esa misma noche, tarde ya, Anthon de Haas ya sabía del regreso de los recolectores de ramas, como despectivamente los llamaba; pero conocía algo más: la existencia del mapa con marcas rojas y azules, y estaba además enterado de quién se lo podía “extraviar”, por un tiempo suficientemente largo para él, sin que se notase su momentánea pérdida. Continuó caminando hacia el bar La Tuerta, pero antes se topó con el fraile Alvero con su túnica marrón, no tan oscura por lo polvoriento, que salía de la iglesia. Saludó Alvero a quemarropa y le comentó:

—De Hass, espere, óigame bien. Aquí hay algo raro. Que Dios, mi Señor, me perdone, pero por estos lares se esconden algunos apóstatas o impíos que han cometido blasfemias o algo peor —dijo, mientras se acercaba más al holandés, como evitando ser oído—. Amigo, algo más perverso: los rojos, recuerde lo que pasó en mi santa patria, la católica y eterna España, los comunistas volaron represas en la batalla del Ebro; envenenaron aguas en Belchite y comieron niños crudos durante el sitio de Madrid, hasta violaron novicias, ni los camposantos se salvaron. Hay que estar alerta, el maligno no duerme; herejes y nigromantes los hay por doquier, que se lo digo yo —agregó en el más castizo tono sevillano, afirmando

a continuación—. Si no hubiera sido por el caudillo Francisco Franco, a quien Dios bendiga, seríamos los españoles todos unas manadas de esclavos de Moscú. Pero aquí lo que hace falta es un hombre así con... ¡Vamos usted me comprende!, que acabe con los que no tienen Dios ni madre ni patria. ¡Hostias! —exclamó.

De Hass se alejó un poco del fraile Alvero, ya que algunas de las burbujas de saliva que afloraron por la comisura de sus labios le salpicaron copiosamente.

—Sí, tiene usted razón, aquí hay algo raro que me huele mal —le contestó entre dientes.

Cuando hacía solo un día de la firma del pacto germano-soviético, el 23 de agosto de 1939, desde el U-68, sin prisa, sin pausa y en dirección a una débil pero inconfundible señal luminosa emitida desde la costa, se guiaba a un pequeño bote neumático de color negro hacia una laguna, cuya ribera está circundada por manglares arbóreos y acuáticos, muy visitada durante el día por bandadas de garzas blancas y corocoros rojizos, pero a estas horas, casi medianoche, solo se evidencia la monotonía de los bordes pardo-grisáceos que la visión nocturna de los humanos es capaz de distinguir.

Las calmadas aguas de un caño que desembocan, se aprestan a entrelazarse entre la abundante vegetación.

La figura solitaria de la persona que rema silenciosamente desde la pequeña embarcación casi no se nota, haciéndose imperceptible a solo pocos metros. Las siluetas de los espigados cocoteros complementan el paisaje; de algunos se han desprendido las grandes esferas, otras permanecen aún colgadas. Una pequeña canoa oscila suavemente en la orilla, mientras que el bote es arrastrado, desinflado y enterrado rápidamente. La travesía desde el submarino hasta los arenales que sirvieron de tumba provisional a la embarcación neumática, se realizó con la mayor cautela y sigilo.

Las moradas de los pescadores, en la angosta vereda, donde se acurrucan como que si tuvieran frío, fueron las únicas que vieron pasar a Gunther Schmidth, compartiendo este privilegio con un par de faroles de acetileno casi apagados por ser ya medianoche. El rumor de la brisa hacía inaudible el ruido del mar que ya había quedado lejano. Schmidth sabía que detrás de cada puerta y ventana había seres humanos y algunos de ellos estarían advertidos del arribo del ayudante del electricista, como llamaban a Felix Itterman.

La casita con el número convenido, el cinco, pintada de azul y con un postigo roto estaba frente a él. El recién llegado proyectaba una sombra inmensa, mayor que sus 1,89 de estatura y casi ciento veinte kg. Con una de sus manazas golpeó la puerta suavemente, o lo que creyó era que era así, ya que el eco del toque se propagó por la desierta callejuela. Por vez primera desde que había desembarcado el día anterior del U-68, percibió el olor a comida, algo que se freía, quizás pescado. Repitió tocando la puerta, en esta ocasión con la mano abierta, dos, tres veces. La puerta se abrió, Schmidth entró sin cavilar:

—*Turso* —casi balbuceó.

—*Funken* —fue la respuesta.

De inmediato depositó la mochila, su único equipaje, que contenía entre otros objetos, un minúsculo y potente radiotransmisor. Después de que Itterman guardó la Luger de 9 mm con que le apuntaba, fue que procedió a identificarse, y en la dilatada luz de la llama de un velón exclamó:

—*SS Sturm Scharführer* (sargento mayor), a sus órdenes.

## Capítulo 11

A la comisión oficial presidida por el doctor Cedeño, compuesta por cinco miembros, se le añadieron otras personas, tópicos curiosos y aduladores de costumbre. Recorrieron los lugares donde previamente residieron las víctimas de la rara peste o peste morada como comenzaban a llamarla, compilando abundante información aparentemente inconexa, pero en la que sin lugar a dudas se convergía a que se debía a la ingesta de peces o de agua en determinados pozos. Se descartó la tradicional marea roja, el fenómeno cíclico estacional que ocurre en los meses de intensa sequía y larga luminosidad, que conlleva a un crecimiento desmedido de algas y otros microorganismos acuáticos, conocida en lenguaje corriente como “ciguatera”.

—Esto está completamente descartado —comunicó Cedeño a sus interlocutores—. Como dato curioso —siguió— ya he solventado el problema relacionado con el entierro de los fallecidos. Las personas, puesto que no se permitió su inhumación en el camposanto anexo a la capilla, recibieron cristiana sepultura en la ladera del camino que lleva al caserío Yoco, y los restos de animales fueron incinerados con gasoil.

Los miembros de la comisión continuaban sus labores capturando insectos, incluyendo chinches, todos vivos. A eso de las cuatro de la tarde se decidió finalizar la jornada. Aunque el sol ya

declinaba, sus efectos, el calor y la humedad eran sofocantes, las que más padecían estas calamidades eran sor Inés y sor Catalina, por la obvia razón del hábito que las cubría, que aun siendo de color blanco, no evitaba lo agobiante de las circunstancias.

Con cierta discreción Federika Model, quien para ese momento había soltado su cabellera, se acercó a las religiosas y las invitó a acompañarle a darse un refrescante chapuzón en uno de los pozos a la vera del camino, muy conocido por estar festoneado de árboles con lianas colgantes y que por supuesto no tenía nada que ver con los sucesos acontecidos. Las monjas titubearon momentáneamente, pero el recuerdo de sus obligaciones y, más aún, la presencia del fraile Alvero, tan estricto, las hizo desistir la invitación, muy tentadora, máxime para ellas.

—Al regreso pasaré por el dispensario —les susurró Federika retrasándose un poco más.

Este hecho no pasó desapercibido para uno de los acompañantes ocasionales, el indio Serapio, quien con disimulo se arrimó un poco fuera del camino, terminando de salirse, bajo el pretexto de resolver un mandato fisiológico.

Serapio intuía lo que haría *La Catira*, como la llamaba; desnudarse para bañarse en uno de los lagunazos o pozos quedándose hasta que comenzara el anochecer, como exprimiéndole al día su postrera gota de luz.

En otras circunstancias anteriores, él había tratado de atisbarla, sin éxito; tal vez ahora la tendría: ver a una mujer tan blanca, pecosa y con cabellera rubia no era algo usual, pero además desnuda, sería algo...

Con su instinto felino, le fue fácil seguirla sin ser notado. Oculto entre las altas gramíneas acuáticas se dispuso a figonear como Federika se despojaba de sus vestidos húmedos ya por la

transpiración, que exhalaban un aroma desconocido en la ropa de otras mujeres, pero que él había percibido anteriormente y le gustaba, sí, le agradaba demasiado.

Percatándose de estar bien ubicado, digamos en primera fila, Serapio no conforme se deslizó un poco más con el agua casi a la cintura, con un solo propósito: ser observador no observable.

Así se mantuvo sin perderla de vista. ¡Qué espectáculo!

Reptó hacia un fangal para acercarse, siempre alerta de un inesperado encuentro con alguna serpiente venenosa o las gruesas constrictoras, pero sin generar ningún sonido que lo delatara.

De repente se quedó estático, inmóvil; su instinto aborigen recapituló su memoria ancestral supraindividual. Presintió que alguien más estaba por allí, no lo veía, tampoco lo olía, pero se lo advertía su sensibilidad, no sabría decir cuál. Casi petrificado permaneció en igual postura; lentamente como “venteando” levantó la cabeza y miró hacia donde, ya evidente, yacía alguien, se aproximó y comprobó que tenía un competidor en sus labores de *voyeur* aficionado. Entre el lodo movió una pierna, la otra, una, dos veces avanzando y allí... Era una piel blanca como la de Federika, pero era un hombre sin camisa...

—Felix Itterman, ¡cáspita! —farfulló.



## Capítulo 12

El oficial con mayor responsabilidad en la Inteligencia Militar durante el III *Reich* lo fue, sin lugar a dudas, el gran organizador, diminuto (4 pies y 4 pulgadas) y enigmático almirante Wilhelm Canaris, quien con solo 38 años se convirtió en el jefe del Abwehr en enero de 1935. Servicio equivalente al Intelligence Service inglés (SIS) cuya sección M16, encargada del espionaje positivo, perdió su rastro por más de seis años, experimentando una gran sorpresa cuando Canaris reapareció en el mundo del espionaje al frente del Abwehr. Ardiente patriota, como lo demostró durante la Primera Guerra Mundial, era un frío nazi, tal vez un antinazi para algunos, ya que participó hasta en el fallido complot para asesinar a Hitler el 20 de julio de 1944, cuando cayó en desgracia hasta su muerte en 1945.

Hablaba correctamente francés, castellano y portugués, conociendo gran parte de América del Sur desde sus andanzas por mares meridionales, lo cual permitió desde el inicio de su gestión que se incluyera esta vasta zona del planeta en sus planes, siendo el principal objetivo después de los Estados Unidos, la región nordeste que incluía a Brasil y el oriente de Venezuela. Tempranamente dirigida por un coronel, la 1 sección (*Abwehrabteilung 1*), encargada de países extranjeros, tejió una red en el gran Brasil con ramificaciones hacia el mar Caribe, con el fin de obtener informaciones

estratégicas derivadas de la ingente cantidad de recursos naturales, así como de la posición geográfica que incluía la prospección atlántico-caribeña. El petróleo y las refinerías cobraban primer interés. La célula que actuaba en Macuro dependía del grupo Brasil.

El corazón del sistema de información lo conformaban dos potentes transmisores, identificados por el contraespionaje británico-norteamericano como “Alfredo” y “Bolívar”, y aunque la red de informantes cubría ciudades como Nueva York, Los Ángeles, Baltimore, Ciudad de México, Quito, Valparaíso y Buenos Aires, el FBI no había podido clarificar los componentes y sobre todo la ubicación de los miembros en la zona nordeste suramericana.

Una poderosa señal permitía a los germanos enviar información desde cierto lugar del Brasil, tal vez desde Belo Horizonte, capital del estado de Minas Gerais, presuntamente involucrando a una empresa alemana de electricidad: *Allgemeine Electricizitats Gesselwchafth* en estos cometidos desde 1927. Lo más preocupante era que los mensajes se incrementaron bruscamente a mediados de 1934, pero a finales del año 1938 era realmente alarmante el flujo de señales, lo que motivó el establecimiento de un comité internaval británico-norteamericano, a objeto de rastrear goniométricamente las emisiones.

En agosto de 1939 cesaron bruscamente.

Al frente de los actos encubiertos que realizaban estos grupos nazis o pro-germanos se ubicaba a “Monociclo”, nombre por el que se identificaba a un austriaco, por el acento al hablar alemán. De refinados modales y rostro o edad inescrutables. Era tan poca la información sobre este personaje enigmático, que la cojera de su pierna derecha era lo más resaltante. Se enmascaró con una sutil actividad de pantalla, la de antropólogo indigenista, lo cual le permitió transitar por los estados del norte de Brasil sin interferencias,

aunque extremando precauciones. Los agentes norteamericanos conocían de su holgura económica y de su refinado gusto por los vinos, especialmente si eran alsacianos así como de sus contactos a nivel de magnates regionales, quienes incluso viajaron a Alemania como invitados. *Herr Himmel* o pata de loro como lo tildaban era sin duda un hombre ducho en su oficio, algunos responsables de su seguimiento se vieron en serias dificultades, otros desaparecieron sin dejar rastros.

—Tienes que averiguar lo que hacen los americanos en Macuro  
—le ordenó a Felix Itterman antes de su partida.

—Ah, Itterman, no escatimes el cómo.

— ¡*Heil* Hitler!



## Capítulo 13

Para Jaques Bard y Anthon de Hass lo que acababan de escuchar por la radio en la emisión de la BBC de Londres para América Latina, aunque era de esperarse, los sumió en una gran consternación. Para un francés y un holandés, aunque muy lejos de su patria, el primero de septiembre de 1939, con la invasión de Polonia por parte de los alemanes, evidenciaba una sola cosa: la guerra. La reedición de la carnicería, que creyeron la última, apenas veinte años atrás. Ambos tenían familiares en sus países de origen y habían creído que no llegaría a estallar una nueva conflagración. La noticia se expandió a la velocidad de la luz entre los extranjeros. La perplejidad en unos, en otros la angustia, pero en común la ira los unificaba. Las opiniones aunque divergentes convergían en un común: evitar situaciones hostiles y esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Por unos días la Guerra Relámpago, la Blitzkrieg alemana, en su fulgurante desarrollo opacó como noticia las actuaciones de la comisión sanitarista que, aunque continuó su trabajo, no llegó a conclusiones o tal vez no las hizo saber en la localidad. Una persona sí sabía lo que había causado los decesos, conocía muy bien las causas en su práctica médica, se trataba de Federika Model.

Para el teniente Winston Taylor lo que había comenzado el 1 de septiembre se agudizó al máximo cuando el día 3 formalmente

Inglaterra, Francia, Australia y Nueva Zelanda le declararon la guerra a Alemania, veinticuatro horas después de haber sido enviado un ultimátum que pretendía el cese inmediato del ataque teutón sobre Polonia, reclamación que fue desestimada.

En términos prácticos, este estado de cosas que ocurrían en el continente europeo lo implicaron en unas actividades cada vez más intensas de patrullaje marítimo. La rutina de dos misiones semanales se convirtió en un vuelo diario que inclusive, de así requerirse hasta dos veces, se prolongaba aun en horas nocturnas, manteniéndose en estado de alerta máxima. Los nuevos instructivos del rol de combate prescribían el silencio radial, pudiéndolo romper solo en emergencias o por el hallazgo de un submarino enemigo. Todos los mensajes se convirtieron en criptogramas y las precauciones en torno a la base en tierra se extremaron. La confraternización con ciudadanos del *Eje* italo-germano fue restringida, y los que no sufrieron el encarcelamiento estaban bajo constante vigilancia. Taylor tuvo que prescindir de su íntima amistad con una florentina de solo veintidós años de edad.

El *Gloster Gladiator* asignado a Taylor recibió un *overhaul* que permitió la instalación de un nuevo motor y de una frecuencia radial ultracorta, capaz de comunicar a mayor distancia nítidamente o de interferir un espectro más ancho de comunicaciones inalámbricas. Las cabezas de combate de los torpedos fueron armadas, así como también se añadieron espoletas “vivas”, lo que implicaba un mayor riesgo operativo durante la caza de los “lobos grises”, los seláceos metálicos del III *Reich* en aguas del Caribe y del Atlántico. Eran una obsesión para el almirantazgo británico, los efectivos desplegados así lo evidenciaban. La obsesión incluía al teniente Winston Taylor.

La superficie del mar asemeja agua hirviente, ya que la brisa la azota inyectándole aire, de esta manera, su patrón de coloración en esta área caribeña cambia de azulado a gris blancuzco.

Terminando el amanecer, se puede distinguir la estructura del U-68, fundamentalmente un cilindro alargado que rememora un gran tabaco. Es un sumergible del tipo VII C, su comandante, el *Kapitänleutnant* Maximillian von Schobert mentalmente se repite algunas de las características de su metálico pez; 7.950 millas marinas de autonomía viajando en superficie a 10 nudos; 6.450 sumergido a 12 nudos: máxima velocidad en superficie 17,5 nudos. La excelente capacidad de maniobra y el tiempo muy corto para inmersión le permitieron ser seleccionado por el alto mando de la flota U para operaciones remotas, principalmente en el Atlántico. Desde que el U-68 zarpó de Kiel hace tres años, este es su segundo crucero por el Caribe y ha incluido la costa este de Curazao, Bonaire y otras Antillas, así como aguas venezolanas y trinitarias. Periódicamente Maximillian von Schobert desde el puente otea el firmamento junto a dos vigías permanentes, que con binoculares escrutan a barlovento y sotavento sin pausa.

—¿Cómo diablos pudo ese biplano inglés...? No se le ocurra presentarse a ese o a otro —rumiaba Maximillian von Schobert.

—Cambio de guardia.

El capitán desciende al interior y de inmediato la fresca brisa, tan grata de respirar, se impregna del inequívoco olor a diésel. Antes de desayunar habrá una junta entre el navegante, el jefe de ingenieros y el primer contraamaestre.

En pocos minutos ocurrirá una inmersión de ensayo y una prueba de resistencia a la profundidad, emergiendo posteriormente para desplazarse al área de la comisión entre Trinidad y Venezuela.

Durante la reunión el navegante expone, tablas en mano, el horario que refiere el comienzo del atardecer, las apariciones y posturas lunares, también el cálculo de posición hecho en base a observaciones estelares y acción de las corrientes. El radio operador recibe un mensaje que es descifrado y entregado a Maximillian von Schobert de inmediato, en él pudo leer las coordenadas, fecha y hora del encuentro con el U-71, un submarino nodriza de abastecimiento.

## Capítulo 14

Al llegar el grupo que acompañaba al doctor Juan Vicente Cedeño a la lagunita de los aceites, observaron alrededor de la orilla, en el borde de la interfase agua-tierra, muchos peces muertos. La mayoría bien conservados, otros descomponiéndose hinchándose por el abdomen. Algunos de los presentes eran pescadores y comentaban no haber visto algo así nunca. Como llevaban en pequeños barriles el producto de su faena en otros pozos circundantes, tenían que espantar las moscas y las diabólicas avispas “matacaballo” que se posaban sobre los pescados, mientras que otros que dejaron sobre el suelo su captura, mientras curioseaban al recogerlos para continuar su regreso, los sacudían para retirarles las hormigas y bachacos que intentaban comérselos. Este hecho no pasó desapercibido para el doctor Cedeño ni para Federika, quienes no expresaron nada al respecto.

¿Por qué los peces muertos hallados alrededor de la laguna no atraían insectos voladores ni rastreros? ¿Sería acaso que...?

Federika evocó los ensayos llevados a cabo en el Instituto de Medicina Tropical en Hamburgo y los comparó con lo que veía. El uso de un agente tóxico allí sintetizado y conocido a un nivel ultra *Gekados* (muy secreto), como el ZMS-222, generaba un cuadro similar en ratas y peces expuestos o en humanos por causa accidental.



## Capítulo 15

Como todas las noches sintonizando la emisión de la BBC de Londres en la banda de 19 m, Bard y De Hass compartían cuitas y presentimientos, les mortificaba el destino de Europa, el cual en opinión de ambos estaba en manos de las decisiones que tomara Hitler o dejara de tomar. Arribaban a conjeturas, las discutían con vehemencia, pero no eran más que eso... conjeturas.

Era evidente que por lo demostrado en la Blitzkrieg en Polonia la Wehrmacht era una maquinaria bélica poderosísima. En veinte días prácticamente dos grupos de ejércitos se engulleron a los polacos propiciando su derrota, y el 17 de septiembre las fuerzas del Ejército Rojo invadían la Polonia oriental, como parte del pacto germano-soviético. En opinión de *Monsieur* Bard, las negociaciones por la paz detendrían la expansión del conflicto como una guerra europea o hasta mundial.

—*Mon Dieu*—comentaba.

—Nuestra línea Maginot no la podrá rebasar ningún ejército en el mundo. Las divisiones nazis caerán, una a una frente a ella y se repetirá, no pasaran, como en Verdún en la Primera Guerra.

De Hass por su parte, sin extinguir la llama patriótica, dudaba, mientras ambos sorbían de un coco su exquisito y refrescante líquido.

—Óyeme, amigo Jaques —le dijo De Haas juntando las manos como en plegaria—. Esta vez será muy diferente. ¿No has visto las fotos en los periódicos que le han mandado a Steyermer? A mi entender —ceremoniosamente continuó— lo que cuenta son los tanques y los aviones, atacando y moviéndose. Sí, moviéndose —y recalcó esta palabra diciéndola lentamente.

—Jaques, compréndelo, no hay fortalezas ni caballería que valga. Yo temo mucho por nuestros países, el mío en particular, tenemos que ser neutrales, no somos belicosos.

El otro tema de conversación, omnipresente, era aclarar el objetivo oculto en las cacareadas expediciones botánicas del señor, ese del peluquín, refiriéndose a Steyermer.

De Hass se puso de pie y casi marcialmente se impostó frente a Bard y le dijo:

—Es importante que sepas que cerca del año 1600, unos españoles se establecieron a unas cuarenta leguas o quién sabe a cuántas de Cumaná hacia el sur, lo que por allí fundaron lo destruyeron varias veces los indios y por aquí hubo otro pueblo que llamaron San Felipe de Austria y muchos...

—¿Para qué me hablas esas tonterías, Anthon? —terció Bard.

—¿Tonterías?, déjame explicarte. Cerca de la ladera del caño paraulata, ¿sabes dónde está?

—Claro, claro, Anthon —asintió con cara de aburrimiento.

De Haas, como un prestidigitador, sacó un deshilachado libro y sacudiéndolo se lo colocó frente a los ojos.

—Quita esa porquería que el polvo me irrita los ojos.

—De Haas empezó a leer sin parar como un energúmeno incontrolable: “*Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía*”, fray Cayetano Carrocera 1601 —al terminar el título lo abrió en una página predeterminada y con aire de superioridad

prosiguió—. “En esta provincia se fundó tierra adentro un pueblo de españoles distante 5 ó 6 días de camino en bestia, como érase tan remoto, con dificultad podía ser socorrido por otros españoles, pero como estábase sito en tierra de indios, eran frecuentes las invasiones, por lo que se retiró a otro sitio denominado Valle de Santiago, a poco más de medio día de las estancias anteriores”.

—¿Me escuchas atentamente? —increpó De Haas.

—Sí, claro —respondió Bard.

De Haas visiblemente emocionado prosiguió:

—Los ataques repetidos eran para proteger algo, eso es lo que vamos a averiguar. Por eso anda el fraile Jesús Alvero ese por aquí.

—¿Qué quieres decir? termina de explicarme —interrumpió Bard.

—Bueno, tesoros de indios cumanagotos enterrados, ornamentos sagrados, cálices, copones... donde llegaban los españoles, llegaban los curas y construían iglesias y en las iglesias hay sagrarios.

—Un momento, un momentito —dijo Bard, levantándose también.

De Haas leyó apresuradamente: “Había un pueblo de hasta 15 ó 16 vecinos, gente pobrísima, sus chozas peores que la de los indios, y pocos sacan el sustento y para algún vestidillo y sin embargo fueron nuevamente asediados trayendo a observar de Nueva Andalucía 50 familias, 379 almas, 72 casas y 254 hombres en armas”.

—¿Para qué? —interrogó Bard.

—No entiendes que este forcejeo era por algo más, y óyeme, mira bien, el ayudante de Steyermer, el rubiecito O’Neil, se me hace que es un oficial norteamericano. Observa su corte de pelo y el cuerpo, sobre todo las piernas, ese ha hecho entrenamiento militar. Esos farsantes buscan piedras preciosas y cementerios indígenas.

Sí, es verdad que recogen plantas —acotó, y añadió—, pero los he visto con instrumentos que no usan los botánicos, y el indio Serapio me ha confiado que guardan unas bolsitas pequeñas con terrones y piedras.

—Bueno, compañero, lo más importante siguen siendo los mapas —le enfatizó Bard.

—A tal efecto, hablé con Serapio, ya que, como sabes, él duerme en el interior de la casita cuidando los equipos. Lo convencí no para que se los robe, por supuesto, ya que no lo haría, sino para que me lo traiga y yo lo lea, una a dos horas a lo sumo, restituyéndolo al morral de Steyermer antes de que despierte. Así terminaremos con este suspenso.

—Algo más, Anthon.

—Asimismo me informó que en el mapa hay muchas señales con crucecitas rojas y azules, pronto nos enteraremos qué significan.

No transcurrieron dos semanas cuando a eso de las dos de la madrugada, en una noche en que la Luna estaba ausente, el indio Serapio se decidió a llevarle el plano a su amigo De Haas; ni siquiera las copas de los árboles tenían luz, y ya en la habitación donde dormía el holandés le despertó y le entregó los pliegos de papel.

De Haas, inmediatamente después de lavarse los ojos, aún frotándose los, se dedicó a observarlos. Una serie de marcas en color azul, pequeñas cruces, señalaban con una flecha la base de un número, que él infirió se refería a las plantas colectadas, ya que al lado podían leerse los famosos nombres en latín o latinizados. Además, estaban señaladas las coordenadas sobre las que venían impresas en el formato del plano mismo, pero quedaban las señales diminutas en forma de equis, en color rojo, con igual identificación

de sus coordenadas. Por último, le fue posible distinguir asteriscos en color grafito, en menor número y agrupados en el envés del plano o mapa en otra columna de nombres latinizados.

—Deben ser otras plantas, o acaso sitios de interés particular —dubitó el holandés.

Con más acuciosidad en el análisis, las equis rojas no tenían otra indicación más que en la base del ángulo izquierdo de la hoja de 50x50 cm de dos letras: E e.

—¿Qué diablos son estas e mayúscula y minúscula?

Pero De Haas fue interrumpido inopinadamente.

—Mesie Anthon, señor Haas, deme el papel para devolverlo a la casa de *mister* Steyermer, usted sabe, no vaya a ser que se despierte a orinar, él lo hace a cada rato en la madrugada cuando refresca —le conminó Serapio.

De Haas hubiera proseguido observando, pero mansamente lo plegó en su doblez original y se lo entregó al indio, quien lo guardó bajo su franela echando a andar por atrás de la casa, esfumándose entre los matorrales.

El holandés atisbó por entre las tablillas de la ventana, como reafirmando algo de lo cual estaba seguro: Nadie podría descubrir la incursión de un ‘pata de conejo’ como lo era Serapio, pero no era así, estaba completamente equivocado.



## Capítulo 16

Desde el mismo día que estalló la Segunda Guerra Mundial, Felix Itterman y Gunther Schmidh se turnaban, noche tras noche, cuando Steyermer y su comitiva pernoctaban en el pueblo, para vigilar su residencia, pues ellos pretendían penetrar y revisar pertenencias y equipos, indagando sobre lo más esencial: ubicar el transmisor que había sido detectado desde la base del Abwehr en el nordeste del Brasil, y que era utilizado para detectar e interferir las comunicaciones de los buques alemanes en el Caribe nororiental. De encontrarlo muchas cosas se aclararían, entre ellas la periodicidad o intermitencia de las transmisiones en el área.

—Destruyanlo sin dejar rastro —habían sido las órdenes emanadas de la superioridad.

Itterman aguardaba en esa fresca noche de diciembre de 1939 en las adyacencias de la vivienda del botánico, cuando algo resquebrajó la rutina. Alguien saltó por la cerca alambrada del gallinero trepando por una rama de un gran árbol de mango y al caer caminó hacia un terreno casi yermo: era Serapio, lo corroboró ya que al indio llegar a la callejuela que debía atravesar, se detuvo unos momentos y luego continuó a paso normal. Lo siguió con gran prudencia a una cuadra de distancia hasta verlo entrar en la vivienda del holandés. En ese momento Itterman apuró el paso sin correr, dándole la vuelta al cercado exterior, acercándose a una

de las ventanas. No podía oír nada, pero tan pronto en el interior se encendió una lámpara, pudo observar lo que entregó Serapio, ya que De Haas lo extendía sobre la mesa... y claro, eso era un mapa y venía de la casa de Steyermer. Itterman prosiguió espiando, Serapio salió de su campo visual, luego de una larga media hora reapareció para salir nuevamente, en esta ocasión corriendo.

“¿Y el mapa?”, reflexionó Itterman.

## Capítulo 17

Durante el primer trimestre de 1940 no se registraron incidentes que trastornaran el devenir cotidiano en Macuro, mas no así a nivel de la política internacional, ya que a comienzos de abril, el día 9, Alemania invadió Dinamarca y Noruega, exacerbando los temores entre los pocos europeos residentes. Pero cuando el 10 de mayo fueron atacados los Países Bajos y se inició la batalla de Francia, ocurrieron cambios drásticos entre los representantes de las diversas colonias extranjeras en sus relaciones interpersonales. Monsieur Bard y Anthon de Haas, aunaron sus preocupaciones y se compenetraron más en sus sentires. Sus respectivas patrias habían sido invadidas y el día 22 de junio Francia capitulaba. La noticia cayó como un manto mortuorio. Algunos periódicos traídos de Puerto España, en idioma inglés, así como las emisiones de radio Netherlands, retransmitidas en Bonaire y la BBC de Londres, abundaban en nefastas informaciones. La esvástica ondeaba en Róterdam, que había sido duramente bombardeada, en La Haya, en Bruselas y en París.

Bélgica, Holanda y Francia habían sido derrotadas militarmente, el 10 de julio de ese mismo año comenzó la batalla aérea sobre Inglaterra, para continuar con la Guerra Relámpago, hasta ahora invencible. Las ciudades inglesas comenzaban a sufrir los devastadores ataques aéreos.

En esos días se estableció una poderosa escuadra de submarinos alemanes en la base de Lorient, recién construida en la Francia ocupada, dándole un acceso casi ilimitado a los U-boat en el Atlántico.

Empezaba a imponerse el criterio de dar prioridad al arma submarina preconizado por el *Grand Admiral* Karl Dönitz, su caudillo e ideólogo por encima del *Gross Admiral* Erich Raeder, comandante en jefe de la Marina de Guerra, quien sustentaba el apoyo a las unidades de superficie, en especial a la Flota de Alta Mar.

El pasado 13 de diciembre de 1939 durante la Batalla del Río de la Plata, se perdió el acorazado de bolsillo *Graf Spee*, que hemos mencionado con anterioridad, y el 27 de mayo de 1940, el *Bismarck* fue echado a pique en las gélidas aguas del Atlántico Norte, después de hundir en su primera misión y, tras solo ocho minutos de combate, a su homólogo, buque insignia de la Flota Metropolitana británica, el *HMS Hood*.

Enmarcado en este nuevo escenario estratégico, donde la guerra submarina adquiría un rol protagónico, el U-68 se dirigía al destino que le ordenaba el mensaje recibido. Debería encontrarse y así ocurrió al norte de la isla de San Marteen, y allí “petrolear” con el U-71, también recibió provisiones de boca y nuevos torpedos con detonador selectivo hidroacústico. Recibió órdenes sobre el hostigamiento a los buques petroleros que transportaban combustibles destilados desde las refinerías de las Antillas Neerthanlesas.

El término de la operación de abastecimiento se avecinaba junto con el alba; el U-71 despegaba las mangueras de paso de combustible, que como gruesas placentas le conectaban al U-68. Todo se realizó como estaba previsto, sin novedad y la subida a bordo de dos grandes contenedores metálicos, de unos 2x0, 30 mts de

alto e igual anchura, marcó el alejamiento del sumergible nodriza y la puesta a proa del sumergible comandado por Maximilian von Schobert hacia Macuro.



## Capítulo 18

Gunther Schmidth no se había mantenido inactivo desde su arribo a las costas próximas a Macuro. Desembarcado desde el U-68 este matón de oficio, si es que así pudiera llamársele, sus actividades juveniles en su Dresde natal, no muy lícitas, continuaron en los barrios berlineses, mayormente en el temido Moabit. Poseía un prontuario policial que incluía pretéritas actividades comunistas y hasta el apaleamiento que condujo al ulterior deceso de una meretriz. Su rápida afiliación al partido nazi le permitió “cambiar de aires” para evitar mayores problemas judiciales y desde 1934 ingresó a las SS, temibles fuerzas paramilitares que con su negro uniforme se constituyeron en los centuriones del III Reich. Posteriormente recibió entrenamiento especial en misiones encubiertas, tipo comando, en la renombrada División Brandenburg adscrita directamente a los servicios de inteligencia militar comandados por el almirante Canaris, el Abwehr.

Continuamente realizó un minucioso y audaz seguimiento al grupo de Steyermer y en gran anonimato lo hizo también a los otros europeos residentes, quienes en los momentos actuales estaban en condición de enemigos. Este trabajo paciente y ejecutado mayormente en la nocturnidad le dio frutos. Pudo hurtar muestras de algunas plantas coleccionadas de las que permanecían guardadas en un gabinete especial y que fueron remitidas a Alemania para

su examen bioquímico, pero su mejor logro fue ubicar la emisora, objeto de su presencia, que erróneamente se pensó pertenecía a la expedición, la cual sería su pantalla; mas resultó ser que el honorable vicecónsul Skinner en la mayoría de las veces y el “residente” Horace Brocke eran quienes con religiosa frecuencia interdiaria la operaban, transmitiendo a la misma hora: las 4:00 a.m. Esta rutina podría ser su perdición.

*Mister* Skinner a los fines de pescar, visitaba localidades o mejor dicho, pozos y lagunas, por donde anteriormente el grupo Steyermer había recolectado. ¿Coincidencias?

Gunther Schmidth informó de estos hallazgos a su superior el electricista Felix Itterman, ya que éste era realmente un *Sturbhannführer* SS (mayor) responsable de desenmascarar y eliminar a los agentes aliados que operaban en esa zona.

## Capítulo 19

En vista de la alianza del Pacto de Acero signada entre Mussolini y Hitler, los germanos buscaron cooperación del ítalo Pietro Franchesco Chieruttini quien desde su llegada y según sus propias palabras, estaba embelesado con las bellezas escénicas y humanas, disfrutándolas a plenitud. Itterman y Schmidh a título de una simple consulta relacionada con problemas electro-mecánicos, observaron como en repetidas ocasiones Chieruttini desarmaba el motor de su motocicleta reparándole cualquier falla.

En medio de una nada frugal comilona de mariscos y frituras de pescado, Itterman fue al grano:

—Llegó el momento de unir esfuerzos, amigo Chieruttini —le dijo en su gutural castellano.

A continuación, destacó la íntima colaboración que se estaba llevando a cabo entre el Duce y el Führer, así como la hermandad de intereses comunes al fascismo italiano y al nazismo alemán. Sutilmente introdujo a los “arios honorarios” del Lejano Oriente, los japoneses, como la tercera pata del trípode. Salomónicamente sentenció: “La victoria no solo está próxima, sino que es inevitable”.

A manera de ejemplo citó, casi murmurándolo, el arribo hacía pocos días, el 2 de febrero de 1942 concretamente, de fuerzas blindadas alemanas al norte de África, a Trípoli en este caso, para

operar fraternalmente con los italianos a objeto de derrotar a los ingleses y expulsarlos de ese continente. Un competente general de apellido Rommel era su comandante.

El panorama no podía vislumbrarse más prometedor.

—Imagínese, *signore* Chieruttini o Pietro, si me lo permite, una nueva Europa, ¿y por qué no?, un nuevo mundo bajo la égida italogermana nazifacista —bajando la voz, miró fijamente a los ojos del italiano y le confió—. Allí no tendrán cabida ideologías y mucho menos pueblos decadentes.

Pietro Franchesco Chieruttini fue parcialmente informado del objeto de la estadía de los dos teutones por esos parajes, a la vez que estos inquirieron sobre los fines de su presencia, la cual ellos presumían tendría un propósito análogo. Para sorpresa de los SS, Chieruttini no soltó prenda, eludió diplomáticamente las situaciones que implicaran participaciones directas, como la insinuación en la emisión de señales lumínicas a los submarinos. Inmutable solo demostrando su incomodidad por un desusado manoseo de su acicalado bigote, los continuó escuchando. Lo que no sabían ni imaginaban Itterman o Schmidth, era que el italiano leía apasionadamente a Dante, a Petrarca y a Boccaccio y era un contumaz admirador de la obra pictórica de Rafael y Tiziano, así como de las esculturas de Da Vinci y Miguel Ángel. En síntesis, era un amante de lo que se relacionara con la vida, con lo creativo y con la promoción de la obra del género humano; que vio con horror el advenimiento de las camisas negras en su país natal y de las pardas en Alemania, y que había expresado públicamente lo que motivó su exilio: su descontento por la intervención fascista en la Guerra Civil española, la cual, parafraseando a Unamuno, era la más incivil de todas las guerras. En fin, Chieruttini era un hombre ácrata, quien amando profundamente la condición humana, detestaba y rechazaba,

conceptualmente y con sus actos, cualquier intento de ortodireccionalidad ideológica, más aún si conducía a hechos bélicos. En su fuero interno, mientras fingía escucharlos atentamente, pensaba: Cochinos totalitaristas.



## Capítulo 20

—Una de las contribuciones más importantes al desarrollo de las Ciencias Naturales, en general, y de la Biología, en particular, se deriva de los viajes realizados por Humboldt. Sus observaciones, compiladas en su magna obra *Viajes a las regiones equinocciales del nuevo continente*, así lo atestiguan. Un gran número de especies animales o vegetales fueron descritas por primera vez por él.

Humboldt era hijo del mayor Alexander Georg von Humboldt, oficial del ejército de Federico el Grande, lo cual determinó el marco de disciplina en el que él desarrollaría su educación. Su nombre ha quedado reflejado en el sinnúmero de monumentos, plazas y hasta localidades: ocho pueblos en los Estados Unidos. Ríos, montañas, bahías y hasta la gran corriente submarina frente a Perú y Chile son sus epónimos. El dilatado periplo por Venezuela, Cuba, Colombia, Ecuador, Perú y México, marcó un hito en el acopio del conocimiento de lo natural en el siglo XIX que persevera hasta nuestros días. Su proximidad a Goethe le indujo a compartir ideas e intereses comunes de gran trascendencia. Su compañero de travesías el botánico francés Aimé Bonpland, médico, sería su más allegado colaborador.

El viaje de Humboldt comenzó en Cumaná el 16 de julio de 1799, donde permaneció hasta el 24 de noviembre de 1800, cuando prosiguió hacia Cuba. Además de las observaciones sobre

el magnetismo, y los estudios geológicos, astronómicos, botánicos y cartográficos, Humboldt estudió un pez que le llamó poderosamente la atención: la anguila eléctrica, cuyo nombre científico para entonces era *Gymnotus electrophorus*. Recolectó ejemplares en los ríos Apure y Orinoco de este excepcional animal, que puede alcanzar hasta 1,80 mts de longitud y que recuerda a las anguilas por su cuerpo cilíndrico y alargado. Habita en las lagunas pequeñas, poco profundas y los morichales de aguas someras y transparentes. Su mayor particularidad es la de producir descargas eléctricas de hasta 800 voltios que hacen temblar a cualquier animal, incluyendo a los caballos, de allí su nombre, temblador, una verdadera planta eléctrica cuyo poder electrogénico reside en sus electroplacas, tejidos especializados que por su altísima concentración de ciertos neurotransmisores, únicas en el reino animal...

—Alarma, alarma, ataque aéreo—se escuchó por un parlante.

Ante el sonido de los parlantes y el ulular de las sirenas, el profesor Heinz Gerd Falkenhausen tuvo que detener su disertación sobre el pez temblador.

Él y los presentes en el auditorium de la Universidad de Berlín, en este caso un grupo muy atípico académicamente hablando, bajaron a los laboratorios que fungían de refugio antiaéreo, corto trayecto durante el cual pasaron por el bioterio y observaron diferentes animales utilizados en experimentación. En un gran acuario, de unos 3.000 litros de capacidad, nadaba muy lentamente, manteniéndose cerca de la superficie y abriendo la boca a ratos para tragar aire, una oscura anguila eléctrica, un temblador, de un metro y medio de largo. Los acompañantes del profesor Falkenhausen quedaron sorprendidos al observar como este golpeaba el vidrio frontal y simultáneamente se encendían dos

bombillos a su vez conectados al agua del acuario mediante cables conductores que transmitían el flujo eléctrico de la descarga emitida por el pez.

El reducido grupo, cinco en total, tres altos oficiales castrenses y dos *Standartenführer* (coroneles) del temido servicio de seguridad de las SS permanecían impávidos, sin inmutarse al escuchar el ruido cada vez más intenso de los motores de los B-17: las fortalezas volantes del Cuerpo Aéreo del Ejército de los Estados Unidos que sobrevolaban y lanzaban las mortíferas cargas explosivas.

Heinz Gerd Falkenhausen, doctorado en bioquímica en la Universidad de Leipzig, era sin duda alguna un reputado investigador; sus publicaciones recorrían las universidades europeas y americanas. Gaseado en la Batalla de Ypres en 1917, arrastró una bronquitis crónica desde la Gran Guerra, y en secreto se mantuvo investigando en las tenebrosas armas químicas. Era el coordinador del proyecto *Gotterdamering* (Crepúsculo de los dioses), clasificado como *Gekados A-1*, altamente secreto, y cuyo supervisor inmediato, quien reportaba al propio Adolf Hitler, era Heinrich Himmler, el ministro del Interior, jefe de la Policía Alemana y *Reichführer* de las SS (el título oficial: *Der Reichführer SS und Chef der Deutsche Polizei*), tal vez el hombre con más poder en el imperio del III *Reich*.

Esta reunión transcurría el 2 de febrero de 1943, en una semi-nublada mañana berlinesa, simultánea a aquella otra que se llevaba a cabo a más de 3.000 kms de allí, en donde el Don y el Volga se aproximan, en la caldera de la ciudad más codiciada por las armas de Alemania y sus aliados italianos, húngaros y rumanos: Stalingrado.

Entre sus ruinas el recién ascendido, vía aérea, a mariscal de campo, el coronel general Von Paulus, más de 2.500 oficiales, 23

divisiones, unos 330.000 hombres, el otrora famoso VI Ejército, firmaban la más humillante capitulación tras su asedio y derrota, ante los emisarios rusos y a una temperatura de 35° bajo cero.

En Macuro, como en todo el orbe, mientras tanto, era del común conocimiento que las cosas estaban empezando a cambiar para los alemanes y sus itálicos aliados. No solo en África los hados iban mal para el idolatrado *Zorro del Desierto*, el mariscal Erwin Rommel, sino que desde el 23 de enero de 1943 el Octavo Ejército Aliado había conquistado Trípoli. Para colmo en el escenario bélico del Pacífico los nipones, arios honorarios, también conocían el sabor de las derrotas.

El ambiente, muy enrarecido y presagiente, daba mucho que hablar a los locales sobre las conductas de los extranjeros, ya fueran *misters*, *monsieurs* o *herren*; todos sus hábitos se habían acelerado. El grupo Steyermer trabajaba a sobretiem po clasificando y preparando gran cantidad de plantas colectadas para su embarque. Por su parte los germanos Itterman y Schmidh se tornaron poco visibles; mientras que De Haas y Bard viajaban muy a menudo a las Antillas Menores. Las visitas de Mr. Skinner eran casi diarias, pernoctando más tiempo en Macuro que en su sede consular, la ciudad de Cumaná. Federika Model y el personal del dispensario permanecían con la constancia característica en sus labores y Pietro Franchesco Chieruttini había desaparecido. Algo grande se tejía.

## Capítulo 21

Estando Federika organizando los pocos apósitos y medicamentos, dotación del dispensario, recibió la visita del fraile Jesús Alvero, quien en una de sus características improntas le dijo:

—Hija, hija mía, ¿escuchaste?: los rojos, los condenados comunistas dizque han desbaratado al glorioso sexto ejército alemán en Stalingrado. ¡Voto a Belcebú!—y haciendo la señal de la cruz continuó—. Tenía que ser así, tenía que ocurrir. Esa maldita ciudad o ese tugurio con el nombre del engendro satánico.

Federika permanecía muda, absorta escuchándole.

Dracónicamente Alvero sentenció:

—Los bolcheviques siempre han querido acabar con la Europa católica, las hordas asiáticas han pretendido Roma como trofeo desde la época de Atila para saquear El Vaticano y violar los conventos—mirando al cielo y abriendo los brazos en cruz exclamó—:

Vuestro amado Führer nunca lo permitirá. Buena que se la dimos nosotros en España a esos blasfemos. No olvides el lema que llevan vuestros gloriosos soldados en sus hebillas: *Got mit uns*, Dios con nosotros.

Federika intentó interrumpirle por la llegada de un niño en brazos de una escuálida joven, pero Alvero a guisa de despedida le dijo:

—El nacionalsocialismo purificador detendrá la roja vorágine, yo oraré para tal fin —terminó mientras salía y volviéndose trompeteó—. Alemania sobre todos ;*Heil* Hitler!

Federika Model por primera vez sintió algo que no había experimentado con anterioridad. Dudó, sí, dudó acerca del triunfo de las armas alemanas sobre el Ejército Rojo: del nacionalsocialismo sobre el comunismo, del hombre ario sobre el eslavo. Evocando las inolvidables concentraciones en Nuremberg o en Munich, ciudades en las que ella participó, de miles de hombres desfilando al paso ganso... las luces... los colores... los aviones sobrevolando... las armas, simultáneamente rememoró las que no habían sido usadas por Alemania, las que de solo pensarlas, un escalofrío le recorría la espalda por la línea media. Escuchó el eco de las palabras del profesor Falkenhausen:

“Las tendremos preparadas pero Dios quiera que no tengamos que usarlas nunca”.

Federika proyectó en su mente a su ilustre maestro, ese bioquímico que en carne propia, ojos y pulmones principalmente, sufrió las injurias de los gases tóxicos y sus secuelas, del cloro y la mostaza, pero que en sus propias palabras, éstos no eran más que un juguete frente a las nuevas armas secretas de la venganza, las *Vergeltungswaffen*. De allí su nombre genérico: las armas V.

Federika debería permanecer dispuesta; la palabra clave, si es que le era transmitida, vendría en el U-68 u otro sumergible similar, un mensajero desconocido se la confiaría. No le gustaba ni siquiera pensarlo en lo más recóndito de su ser, y si lo hacía, con calculada suavidad pero automáticamente, taconeaba su zapato derecho, dentro del cual siempre estaba la garantía de su eterno silencio: la oval y transparente cápsula de cianuro.

No, no querían ni siquiera imaginar la palabra *Gottendamerung*.

## Capítulo 22

Maximillian von Schobert permanecía adherido, como fusionado al tubo del periscopio, sentado, con la cabeza casi incrustada en la goma del visor telemétrico, sus muslos apretaban a la vez que la mano derecha accionaba la palanca que hacía subir el periscopio lentamente hasta situarlo a ras de la superficie. De vez en cuando el motor del instrumento ronroneaba y cesaba de sonar. Allí estaba el barco petrolero en el centro de su campo visual. Le preocupaba la espuma que dejaba el tubo emergido, podría delatar su presencia. Sentía en su espalda la respiración del segundo oficial ingeniero, encargado de ejecutar la orden de ataque con torpedos.

—Atención se acerca un destructor —susurró.

—Ingresa al campo visual.

—Preparados.

El segundo oficial ingeniero calculaba el ascenso inmediato al disparo para compensar el peso del torpedo eyectado, 3.500 kg se desplazarían bruscamente.

—Distancia 4.500.

—Velocidad 16 nudos. Cilindros 2 y 4 listos.

—¡Fuego 2 y 4!

De súbito se escucha una gran detonación y el U-68 se tambalea y oscila lateralmente. Gritos y vocablos inentendibles se mezclan al igual que ruidos de pasos acelerados. Los jamones y embutidos

que cuelgan se desprenden, por instantes la iluminación parpadea, la instalación electrogénica para contingencias arranca, pero no alcanza las revoluciones necesarias; hay una brusca inclinación a popa y otra detonación seguida de varias de menor intensidad, como si guijarros cayeran sobre el casco de la nave, se repiten suave y periódicamente, no son explosivos, es el temido Asdic, el sónar que permite detectar bajo las aguas a los sumergibles, eficaz arma inglesa antisubmarina, casi su némesis.

Maximillian von Schobert ordena: —Cambien el curso, doscientos grados, timón todo a babor —y continúa observando el manómetro que aumenta su indicación.

Seguidamente la oscuridad es total y el silencio absoluto.

—Ambas máquinas a toda velocidad —ordena Maximillian von Schobert mientras agolpadamente reflexiona: Son casi las 7:00 a.m. desde las tres seguíamos al buque enemigo, estaba solo, ubicamos el destructor... realmente no comprendo... cada vez es más difícil aproximarse y atacar naves enemigas...

—Informe sobre el contacto —pregunta.

—Va hacia popa, se aleja —responde el servidor de los hidrófonos.

—Vamos a subir —ordena ante el asombro de sus oyentes.

Después de la primera explosión siguió una segunda. Fue total la confusión a bordo del destructor de la marina norteamericana, el USN-351. Cuando recibió el impacto del torpedo lanzado desde el U-68, el primer informe sobre daños reportaba que se iría a pique.

—¡Tenemos que salvarnos! —exclamó un ennegrecido pañolero, mientras que un grasiento marinero apareció junto a la borda con un compañero ensangrentado entre sus brazos.

—Hay fuego por la popa —se oyó gritar.

—¿Cuántos quedan atrapados en la sala de máquinas? —preguntó alguien sin obtener respuesta.

—Señor, estamos embarcando agua y el timón no responde —informó el primer oficial.

—Suba al puente de mando —le gritó el Capitán.

—Cuatro heridos y la cabina de radio en llamas —reportó un alférez.

—¿Reparables los daños?

—Intento hacerlo.

Las palabras del oficial de máquinas no se ajustaban a la realidad.

—Dios mío, Dios mío, no veo... no... ¡Socorro...!

El capitán secamente ordenó: —Despejen la cubierta de heridos, llévenlos a los botes salvavidas, abandonen la nave...

En la sala de máquinas saltaban las tapas de los bidones de aceite y otros lubricantes hirvientes que alcanzaban las piernas de los tripulantes. El sistema de agua dulce no funcionaba. Las dinamos auxiliares se detuvieron dejando a la nave sin flujo eléctrico. Los motores se acallaron; con las máquinas muertas el USN-351 estaba a la deriva.

En los tres años de guerra transcurridos se operaron cambios tecnológicos que revertían contra el uso de los submarinos. Las famosas manadas de lobos del almirante Döenitz habían perdido parcialmente sus colmillos. Los sistemas de detección a bordo de buques y aviones eran cada vez más precisos. El arma submarina declinaba en sincronía con el III Reich.

Si alguien lo podía atestiguar era el ahora Fligth Lieutenant (capitán) de la RAF Winston Taylor, quien habiendo dejado de volar el vetusto biplano Gloster Gladiator, ahora era el piloto de un monoplano biplaza Blackburn Skua, bombardero en picada capaz

de desarrollar 360 km/h con un radio de acción de 1.300 kms y un potente armamento antibuque, compuesto por cuatro ametralladoras Browning de 7,7 mm. en una torreta dorsal y otras tantas en las alas, más una bomba de 227 Kg. bajo el fuselaje, que de hacer blanco en la superestructura de un barco o submarino, lo comprometía muy seriamente pues aun portaba ocho bombas ligeras sujetas a las alas.

Taylor lo volaba desde abril de 1942, el acompasado ruido del motor Bristol Perseus de 905 hp ya le era tan familiar que lo disfrutaba. La posibilidad de comunicarse con los destructores y corbetas ingleses o americanos que patrullaban el Caribe nororiental, configuraba un excelente sistema de defensa antisubmarina.

La presencia de los U-boats, plenamente confirmada anteriormente no solo por los ataques inflingidos a barcos mercantes o a unidades navales, sino por el cañoneo hecho a instalaciones de refinación de petróleo, como el caso de Curazao, había mermado considerablemente.

Para Taylor “ponerle una píldora”, como llamaba a la bomba ventral de 227 kg, era una obstinación. En tres ocasiones atacó U-boats y en una cuarta mantuvo contacto, ametrallándolo inclusive, hasta que la reserva de combustible le obligó a retirarse, ya que el mecanismo de eyección de la bomba no funcionó.

Era cuestión de tiempo, de muy poco tiempo, ya no era lo mismo que en 1939, cuando se topó con aquel desconocido sumergible: ahora con la dotación de su nueva aeronave podía presumir de una superioridad indiscutible. Además, este avión biplaza le permitía al segundo miembro, situado detrás de Taylor, en este caso un sargento técnico, operar la torreta de cuatro bocas de fuego, pero a la vez aumentaba la cobertura visual, eran cuatro ojos, que evidentemente ven más que dos.

Taylor recordaba las informaciones acerca del bombardeo ocurrido sobre territorio alemán el 18 de marzo de 1944, concretamente cuando aviones de la RAF dejaron caer 3.000 tn de bombas en una sola noche sobre Hamburgo, segunda ciudad y primer puerto comercial. Duro se la estaban devolviendo a la Luftwaffe en respuesta a sus incursiones sobre Londres y Coventry, ojo por ojo meditaba Taylor.

—Capitán, capitán, a estribor, a ochenta grados, creo que es un submarino emergiendo —le comunicó su acompañante.



## Capítulo 23

Para Heinz Gerd Falkenhausen, la bioquímica no solamente había representado la forma más hermosa de hacer ciencia y alcanzar un nombre reputado como investigador, sino también la que le permitió encumbrarse en el mundo social, económico y político como catedrático o conferencista tanto en su país como en el exterior. Asesoró vastos complejos productores de los novísimos y prometedores plaguicidas y se vinculó al selecto grupo, en apariencia un consorcio, involucrado con el desarrollo de las armas V, las armas de la venganza, las temidas herramientas de destrucción cuyo inminente uso anunció el ministro de Información y Propaganda, el doctor Joseph Paul Goebbels y también el mismo Hitler. Se trataba de la última carta antes de la derrota cada vez más próxima, de efectos masivos, apocalípticos, y que invertirían el curso de la guerra.

Falkenhausen sostenía periódicas reuniones y recibía visitas de altos personeros del aparato de seguridad del Estado, a cuyos jefes informaba verbalmente del desarrollo de lo que a él le incumbía. Algo desusado, atípico estaba ocurriendo en esos primeros días de junio en 1944. Una anormal actividad en torno a sus experimentos e investigaciones y hacia su propia persona era inocultable. Esto se hizo patente cuando recibió la llamada telefónica que lo convocaba a la sede central de la peligrosa Gestapo

en la *Prinz Albrecht Strasse*, invitación reforzada por la presencia, a la hora pactada, del inconfundible Mercedes Benz negro y los tres personajes enfundados en los característicos sobretodos de cuero del mismo color. Informaría sobre el caso Temblador tal como en previas reuniones, pero la visita como invitado a tan funesta calle y tenebrosa sede, le inquietaba. Habiendo ingresado escoltado por dos miembros de las SS, fue recibido por un *Obersturabhannführer* (comandante), quien con el saludo hitleriano y un fuerte taconazo, secamente y con un halo de irónica cortesía, mientras le escrutaba con el único ojo que le quedaba, le indicó el camino, un corto pasillo que al final desembocaba en la oficina del doctor y *Obergruppenführer* (teniente general) Ernst Kaltenbrunner, jefe de todos los servicios de seguridad y policía del III Reich (*Reichsicherheitshauptamt*) abreviada como la RSHA. Antes de tres minutos de espera en el pequeño vestíbulo, el oficial de ordenanza le abrió la puerta, sin pronunciar palabra, donde le aguardaba *Der Chef* de la policía más temida de Europa y tal vez del mundo.

Algo fuera de lo corriente también pasaba en Macuro y sus adyacencias. Bruce Steyermer, su ayudante Joseph O'Neil y el vicescónsul Skinner no podían disimular su impaciencia. Por primera vez los tres, acompañados por Horace Broche, en perfecto estado de sobriedad, se exhibían públicamente juntos intercambiando opiniones y hasta chistes en viva voz, que aunque no pudiesen ser oídos, sí eran vistos por Gunther Schmidh quien con sus binoculares los espía desde un cercano matorral desde donde frecuentemente lo hacía, escondiéndose por supuesto.

Las repetidas entradas y salidas a la vivienda y el empaque apresurado de documentos y cajones presagiaban acontecimientos. De repente todos se alejaron encabezados por Horace Brocke, y

fue en este instante cuando Schmidth decidió materializar la idea tantas veces acariciada en su mente: introducirse a la misma habitación de Steyermer donde yacían los documentos. Así lo hizo y su satisfacción fue mayor al hallar el inconfundible bolso de cuero, rectangular y con correa, que le permitía al botánico terciárselo desde el hombro izquierdo hasta su cadera derecha.

—Himmel, allí estás —exclamó el teutón, sin perder de vista la perspectiva de la calle por la que se habían alejado. Pudo ver el mismo mapa que con anterioridad escudriñó De Haas, esta vez enriquecido con más marcas. Conocedor de la topografía de la periferia trataba de ubicar mentalmente las marcas rojas y azules, y se mantuvo en observación, hasta meditó irse, huir con tan preciado documento, pero desechó la idea ya que esta acción alertaría a sus propietarios y no eran esas las instrucciones recibidas.

Imbuido, identificó sitios para él familiares; extrayendo una hoja de papel transparente que señalaba las coordenadas del lugar calcó detalladamente, interceptando longitudes con latitudes; así ubicó más de treinta puntos en grados, minutos... segundos como lo instruyó su superior Felix Itterman después de su llegada. Pasaron más de cuarenta minutos y sin dejar de mirar hacia fuera se dispuso a escapar por la parte de atrás, un corral que limitaba con un terreno cenagoso, para entregarle a su compañero la maravillosa cosecha de su paciente trabajo... pero su sorpresa fue máxima ya que advirtió un segundo bolso similar al anterior en forma, tamaño y color pero con iniciales repujadas B.S., las de Bruce Steyermer, obviamente.

—¿Qué contendrá?

Como el tiempo apremiaba se volvió a asomar hacia la vereda por donde podrían retornar, y mientras hacía esto, introdujo la mano a ciegas en el recién hallado bolso. Después de recorrer la

margen izquierda del riachuelo, que contorneando su curso detrás de muchas viviendas desaguaba en el mar, bordeó un lodazal para poder saltar hacia la orilla derecha, y así lo hizo. Continuando su casi huida y evitando transitar por las calles, acercándose por el cambural que delimitaba su propia morada, divisó a su compañero y alargando sus pasos, le llamó, pero le gritó usando el grado militar, violando la más elemental de las reglas, la de no divulgar por ninguna circunstancia su identidad.

Itterman lo divisó en una sola y aguileña mirada, ya que se ocupó más de indagar a su alrededor en la búsqueda de posibles testigos que pudiesen haberse enterado de lo ocurrido.

—¡Maldito! —casi escupió—, te emborrachaste públicamente; te mataré con mis propias manos.

En ese instante, a unos diez metros de la empalizada vegetal, que separaba la vivienda del lodazal, Itterman sospechó por primera vez que Schmidt no estaba ebrio nada más.

## Capítulo 24

El alba del 6 de junio anunciaba el más soleado y radiante día, típico del solsticio de verano, el próximo 21. La diferencia estribaba en que la invasión aliada al continente europeo se estaba iniciando. La fortaleza europea recibiría la mayor operación anfibia de todos los tiempos: *Overlord*, su nombre codificado perseguía el inicio de la liberación de Europa Occidental.

El general Eisenhower, comandante supremo, el general Montgomery, comandante de campo y el almirante sir Bertram Ramsay, comandante naval, competirían con el mariscal Von Rundstedt, jefe del Frente Occidental y del famoso “Zorro del Desierto” y con Erwin Rommel, jefe del grupo de ejércitos en el norte de Francia. Todos ellos saltaron a las primeras páginas y encabezados de los periódicos ingleses, norteamericanos y venezolanos que con noticias también llegaban a Macuro.

Aunque el mal tiempo imperaba en la noche del domingo 5 de junio, el desembarco en las playas normandas se inició al día siguiente. Es posible que esta sensacional noticia causara tanta agitación entre los pobladores, muy en especial como era de esperarse entre los miembros de las nacionalidades beligerantes. Horace Brocke, aunque atareado con la partida del grupo de Steyermer, celebraba junto a De Haas y Bard lo que ellos señalaban, parafraseando a Winston Churchill: el principio del fin. Varios brindis

fueron hechos por tal propósito con el típico aguardiente de la localidad.

No ocurría así con Federika Model, quien oía las mismas noticias por la emisión en banda de 13 metros de Radio Berlín, en la cual apenas se mencionaba la magnitud del despliegue aliado, restándole cualquier trascendencia estratégica y garantizando una innegable derrota en las mismas playas donde habían desembarcado. Entre otros comunicados, se señalaba que se trataba de una vil treta para ocultar las verdaderas y futuras intenciones de los aliados de desembarcar, tal como lo intuía el Führer, por el paso de Calais y no en costas normandas.

La médica germana quería más información aunque fuera tendenciosa y propagandística como la emitida por los aliados. En la banda de 19 metros, captó la BBC, que desde Londres daba los primeros recuentos a las 48 horas de haber comenzado *Overlord*. Fue en ese momento cuando sintió unos violentos y sonoros pasos en la sala de curas, anexa a su oficina, por así llamarla. Era Felix Itterman, quien con el rostro tenso le ordenó que le acompañase, como lo permitía su mayor jerarquía, claro está, reconocida por Federika.

En menos de cinco minutos y a paso rápido llegaron a la vivienda habitada por Itterman, encontrando a Schmidth yacente en el suelo y con signos inequívocos de hemorragia nasal y bucal, como lo corroboró la joven doctora.

—Levantémoslo, rápido.

—¡Gunther; *herr* Schmidth! —le llamó en vano; no hubo respuesta.

—Llevémoslo al dispensario ya; busca ayuda para cargarlo —le dijo a Itterman, mientras levantaba el párpado derecho para observar su pupila. Tomó el pulso, auscultó el corazón, limpió los

orificios nasales, le entreabrió la boca tratando de facilitar la respiración, pero...

A los pocos minutos, entre Itterman y dos pescadores trasladaron al lesionado al dispensario. Allí esperaban al doctor Rodríguez Ramírez las hermanas Inés y Catalina, los consabidos curiosos y el indio Serapio.

—Desvístanlo, rápido; cójanle la vena para inyectar suero fisiológico —indicaba la doctora.

Al pasarlo de la camilla rodante a otra fija donde se realizaban las curas, el ojo clínico, avizor, de Federika vio sangre en la parte posterior de la muñeca derecha y algo más arriba. De inmediato con la tijera quirúrgica cortó la camisa terminándola de rasgar con brusquedad; lo que vio la conmocionó, un hematoma del tamaño de un puño y dos orificios pequeños, simétricos, la marca inconfundible de la picadura de un ofidio. Ella no fue la única impresionada, Serapio también vio la misma marca que le observara a Itterman, cuando ambos figoneaban el baño de la germana, la cual correspondía a la afiliación SS, tatuados bajo la axila la identificación y el grupo sanguíneo.



## Capítulo 25

El 24 de agosto de 1944 el teniente general Von Choltitz, sin cumplir la orden verbal de Hitler de arrasar París, se rendía a los aliados. El 31 del mismo mes los rusos tomaban Bucarest. Parecía que dos grandes aplanadoras gigantescas se dirigían desde puntos diametralmente opuestos para converger en Alemania. Los preparativos para defender la madre patria, la Vaterland, se aceleraban; la participación de los civiles se incrementó erigiendo barricadas y cavando trincheras. La guerra total era una realidad, ya que miles de voluntarios eran reclutados para los escuadrones de combatientes populares, los *Volksturm*. Además, otro frente absorbía unos 10.000 cañones y sus respectivas dotaciones: el antiaéreo. Paralelamente en Peenemunde, la base alemana de armas tele-dirigidas, situada en la costa del mar Báltico, se finalizaban los preparativos para el lanzamiento de los famosos ingenios V1 y V2, y a medida que los aliados comprimían las fronteras del Reich, más febril era la actividad.

El diario berlinés *Volkischer Beobachter* (*El Observador Adelantado*), furioso vocero del partido nazi, editaba en grandes encabezados: “Las cuentas serán saldadas en su debido momento, la hora de la venganza será completa”. La promesa de Hitler de sincronizar el ataque lanzando las armas de represalia con el desembarco aliado se mantenía incólume. Siete días después al

desembarco aliado en Normandía, se dispararon las primeras armas teleguiadas contra Londres. La curiosa bomba volante Fieseler 103, “el avión sin piloto”, propulsada por un pulsorreactor alcanzaba 650 km/h y cubría un radio de 350 km, siendo su peso 2.180 Kg, portando una cabeza de combate de 900 kg de TNT y nitrato de amonio, mezcla altamente explosiva. Militarmente conocida como la V1, en número de 2.000 cayeron en territorio metropolitano inglés.

El otro vector de represalia masiva era el V2, misil clasificado durante su desarrollo como el A-4, con tales avances tecnológicos que representaba un prólogo a la astronáutica como la concibió Werner von Braun, su creador. Transportaba una tonelada de explosivos, pero su vuelo supersónico y su trayectoria estratosférica lo hacían imposible de interceptar.

## Capítulo 26

Heinz Gerd Falkenhausen fue llamado a título de invitado, al ultrasecreto campo de experimentación de cohetes en Peenemunde. Momentáneamente esperó en la “Ciudad de los Sabios”, nombre con el que se designaba el complejo de talleres y residencias donde se albergaba la pléyade de científicos, quienes trabajaban en los proyectos V1 y V2. Después de ser recibido por el general coordinador del arma V2 específicamente, se dirigieron a Peenemunde oeste, allí se topó con la esbelta y aerodinámica silueta de unos 15 mts de altura de uno de estos soberbios cohetes. No salía de su asombro ¡Qué espectáculo! Indescriptible, sobre todo cuando, como música de fondo se escuchaba una turbina similar a la que los propulsan rugiendo en un banco de pruebas. No observó solo una, sino varias decenas quizás, erectas en sus plataformas apuntando, “tal vez a las capitales de los países aliados”, pensó para sí. No se imaginó el estado de operatividad de estos artefactos ni mucho menos el significado que tendrían para la consecución del conflicto.

En el inmenso subterráneo, que fungía de oficina-taller para los prototipos, comenzó la reunión con la presencia del directorio en pleno que incluía al ministro de Armamentos, el brillante arquitecto Albert Speer, así como una veintena de oficiales de alto rango del arma aérea.

—Señores, les informo que en pocos días será lanzada contra Inglaterra la primera salva de proyectiles V2. Representará la respuesta al terrorismo indiscriminado contra nuestras ciudades por los bombardeos de la aviación aliada —precisó Speer y de seguidas agregó—: Perseguimos la desmoralización de las tropas que avanzan en territorio francés; creemos que será total —haciendo una pausa y después de mirar a los asistentes como esperando alguna pregunta o comentario prosiguió—. Por ahora transportarán una cabeza de combate de una tonelada de explosivo de alta potencia —y concluyó, no sin antes desdibujar una sonrisa.

Para Joseph Paul Goebbels, ministro de Propaganda, el pequeño Mefistófeles de la información, había llegado el momento de compensar en la opinión pública las continuas derrotas sufridas en los frentes ruso y occidental. Las armas secretas serían del conocimiento del ciudadano común. Un reportaje gráfico exhibía el atronador despegue de una V2 en todos los cines, tan impactante como en nuestros días, trepidando mientras asciende lentamente entre una nubecilla de vapor para luego, de una manera abrupta, elevarse hasta volverse un punto y desaparecer, todo esto en segundos.

Tras tal derroche de tecnología nadie dudaría de la victoria final, la más importante de todas, los aliados claudicarían. La euforia de las armas de la venganza reforzaría la capacidad mermada, pero no agotada, de resistencia en la retaguardia alemana. Resistir hasta el final era el nuevo norte. El revuelo informativo con la caída de estos ingenios fue total y acaparó la atención informativa.

Un suceso desenfocaría el interés dentro y fuera del III Reich por las armas teleguiadas: el 20 de julio el coronel Conde Klaus von Stauffenberg introdujo e hizo detonar un artefacto explosivo

en el Cuartel General del Führer en Rattensburg, conocido como la “guarida del lobo”. Solo le lesionó pero el complot fracasó. Las represalias no tardaron, la persecución emprendida por el aparato de seguridad, encabezada por Heinrich Himmler como ministro del Interior y sumo sacerdote de la policía del Estado, alcanzó a Peenemunde, principalmente a los que de una u otra forma participaron en reuniones recientes. La búsqueda de conspiradores se exacerbó a niveles impensables.

En la *Prince Albrecht Strasse* se encuentra nuevamente el profesor Falkenhausen, y no convidado, sino como detenido. Ha sido sometido a interrogatorios ininterrumpidos por más de 96 horas.

—Facilítenos nuestro trabajo, *herr* profesor, cuénteme todo lo relacionado con la reunión en Peenemunde.

—¿Por qué no nos informó?

—¿Quién o quiénes hablaron sobre el atentado?

Así discurrían las preguntas de aquel comandante de las SS (*Obersturmbanführer*) de impecable y negro uniforme, y botas altas de cuero reluciente, quien con el paso de las horas aumentaba el número de veces que con sus guantes golpeaba su pierna izquierda, mientras fumaba un grueso cigarro turco, cuyas circunvolutas de humo eran seguidas por su único ojo que nunca miraba de frente.

De espaldas al profesor y extendiéndole una bruñida pitillera de oro grabada con la hoz y el martillo, símbolo del aborrecido enemigo bolchevique, le ofreció un cigarro mientras le increpaba:

—¿Qué relación hay entre Gottendamering y el atentado?

Como Falkenhausen permanecía absorto mirando la cigarrera le dijo:

—¡Ah! De un general soviético... lo maté con mis propias manos en Smolensko —y sonrió agregando a continuación—...

Se las regala el mismo padrecito Stalin cuando ascienden a altas jerarquías.

—Recuerde profesor que en el III Reich las paredes oyen y nosotros nunca nos equivocamos...

Por momentos Falkenhausen sentía que la calavera situada en el centro de la visera de la gorra de plato de su interrogador le guiñaba un ojo.

Al cuarto o quinto día o noche de su detención, ya que su aislamiento era total habiendo perdido la noción del tiempo, nuevamente se enfrentó a su inquisidor, éste reiterativamente con su gélido rostro demandó:

—Profesor, nombre, nombre, profesor, al menos a uno; lo demás lo resolvemos nosotros.

—Entienda, estuvo en juego la vida del bienamado Führer.

Tratando de congraciarse acercó un frasco de boca ancha al retenido diciéndole:

—¿Gusta? Es caviar del mar Muerto, lo conseguí en Sebastopol; algo salado pero... Cómallo —ordenó—, no podrá usted quejarse, desde su llegada su dieta ha sido con este manjar y no olvide, aquí sabemos lo que todo alemán piensa o deja de pensar —interrumpió, mientras cuidadosamente frotaba su pañuelo por el orificio orbital donde estuvo su ojo derecho y en el que cada cierto tiempo se condensaba un edema parecido a una lágrima.

El investigador experimentaba una acuciante sed, que hacía que hasta el agua tuviera ese sabor, sabor a sed... y cuando fijó su mirada en la calavera, esta le sonrió.

Una y otra vez los archivos del laboratorio fueron expuestos ante Falkenhausen para que explicase el contenido de cada dossier pormenorizadamente.

—Desde 1934 se desarrollaban investigaciones sobre armas químicas, gases tóxicos, en particular los neurolizantes.

Cooperó en lo que estuvo a su alcance, comunicó la información que le era pertinente, pero además de esa obviamente no podía aportar ninguna otra y eso era precisamente lo que presumían en la Gestapo.

Tres semanas más tarde, sin que el doctor los pudiera complacer y sin haber acusado tormento físico, exceptuando permanecer en tan abominable lugar escuchando día y noche alaridos de hombres y hasta de mujeres que no alcanzaba a ver, fue emitido el siguiente parte de rutina:

“Comandancia del Servicio de Seguridad-Geheime Staat Polizei (GESTAPO)

... Expediente KP- 88145 zu. (Número correspondiente a quien en vida se llamó Heinz G. Falkenhausen, inexistente para cualquier fin ulterior).

El acusado supracitado desarrolló contactos y actividades no identificadas con el enemigo. Tipificando alta traición y traición al país. Seguido de la prisión preventiva, el Tribunal del Pueblo decidió la ejecución después de una profunda y minuciosa investigación, enmarcada en todo su proceso en el Código de Enjuiciamiento Criminal, por sus tareas antinacionales que sin duda alguna sustentaron la calificación fiscal, junto a las denuncias, testimonios y diligencias practicadas.

En vista de la culpabilidad plenamente establecida e inapelable, dada su condición y las circunstancias de excepción...

Fortaleza de Spandau, 24 agosto 1944, el procesado KP- 88145 zu. fue condenado a muerte y ejecutado por un pelotón de 12 hombres con uniforme de servicio y armamento reglamentario

incluyendo la bayoneta. Cumplidos todos los extremos, el jefe del pelotón disparó el tiro de gracia. El cadáver desnudo fue colocado en el ataúd respectivo, previsto por la ordenanza, y trasladado según la normativa respectiva a un lugar desconocido”.

El teniente jurídico deberá informar a sus familiares. Seguidamente se veían cuatro firmas ilegibles debajo de los cargos ostentados por los testigos: oficial jefe de seguridad, oficial de justicia especial, de sanidad y capellán. En sentido diagonal, desde el ángulo superior derecho hasta el inferior izquierdo, un sello indeleble rotulaba la hoja con la palabra tal vez más común: *Gekados* (secreto).

## Capítulo 27

Paralelamente en el Teatro de Operaciones del Pacífico comenzaba el desembarco norteamericano en las Filipinas el 20 de octubre de 1944, y entre los días 23 y 26, mientras los rusos entraban en Prusia, se libraba la Batalla aeronaval del Golfo de Leyte. En la mesa de partes del C en C — (comandante en jefe), en esa región, general Douglas Mac Arthur—, se recibía el número de bajas, incluyendo los incapacitados o fallecidos por síndrome febril malárico, el cual era insignificante. Un mensaje de reconocimiento fue despachado *ipso facto*, cuyo contenido rezaba:

“De: Mesa de partes del comandante en jefe del Cuartel General de las Filipinas: 10.06- 24 oct. 1944.

Para: Oficina del almirante jefe de Investigaciones Especiales. Guantánamo naval st.

Sinceras felicitaciones por avances en el tratamiento antimalárico”.

Esa misma noche, apenas 45 minutos después de haberse recibido, era retransmitido en la respectiva frecuencia al receptor de Mike Skinner en las vecindades de Macuro.



## Capítulo 28

Heriberto Hernández Morán, oriundo de Maracaibo-Venezuela se graduó laureado a los 24 años en la Facultad de Medicina de la Universidad de Munich el 30 de septiembre de 1944. Su tesis versaba sobre el área en la cual iba haciendo su especialidad: La transmisión de los impulsos nerviosos en los organismos vivos, tópico fundamental en el apasionante mundo de la neuro y la electrofisiología. Intitulada: *Los mecanismos de acción de la Acetilcolinesterasa. Visión comparativa*. El contenido explicaba minuciosamente los fenómenos implícitos en la transmisión de impulsos eléctricos en músculos de ratas y cobayas, comparándolos con la electroplaca que genera la descarga en las anguilas eléctricas o tembladores. Para realizar este importante trabajo de investigación biomédica, el doctor Hernández Morán estudió profundamente la biología del *Electrophorus electricus* como se le denomina en el riguroso lenguaje de la clasificación zoológica actual.

La pesquisa evidenció los procesos que permitían, fisiológicamente hablando, explicar la propagación de señales eléctricas en músculos tetanizados, es decir, paralizados por la acción de tóxicos como el curare, usado por los indígenas amazónicos para envenenar las puntas de flechas y lanzas.

Hernández Morán además de ser jovial era hombre apuesto, de figura agradable, que gustaba vestir con elegancia. No muy alto,

de pelo negro brillante, mantenía erguida la cabeza, lo que le daba un equívoco aire de arrogancia, aunque en su fuero interno era más bien tímido. Usualmente distraído, absorto e introspectivo, por lo que rara vez exteriorizaba sus cuitas. Empedernido ajedrecista, estudió su postgrado en Alemania durante los turbulentos vientos bélicos, manteniéndose como discreto observador de las mareas políticas, del auge y derrumbe del nazismo.

La delicada situación imperante obligó al novel egresado a dirigirse a Suecia, país neutral, de donde era oriunda su esposa, para intentar ingresar en el renombrado Instituto Karolinska y proseguir sus estudios e investigaciones. En su condición de ciudadano nativo de un país no beligerante, pudo abandonar Alemania pasando por Dinamarca ocupada, desde donde se dirigiría a Malmö y en territorio sueco continuar hacia Estocolmo. En Copenhague pernoctó solo un día escasamente y de inmediato se percató, tan pronto se hospedó en el Hotel Böros, de que era seguido por dos individuos. No quería ni tan siquiera imaginarse que pudiese tener inconvenientes con la Gestapo, y trató de eludirlos bajándose un piso antes del que le correspondía para alertar a su esposa; con precaución miró a ambos lados del pasillo y en esas direcciones se aproximaban cada uno de los individuos que creía haber dejado en la recepción.

—Por favor, continúe, doctor Morán. Entre a su habitación, queremos hablarle — señaló el más alto con excesiva amabilidad, mientras se abría la gabardina.

Al traspasar el pórtico y frente a su asombrada esposa se presentaron:

—Somos oficiales de la Oficina de Servicios Estratégicos del Gobierno de los Estados Unidos —y le mostraron una credencial.

## Capítulo 29

La muerte por emponzoñamiento ofídico de Gunther Schmidh, aunada a los sucesos a nivel mundial, precipitó una serie de acontecimientos en Macuro. El indio Serapio le comentó al galo Bard lo referente al tatuaje axilar que observó en el occiso y en su compañero Itterman. Esta afirmación explotó cual bomba: —¡Dos miembros de la SS en Macuro! ¡*Mon Dieu!* —bramó Bard, apurando lo que quedaba de su bebida.

Lo comunicó a las autoridades, a Steyermer y sus acompañantes, al vicecónsul Skinner y por supuesto a De Haas, quien casi perdió el habla. Requirieron a Serapio para que contara nuevamente lo que había visto y frente a todos les hiciera un dibujo, como para estar seguros. No quedó duda: la descripción coincidía con las marcas SS, el número y el grupo sanguíneo.

El paso siguiente fue mantener estrechamente vigilado a Itterman e informar de inmediato, como lo hizo Skinner, a los puntos codificados como 3002 M1 y 3002 M2, que en realidad correspondían a dos flotillas, cada una compuesta por un destructor de escolta y dos cazatorpederos que patrullaban a suficiente distancia de la costa como para no ser vistos. Dos horas después, Skinner, que no se despegó de su transmisor disimulado bajo un viejo baúl, recibió una señal fuera del horario convenido. A las 3:30 desembarcaría un bote con cuatro comandos.

La cacería de Itterman alcanzó su etapa postrera. Este radiaba a “Bolívar”, transmisor base en plena amazonía brasilera, dando cuenta de su delicada situación y reclamando instrucciones urgentes. No obtuvo respuesta, la estación estaba muda, de su residente y coordinador del espionaje alemán en el nordeste del Brasil, del elusivo monociclo, no se supo más durante la guerra... ni después.

La rivalidad que siempre existió entre los organismos de inteligencia y contrainteligencia en el III Reich, el Abwher por un lado y la Gestapo por otro, afloró después del atentado del 20 de julio contra Hitler, cuando se comprobó que el origen del artefacto detonado era el propio Abwher, lo que tras una violenta intervención llevó a su director-fundador a una mazmorra para ser asesinado allí, pasado unos meses. El servicio perdió su autonomía al ser adscrito a la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA), dependiente de Heinrich Himmler.

Para Anthon de Haas, sin embargo, seguía inexplicable cuál era el propósito encubierto en las actividades de la Gordon Institution; la recolección de plantas de los botánicos no lo convencía. Reflexionó durante muchas horas, de manera sostenida, hasta vislumbrar los frutos de su esfuerzo. El rompecabezas se completaba. Los viajes de Steyermer al macizo montaños del Turumiquire y las visitas de Skinner y su fingida afición por la pesca no pretendían buscar “muñequitos” como llamaban a las reliquias arqueológicas caribes o cumanagotas, ni tampoco oro o diamantes. Él se dio cuenta en su último viaje a Guyana Holandesa al toparse con unos paisanos que hacían lo que Steyermer ocultaba. Con la ayuda de una cajita, un contador Geiger, buscaban minerales radiactivos, uranio, por ejemplo. Esas eran las marcas rojas en el croquis.

—Está clarísimo. ¡Cómo no me percaté antes! —exclamó alborozado.

De inmediato encargó a sus amigos el envío de un aparato similar, pidiéndolo a través de Curazao y que le llegó oculto en una caja de repuestos eléctricos.

Emprendió la marcha para recorrer los lugares señalados en el mapa que le mostrara Serapio, donde sin duda aflorarían las vetas radiactivas. Muy bien oculto el contador en el fondo de una bolsa de fibra tejida o “busaca”, tapada con plátanos, estaría atento al inequívoco zumbido del contador.

Recorrió al menos cuatro sitios de los marcados sin obtener resultados, el maldito aparato permanecía en silencio.

—¡Este mamarracho debe estar malo! —exclamó mientras se ventilaba el rostro con el sombrero de ala ancha.

Graduó la banda de sensibilidad y revisó el conmutador. Continuó hasta dos lagunas más arriba hacia los cerros. ¡Nada! No sonaba el endemoniado aparatico.

¿Qué había en esas lagunas entonces? Por algo estaban señaladas.

En vista de que atardecía decidió regresar. Sorprendido de encontrarse a Skinner por esos lados y a esas horas, aprovechó para comentarle su intención de fotografiar tan bellos espejos de agua, a lo que el yanqui asintió destacando lo paradisíaco de los mismos y que para él como pescador representaban un emporio por la diversidad y abundancia de peces.

Ambos, enmarcados en un diálogo revestido de caracterizaciones histriónicas, se despidieron amablemente, cada uno con la ineluctable seguridad de haber engañado al otro.

—Te felicito, De Haas, por tu idea de las fotos, no dejes de mostrármelas. *Okey, good bye* —dijo Skinner y a título de colofón añadió—. Ten cuidado de no caer al agua, hay tembladores.



## Capítulo 30

Heriberto Hernández Morán quedó estupefacto al enterarse del grado de conocimiento que sobre su persona y actividades guardaba la OSS, hasta el detalle de su práctica incipiente del deporte de los puños, en sus años de liceo, que le dejó el tabique nasal algo desviado, era conocido.

Sobre la posibilidad de trabajar para la causa aliada, precisó que si sus investigaciones contribuían a acortar la guerra evitando muertes inútiles lo haría. Le fue requerida una síntesis sobre colínerasa y neurotóxicos gaseosos a la brevedad. Cuatro días bastaron para que la tuvieran a su disposición y llegara a manos del coronel Donovan, quien desde su sede en Suiza dirigía la *Strategic Service Office* (OSS), ancestro directo de la futura *Central Information Agency* (CIA).

El 24 de enero de 1945 despegó desde Peenemunde una versión más avanzada de la V2, que en el momento de reingreso a la atmósfera lo hacía en un ángulo que alargaba su trayectoria y rebasaba los límites de Inglaterra. En el mes precedente se dispararon 539 de estos ingenios, fallando solo 44 (7%). Era obvio que, aun logrando impactos como el alcanzado en un cine colmado de soldados en Amberes-Bélgica, las armas de la venganza, en la manera que se estaban utilizando, no cambiarían el curso de la guerra.

El propio Adolf Hitler reconoció el 10 de enero que “las armas V no ganarán la guerra para nosotros”. Ya no creía en el poder decisivo ni de las bombas volantes V1 ni de los cohetes V2, tal como lo confió a sus más allegados, entre ellos Heinrich Himmler. Fue allí cuando este concibió una macabra idea, comparable únicamente a la sistematización de los campos de concentración, cercándolos con unidades selectas de las SS, las divisiones *Totenkopf*, satánicas unidades con la calavera en la visera.

Mientras se alejaba del *Führerbunker* transitando las calles y avenidas berlinesas, devastadas por la acción de los bombardeos aéreos, Himmler requirió alivio para sus cada vez más crónicos y dolorosos calambres estomacales. Aquel hombre, que en la práctica detentaba más poder que el mismo Hitler, necesitaba periódicamente de las “manos milagrosas” del médico sueco Felix Kestern, así como de las recetas y pócimas que este le indicaba.

Posterior a la sesión de masajes y parcialmente recuperado, solicitó la presencia de su subalterno inmediato, el grotesco gigantón y abogado austriaco Ernst Kaltenbrunner, jefe de la omnipotente Oficina de Seguridad del Reich, que abarcaba desde el fallido complot del 20 de julio a todos los servicios de investigaciones y policiales, incluyendo la Gestapo, el *Abwehr* y la policía criminal (Kripo).

El *Obergruppenführer* (teniente general) Kaltenbrunner en línea voceó la ordenanza.

—Ernst, trae todo lo referente a *Gottendamerung*.  
¿Comprendiste?

—¡*Heil* Hitler! —exclamó Ernst cortando la comunicación.

Cuarenta minutos transcurridos después de la llamada, se presentó, con su enorme humanidad, aliento alcohólico y dientes

marrones manchados de nicotina, el jefe de la RSHA, Oficina Central de Seguridad.

—*Reichführer* —dijo acercando la carpeta contentiva del dossier reclamado.

—No hay copias, ni siquiera el Führer sabe que mantenemos estas informaciones, recuerde que él padeció y fue víctima de esto —señaló el legajo cuyo rótulo *Gottendamerung* (crepúsculo de los dioses), llevaba además subrayado en rojo:

- número de copias: 0
- número de páginas: 96
- personas autorizadas: 1
- clasificación: alto secreto.

Himmler la abrió y luego de hojear las primeras páginas miró al gigante, mientras aparecía un brillo acentuado en sus pequeños ojos con rasgos asiáticos exclamando.

—¡Aquí, ya está! —se puso de pie visiblemente emocionado.

—¡Así sí serán definitivas las armas V! Haz venir a la gente de Peenemunde *ipso facto*.

—Pero *Reichführer*, será mejor esperar, pues están en condiciones deplorables, han sido...

—Ahora, Ernst —su voz sonó como un chasquido.

—¡*Heil* Hitler! —Saludó brazo en alto sin la mínima opción de réplica; ya era ayer.

Himmler quedó meditabundo. Quizás fuera el hombre providencial que cambiaría los hados del cada día más trágico III Reich. Todo esto resonaba en su epigastrio. Manteniendo su costumbre de dividir la estructura del poder para evitar que alguien se consolidara, llamó al más joven general de las SS, el *Brigadeführer* Walter Schellenberg, jefe de la VI Sección encargada de las misiones en el exterior.

—Schellenberg, infórmeme en persona sobre *Gottendamerung* en el exterior —le requirió.

En pocos minutos Schellenberg entraba en el despacho del *Reichminister* del Interior, comunicándole que un agente había interferido los contactos del contraespionaje británico, (M 16) y de la OSS norteamericana con científicos de las universidades de Munich, Berlín y Frankfurt, los cuales fueron interrumpidos. Agregó que se eliminaron físicamente a los sospechosos o posibles confidentes en la A.K. Farben, la planta donde se produjeron los compuestos químicos.

—El proyecto está inoperante, pero reactivable en un cien por ciento en 96 horas, solo ordene, *Gottendamerung* es viable —acotó con educada actitud y finos modales que contrastaban con su superior nominal.

—En pocos minutos estarán aquí el general responsable de las V2 y varios sabios —dijo, mientras miraba por encima de sus anteojos con manifiesta ironía—. Espera.

Así ocurrió. Seis hombres, todos de pelo encanecido, entraron al despacho, sin poder ocultar la tensión a que estaban sometidos. Sus caras momificadas, cerúleas, así lo exultaban. El general exdirector de la base de lanzamientos lucía los restos de lo que fue un uniforme impecable, despojado ahora de cualquier distintivo de rango o condecoraciones, a excepción de la doble cinta roja en los pantalones que indicaba su alta jerarquía; permanecía inescrutable al igual que sus colegas de confinamiento. El rasgo más común era lo vacío de sus miradas. Himmler sin siquiera mirarlos les habló:

—Las personas inteligentes dicen cosas importantes en pocas palabras, una sola pregunta. ¿El cohete V2 puede llevar una carga de gas neurotóxico hasta Londres?

## Capítulo 31

Solo tres hombres están sentados alrededor de la pequeña mesa. Cara a cara. En la puerta dos centinelas de más de 1,80 de estatura, con cascos de acero negros esmaltados y uniforme de gala de igual color, con el distintivo en la bocamanga escrito en caracteres góticos: *Leibstandarte Adolf Hitler*, la primera y más selecta de las agrupaciones SS, guardia de corps, responsable de la custodia personal del amo del III *Reich*. En el corto pasillo que conduce al cubículo, nadie puede acercarse por ningún motivo, solo a requerimiento personal del Führer y aún así son sometidos a un vulgar cacheo sin importar su investidura o rango, la paranoia de las medidas de seguridad así lo exigen desde el fallido *Putsch*.

No hay taquígrafas presentes. La escena es muy presagiosa y surrealista, los brillantes uniformes contrastaban con lo que acaecía en la superficie, en la realidad fuera del búnker, en el Berlín a punto de ser asediado por las vanguardias blindadas del mariscal Zhukov o las de Koniev, que compiten por el más codiciado botín de la Segunda Guerra Mundial: la capital de la Alemania nazi y el reducto donde está Hitler. El Ejército Rojo aplana inexorablemente todo lo que se le interpone. Más de 20 millones de muertos así lo reclaman.

Sumidos en un silencio denso, se encuentran expectantes, de izquierda a derecha, el coronel general (general *Oberst*) Alfred

Jodl, jefe de Operaciones del Comando Supremo de las Fuerzas Armadas (*Wehrmacht*); su homólogo, del mismo rango, Alfred Ritter von Greim, jefe del Estado Mayor de la Aviación Militar (*Luftwaffe*) y el *Reichführer*, Himmler. La pequeña sala anexa al dormitorio de Hitler disponía de seis sillas paralelas, más una a la cabecera de la mesa rectangular. El ruido producido por los sistemas de aireación era muy molesto. Desde el 16 de enero de 1945, aquí se había enterrado prácticamente el otrora señor del inmenso *Reich*, que se había visto reducido a un gran islote entre las fuerzas angloamericanas por el oeste y el huracán soviético que se desplazaba en brillante progresión desde Polonia, Hungría y los estados Bálticos por el este.

A más de 10 metros bajo tierra y con un techo de concreto de cinco metros de espesor, el *Führerbunker* era una ciudadela de 19 pequeños habitáculos —cubículos y habitaciones— que podía soportar los efectos de las bombas y minas aéreas angloamericanas y la artillería del Ejército Rojo. En este lugar se habían tomado decisiones que diariamente costaban miles de muertos, en algunos casos decenas de miles.

Una nubecilla de polvo pasaba desapercibida para algunos, para otros se hacía insoportable. Si pudiese agregarse algo al concepto de esquizoide de este wagneriano lugar, tendría que ser: macabro.

—Señores saludó entrando a la sala de situaciones, como era conocida, otro jerarca nazi recientemente allí domiciliado: Joseph Goebbels, ministro de Información y Propaganda, pequeño Fausto o maldito cojo, como se le tildaba. De inmediato exclamó—: ¡El *Führer*!

No era el modelo, ni la imagen del líder que arrastró masas en Nüremberg o en Munich, ni el teórico fundador del

nacionalsocialismo, autor de *Mi lucha* (*Mein Kampf*); menos aún el que triunfo tras triunfo conquistó Polonia, Noruega, los Países Bajos, Francia y Rusia Occidental, ni el que se asomó a Moscú, más cerca aún que Napoleón. No, no era el mismo, ni su sombra. Era una caricatura de un anciano quien pronto cumpliría solo 56 años. Su caminar, su postura, el movimiento tembloroso de su mano izquierda, a veces colgante, en fin...

—*Mein Führer*—habló Himmler—, con su autorización convoqué esta reunión para tratar bajo máxima seguridad lo referente al proyecto *Gottendamerung*. Sé que este tema es muy escabroso para usted, pero en las circunstancias actuales...

—Hable, *Reichführer*, hable —exclamó con voz ronca y profunda, muy distinta de la que arengaba a cientos de miles de manifestantes.

—El general Von Greim tiene bajo su mando la última batería operativa de cohetes V-2 que se encuentra en la región norte de Holanda, le he consultado y él le explicará.

Von Greim tomó la palabra, poniéndose de pie:

—El bombardeo de largo alcance sobre Londres nos indica que han caído más de 2.400 bombas volantes V-1 (exactamente 2.419) de las 10.492 lanzadas, además han impactado 517 V2, fallando 61. Actualmente podemos mantener una cadencia de 15 V2 diarias sobre Londres ya que...

—Señores, al grano, acotó el coronel general Jodl.

—*Mein Führer*, requerimos de su autorización para sustituir la carga de mil kilos de alto explosivo por su equivalente en gas nervioso, que según nuestros cálculos arrasará a la población londinense.



## Capítulo 32

El U-68 se aproximaba a costas venezolanas por quinta vez desde 1940. En esta ocasión revestía una singular connotación. El mensaje recibido desde Freisburg, base de la comandancia del arma submarina, era muy peculiar, por lo que se pidió confirmación, ya que emanaba del propio Hitler y ordenaba recoger a una mujer.

Maximillian von Schobert no se amedrentaba ante ninguna orden; pero en febrero de 1945, la superioridad aeronaval aliada en los mares era tal que, para no arriesgar su nave y la valiosísima tripulación, bien valía la pena emitir una señal por fracciones de segundo pidiendo la confirmación de la orden recibida. Los métodos de detección acústica, telemétrica y electrónica que integraban los aviones y barcos aliados, hacían peligrar la sobrevivencia de los submarinos en forma determinante.

—*Herr* Capitán, confirmado el mensaje —afirmó el primer oficial que acababa de recibirla del jefe de Comunicaciones.

—Entonces a profundidad de periscopio. ¿Tiempo previsto?  
—Preguntó Maximillian von Schobert.

—Cuatro horas, treinta y siete minutos, sea dicho a las 3:52 a.m. emergeremos frente a la costa —repostó el navegante.

Federika mantenía la rutina de todos los días, y por qué no decirlo, de los meses y años anteriores, aunque se levantaba más temprano para contemplar al inmenso lucero —Venus— que

anuncia la salida o el ocaso del Sol, o al diminuto Mercurio o al gigante Júpiter, a la constelación de Orión o Escorpio, magnificente en estas latitudes.

Algo en lo más profundo de su ser comenzó a aflorar devastadoramente. No era solo la idea de no poder ganar la guerra y llegar a soluciones intermedias. No, la gran angustia se generaba frente a la posible derrota. Su ansiedad creciente no la mitigaban los largos baños en el mar, aun nadando hasta un par de horas, agotándose más que por la faena hospitalaria cotidiana, pero continuaba imbuida en tales pensamientos que automáticamente volvían una y otra vez; rumiaba esas ideas e irremediamente acudía una interrogante: ¿su futuro? Tangencialmente evocaba sus días de *Pimf*, en las Juventudes Hitlerianas, como niña de 14 años. La voz de su maestro resonó en su cerebro como una cinta grabada...:

“Después del infamante y absurdo tratado de Versailles, nos robaron las colonias en África, incluyendo el Togo alemán de 56.000 km<sup>2</sup>: ya desde la Revolución Francesa se eliminaron los aristócratas de origen ario y los sobrevivientes se refugiaron en Alemania, luego tomaron como líder a un coronel de origen italiano que hizo francófono su nombre y apellido: Napoleone Buonaparte... Ya en 1914 éramos una potencia industrial y militar con una seguridad social única en el mundo... pero nos apuñalaron por la espalda... de aquella civilización germánica, derivada de Escandinavia desde hace más de dos mil años, hoy somos nosotros sus únicos herederos. Rusia es un país a medio camino de la civilización gobernado por un sistema de terror del que tenemos que cuidarnos, ya que de poderlo, los *soviets* y sus tribus euroasiáticas nos atacarían”.

La expansión del III *Reich* era lo más importante en su pasado. El sueño de una gran Alemania la llevó a esa descomunal aventura de ir a un distante y enigmático país tropical, lleno de epidemias, con la finalidad de recoger más información sobre los famosos peces eléctricos y completar experiencias que realizó como estudiante de medicina.

Esa noche comería junto a las monjitas Catalina e Inés, con Triple Erre y el padre Montiel, como si no pasara nada, para después de la medianoche trasladarse a la costa y esperar ser recogida por el U-boat, similar a los que ella vio en el puerto de Kiel, cuando años atrás recibió tembladores para el laboratorio de armas químicas donde era auxiliar de investigaciones, ya que fue preciso extraer y acumular una ínfima cantidad de acetilcolinesterasa en previsión de un accidente que se derivase de un escape de gas nervioso o N-CH, como se le conocía en el minúsculo círculo conocedor del proyecto.

Siempre estuvo segura de que con el triunfo de Alemania no tendrían que utilizar tan letal compuesto, puesto que la victoria con armas convencionales excluía la variante química o microbiológica. Además, como previsión al uso de tales compuestos por el enemigo, era inestimable estar preparados.

Ella sentía en el entorno la presión ejercida, no por los lugares sino por los casi triunfantes aliados que propagaban las supuestas atrocidades cometidas en los países ocupados. Había que enlodar, calumniar por calumniar. Esa noche sentía un gran peso en el tacón de su zapato donde ocultaba la cápsula de cianuro, garante de su deceso en menos de 30 segundos. Ya se había acostumbrado a la libertad de convivir con su propia muerte y se sentía segura, aunque cada momento era más imperiosa la necesidad de replegarse sobre sí misma.

Cerró la pequeña botica, un armario de tres estantes donde almacenaba los medicamentos de mayor uso, y como todos los días se dirigió a su casa. Apreció las calles como más oscuras que nunca, lo que le permitía ver con más claridad el baile de las luciérnagas y de los cocuyos fosforescentes; oír sin ubicar exactamente su procedencia, el canto de los grillos y el coro de sapos y ranas. Solo la acompañaba una piedrecilla ambarina recogida al fondo de una cascada. Todas sus pertenencias, muy pocas, las dejó. Se llevaba, eso sí, las vivencias de aquella buena gente que la acogió y a su manera confió en ella. En especial archivaba en su memoria las arenas costaneras, absolutamente límpidas, que parecían camellos jorobados por el viento.

—Recuerde, *Fraulein*, no hay cabida para sentimentalismos —evocó la frase de uno de sus instructores de la División Brandenburgo de comandos especiales—. No hay cabida para sentimentalismos cuando la Patria y el *Führer* están primero.

Alemania, un *Reich*, un *Führer*, le retumbaban en sus oídos esas palabras.

Sin notarlo arribó al playón frente al cual emergería el submarino que la llevaría a Alemania. Como trenes en direcciones opuestas y aumentando la velocidad, acudían remembranzas e interrogantes sobre su querida patria.

Esperó, no por largo tiempo. El ruido de máquinas, que aunque no ubicaba exactamente su origen era claro, procedía de motores de aviones que sobrevolaban en plena oscuridad los cielos cercanos. Se acercaban, se alejaban. “Claro está”, se dijo. Daban vueltas. Describían círculos concéntricos. Miró su reloj, eran las 3:00 a.m. y cuando trató de divisar con más exactitud, una luz rojiza iluminó las siluetas de los cocotales.

—Dios, una señal —una bengala descendía, estupefacta musitó—. Están señalando de donde saldrá el U-boat.

También Felix Itterman observó como la luz fulgurantemente roja descendía colgando de un paracaídas, cual pequeño hongo, haciéndose mayor su intensidad hasta extinguirse al contactar con la superficie del mar.

No habrían transcurrido más de 30 minutos cuando había emitido la señal lumínica al U-68 para que enviara el bote inflable a recogerlo a él y a la doctora, pero aquella bengala lo cambiaba todo. No podía hacer nada. El transmisor yacía hecho añicos al fondo de un barranco para evitar que fuera encontrado.

Oyendo el ronroneo de los aviones dedujo que serían varios y evolucionaban libremente sobre el impenetrable techo oscuro de las noches sin luna. En su último mensaje enfatizó que esa estación no transmitiría más. Solo le quedaba la opción de hacer señales luminosas con la linterna, pero era una locura, y de Federika, ¿qué?



## Capítulo 33

Para Winston Taylor su futuro traslado a la fuerza aeronaval inglesa en el Mediterráneo era un nuevo ascenso en su carrera. En los días que le quedaban en misiones en el Caribe, él y los miembros de su reforzada escuadrilla anhelaban erradicar de una vez por todas la presencia, cada vez más menguadas, de los U-boats en estas latitudes.

“La guerra terminará y no lograré hundir un submarino alemán”, se reprochaba interiormente.

En esos días se realizaban operaciones conjuntas con aviones navales norteamericanos con bases en Panamá o Cuba. Una versión modificada del famoso DC-3, conocida como B-18 denominado “Bolo”, fue concebida como un bombardero medio utilizado hasta fines de los años de guerra en misiones de patrullaje; su lentitud, 210 mph, y un radio de acción de 850 millas le permitían largas horas de observación, estos eran principalmente los compañeros de los modelos ingleses en el Caribe.

El combate comenzó casi a las 4:00 a.m. Tan pronto emergió el U-68, Taylor “clavó” su *Blackburn Skua* sobre las aguas con el fin de marcar con bengalas múltiples al intruso, que con anterioridad había sido detectado por tripulaciones de los B-18 norteamericanos y seguido por más de cuatro horas, relevándose con otras dos aeronaves similares, pero manteniendo contacto electroacústico.



## Capítulo 34

Ya en Londres Heriberto Hernández Morán, además del intenso frío, observó la gran cantidad de globos cautivos que protegían el cielo. Aunque cansado, su ánimo era bueno. En el portafolio, encadenado a su muñeca izquierda, llevaba una compilación pormenorizada del mecanismo de acción de la Acetilcolinesterasa sobre los derivados químicos sintéticos con actividad neuromuscular. Meditaba muy ensimismado sobre los acontecimientos que ocurrían a su alrededor y la gran responsabilidad que sobre él gravitaba. El viejo y confortable *Hillman Humber* marchaba paralelo a la vía férrea alejándose de la capital.

Desde su llegada no lo acompañaron más, por lo menos visiblemente, los agentes de la OSS que le contactaron en Suecia. Ahora, como huésped del Supremo Comando de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas (Shaef), dependía de una sección de logística que realmente enmascaraba al Directorio de Armas Químicas. Un joven capitán del ejército inglés era su *alter ego*.

Al aproximarse a la caseta de vigilancia, la cuarta que pasaban, un conglomerado de barracas se veía parcialmente. Un guardia en traje de campaña pidió la identificación a los ocupantes, incluyendo al conductor; tras unos minutos apareció un teniente, quien después del saludo de rigor exclamó:

—Gambito de rey, señor —y ordenó que fuera levantado el obstáculo habitual para así ingresar al Comando de Operaciones Especiales del Estado Mayor Conjunto Aliado.

Luego de atravesar un trecho de unos 3 km, durante el cual Hernández Morán observó un sinnúmero de aviones bi y tetramotores ocultos bajo redes de camuflaje, se bajaron en la gran barraca 14, mimetizada como una fábrica de helados, no sin antes atender múltiples indicaciones visibles en avisos, especialmente la relativa al porte de fósforos o encendedores, los cuales eran requisados por las auxiliares femeninas de la Real Fuerza Aérea (RAF).

Hernández Morán murmuró:

—Es comprensible, por el combustible de los aviones.

—No exactamente —sonrió una de las auxiliares—. Son réplicas de madera —señaló hacia los cientos de aviones que habían visto en el trayecto... señuelos mudos, distractores de espías.

Ya ingresados en la “fábrica de helados”, bajaron de inmediato, por una escalera metálica, a un gran salón de dos niveles esculpido en el subsuelo. Accedieron a la parte inferior de unos 8x6 mts; de un lado una gran pantalla, al otro un mapa donde se distinguían flechas indicadoras de las progresiones de los ejércitos aliados ya en el corazón de Alemania, así como de futuros avances previstos.

Presidía la reunión el mariscal del Aire sir Geoffrey Clarke acompañado de otros oficiales de alta graduación, además de J.B. Halsen, premio Nobel de Química, 1936.

—Caballeros —tomó la palabra el mariscal—: el colapso total del III *Reich* es cuestión de tiempo. Esperamos no más de cuatro a seis semanas posterior al encuentro de fuerzas aliadas con avanzadas soviéticas, tal vez en el sur de Alemania. De ser así, partiremos en dos el territorio y emprenderemos operaciones conjuntas. Nuestros

objetivos estratégicos se han alcanzado. El esfuerzo militar nazi, en términos de producción bélica, ha caído en casi un 90%, pero nos queda por resolver cuál será la última jugada de Hitler —después de encender calmadamente su pipa agregó—. Desde el 15 de septiembre del año pasado, una desusada actividad de las armas teleguiadas nos ha causado grandes pérdidas; más de 10.000 civiles —en ese momento calló como haciendo una introspección—. Solo en Londres, solo en Londres —reiteró bajando la voz.

—Lo que más nos preocupa es que informaciones recibidas por diversas fuentes desde Holanda confirman la existencia de plataformas de lanzamiento para las V2, pero hay algo más grave aún —y aspiró largamente—: es que sospechamos que están recibiendo un nuevo tipo de cabeza de combate diferente a las usadas hasta ahora, así lo corroboran las aerofotografías.

Luego de un breve pero profundo silencio y tras un oscurecimiento de la sala, se proyectaron las fotografías aéreas antes referidas en una pantalla que cubría 4x4 mts, lo que permitía una magnífica interpretación.

Retomando la palabra, el mariscal del Aire nuevamente se dirigió a los asistentes:

—La pregunta concreta es si podremos capturar o destruir estas instalaciones y silenciarlas, o soportar el bombardeo con una carga sustitutiva de... realmente no sabemos qué cosa —tras una breve vacilación informó—. De acuerdo a nuestros científicos, una serie de compuestos irritantes, asfixiantes o enceguedores similares a los empleados en la guerra anterior, pero de mayor poder letal, no son viables por su peso o volumen para la capacidad de propulsión de los cohetes, por lo tanto, solo quedan las armas microbiológicas o un nuevo tipo de arma química. Tiene la palabra doctor Morán —finalizó.

—Es posible cargar en un dispositivo de 1.000 kg, similar al de las V2, una cantidad de gas neurotóxico, de forma que cada una causará entre 20.000 y 30.000 muertes por tetanización y parálisis respiratoria —aseveró Hernández Morán.

Si el propio Hitler hiciera acto de presencia en la reunión, no causaría el estado de agitación consecuente.

—¿Quiere usted decir que con 10 o 15 V2 portadoras de gas neurotóxico, a estas alturas de la guerra, podría ser diezmada la población de nuestra capital?

—No solo de Londres, almirante, de cualquier otra ciudad que esté en el radio de acción... como usted sabe mejor que yo —se había confundido de grado al contestar al mariscal del Aire.

—¿Cuál es el antídoto, si es que lo hay? —inquirió otro de los oficiales presentes, mirando a su predecesor en el uso de la palabra.

—Permítanme hacer una aclaratoria —puntualizó Hernández Morán—. Los gases neurotóxicos mantienen el estado de contracción muscular aun después de haber pasado el estímulo, de allí la rigidez muscular y ulterior parálisis respiratoria. Este fenómeno en neurología se conoce como tetanización y sucede cuando el neurotransmisor liberado para informar al músculo, la acetilcolina, aun pasado el estímulo, digamos la orden, se mantiene actuando, pues la enzima encargada de desactivar al mensajero, la acetilcolinesterasa, se interesa e interactúa con el tóxico.

Hernández Morán observó las caras de perplejidad de los presentes esperando la intervención de alguno de ellos, pero no la hubo. Por lo tanto, siguió hablando.

—Es el efecto del curare en las flechas de los indios amazónicos. Ahora bien, en una *Electric eel*, es decir, un Temblador, hay más de cien mil millones de veces la enzima antiparalizante que en un ser humano.

—Por favor, doctor, explíquenos los síntomas —solicitó uno de los congregados.

—Como secuela de los gases neurotóxicos aparecen náuseas, vómitos, sudoración y salivación exagerada, acompañada de destilación nasal, pérdida del control de esfínteres, con micción y defecación involuntaria, por supuesto... incontrolable —en este instante calló, observó el intercambio de miradas y prosiguió—. A los pocos minutos, no más de diez, de la exposición o inhalación, ocurrirá la contracción muscular y los movimientos involuntarios, espasmódicos, acompañados de una creciente rigidez torácica que impide respirar. En este nivel el proceso es irreversible y conduce a un cuadro de convulsiones y pérdida de la visión hasta el estado de colapso cardiopulmonar, coma y muerte.

Para evitar que se formaran grupúsculos de discusión, el Premio Nobel de Química, subiendo el tono increpó a Hernández Morán:

—Las concentraciones: ¿a cuál concentración hay acción tóxica?

—Señor —contestó respetuosamente—, después de absorberse por la piel, principalmente por las mucosas, o respirando tan solo unas centésimas de miligramo.

—Una ciudad como París sería despoblada con 75 Tn, y si cada V2 puede transportar una tonelada, no es difícil sacar cuentas —opinó un general de tres estrellas presente.



## Capítulo 35

Adolf Hitler permaneció pensativo después de escuchar los planteamientos del centurión mayor del III *Reich*. Por un instante un relámpago brilló en sus ojos frente a la posibilidad de doblegar a su más despreciado enemigo: el borracho Churchill, como le refería.

En los momentos actuales no cabían muchas maniobras. La rendición incondicional, tal como se derivaba de los documentos incautados referidos a la Operación Eclipse, nombre dado a los planes aliados para el destino de la Alemania derrotada, no dejaba márgenes.

Diezmando la población civil de la retaguardia de las tropas que se adentraban en Alemania, no solo Londres, París, Ámsterdam, Lieja... en fin.

Simultáneamente pasaban por su mente las terribles convulsiones que padeció en carne propia al ser gaseado, y los días de ceguera en 1917 en territorio francés. Acudieron imágenes fantasmagóricas; sus compañeros de pelotón con los pulmones reventados y los ojos exacerbados, jadeantes...

Cabizbajo, con la mandíbula un tanto desprendida, permaneció imbuido en sus recuerdos de cabo de infantería, rememorando su audaz papel de mensajero a través de territorio enemigo, lo que

le valió la preciada condecoración, reservada a oficiales y la única que exhibió, la Cruz de Hierro en primera clase.

Transcurrieron 10 ó 15 minutos y continuó sumido en sus meditaciones.

—*Mein Führer* —interrumpió el jefe de Estado Mayor, repitiendo nuevamente para lograr su atención.

—Los blindados de Koniev en el sur se han enlazado con las vanguardias de Zhukov al norte. Berlín está cercada. ¡Estamos rodeados! La capitalidad del *Reich* nacionalsocialista que duraría mil años —terminó diciendo entre dientes.

Las noticias recibidas en el búnker detonaron también en el epigastrio de Heinrich Himmler. Su humor se agrió bruscamente. De la euforia que precedía la reunión donde creyó congratularse con Hitler, tras su fracaso en el comando del grupo de ejércitos Vistula, uno de los tantos cargos que ostentó, pasó a una profunda depresión.

Efectivamente, el parte del asedio a Berlín trastocó el interés sobre lo que él planteó. La situación se tornó tan amenazante que no creyó conveniente seguir insistiendo.

Él conocía a Hitler desde 1924, sabía de su perseverancia, su espíritu de lucha, su celo por el poder... su terquedad. No se concluyó en nada. En su opinión emplearía las V2 con carga neurotóxica al menos en tres ciudades: Londres, París y Amberes. Tres naciones aliadas conocerían el sabor de la venganza.

Para el estado en que se hallaban sus contactos, extraoficiales por supuesto, con los angloamericanos, este era un as muy bien guardado en la manga, habida cuenta que desde el *Putch* del 20 de julio él controlaba el proyecto V2.

¡Sí, seguiría adelante!

Camino a su sede como ministro del Interior leyó en una pared semiderruida, *Berlin Bleibt Deutsch* (Berlín seguirá siendo alemán). Desechó de inmediato las reflexiones concomitantes al letrero. Pero no pudo evitar volver la mirada hacia atrás para releerlo.

Paralelamente a la utilización de los V2 con la nueva carga, por conducto de su masajista sueco haría deslizar este descomunal peligro a los agentes de inteligencia aliados. Este dual y macabro juego le permitiría estar bien con Dios y con el Diablo. No habría contradicción entre sus pensamientos y sus actos, él era inquebrantable, granítico; la cruz gamada prevalecería sobre todas las demás cruces.

—Saber lo que es un montón con cientos o miles de cadáveres... haberlos visto de cerca y permanecer honestos es lo que nos ha endurecido. Es una página gloriosa e inolvidable de nuestra historia —así reflexionaba, recordando uno de sus discursos a los altos mandos SS.

Como jefe del aparato policial preventivo y represivo más grande en la historia de la humanidad logró que, al reunirse más de dos ciudadanos, al menos uno fuera un confidente.

El fiel Heini, como lo llamaba Hitler, decidió continuar los preparativos hasta el final. Activaría *Gottendamerung* y de acuerdo a lo adverso de la situación usaría los N-CH, (*Neurotoxic Chemicals*).

La reunión estaba prevista para las 9:30 a.m. Puntualmente comenzó. Todos ocuparon los sitios previstos, más los nuevos miembros del Directorio de Armas Químicas ampliado, al que entre otros se agregaron dos representantes recibidos un día antes desde Chicago, quienes a bordo de un robusto B-24 cruzaron el gélido Atlántico vía Terranova. Laboraban con el equipo del físico

Robert Oppenheimer en un desconocido proyecto denominado Manhattan. Su presencia era para informar al mayor general Leslie Grooves (constructor del Pentágono y jefe del Manhattan, cuyo objetivo era detonar el primer artefacto atómico), la fase en que se encontraba el plan para gasear desde el espacio las capitales europeas e indagar si las V2 podrían alcanzar la costa este de los Estados Unidos.

El mariscal Clarke se dirigió a los presentes:

—Señores, nuestros últimos informes de inteligencia aérea son harto preocupantes. La total destrucción de las rampas de lanzamiento de armas V no se ha logrado. Las misiones diurnas con B-17 americanos y las nocturnas con Lancaster británicos sitúan bases con capacidad operativa al norte de Holanda. Han resistido siete incursiones que nos han costado la pérdida de 24 tripulaciones y otros tantos aparatos. Siguen cayendo nuevas V2 cuyo efecto es más demoledor; es posible que vectoricen un nuevo explosivo, quizás el Trialon, una vez y media más potente que el convencionalmente usado.

A continuación señalando un amasijo de partes de una V2 opinó:

—Mucho nos intriga que en las proximidades de Croydon cayó una V2 sin explotar, inerte, y según nuestros expertos: o fue un ensayo de navegación giroscópica o uno de carga hueca, es decir, sin peso alguno; como para afinar la puntería o algo así. Los restos permitieron establecer, al menos, que no llevaba algún explosivo basado en la dispersión de sus partes o el grado de incineración. Este hallazgo tiene que esclarecerse en las próximas veinticuatro horas, así se lo exigió al jefe de Estado Mayor Imperial el señor Churchill.

En el intercambio de preguntas, a Hernández Morán le hicieron dos a quemarropa, la primera la formuló el propio mariscal Clarke:

—¿Cuánta enzima acetilcolinesterasa sería necesaria para dotar a los pobladores de una ciudad como Londres?

—El equivalente a 150 tembladores —contestó impertérrito.

La segunda la hizo un físico de origen australiano.

—¿En cuánto tiempo estaría disponible al alcance de los usuarios?

—Con la que hay almacenada, más la que requeriremos de nuevos peces de ocho a diez días, una semana contrarreloj teniendo los tembladores aquí. Además —añadió—, la imprecisión no es culpa nuestra. Con la reserva actual protegeremos el equivalente a una cuarta parte de la población, más la mitad de los niños, habida cuenta que muchos ya habían sido evacuados con anterioridad. La otra porción dependerá de la recepción de nuevos especímenes.

No transcurrieron más de veinte minutos de haber concluido la reunión, cuando se solicitó al mando de aviación naval, con carácter de prioridad A1, la búsqueda de los tembladores señalados en el mapa de la Gordon Institution. Se requirió de un plan de operaciones para las próximas doce horas.

Antes del tiempo estipulado se recibió la llamada del mando de aviación naval informando que volarían dos hidrocanoas *Short Sunderland III*, desde la base de Dakar-África Sudoccidental con destino a Trinidad a las 6:40 hrs.

El “puerco espín volador”, como se conocía entre los alemanes este enorme hidroavión, era un real dolor de cabeza para los submarinos y aviones del eje. Voló por primera vez en 1937, y con sus cuatro motores Bristol-Pegaso de nueve cilindros alcanzaba 300 km/h y una autonomía de algo más de 13 horas, durante las cuales

sus catorce tripulantes realizaban excelentes labores de patrullaje y reconocimiento marítimo y antisubmarino. Con la adición del radar se convirtió en una respetable plataforma de combate que, aunque no lo pareciera por su aspecto rechoncho y nada aerodinámico, era temida por su poder de fuego.

Con el fin de garantizar el éxito de la misión, se asignó un tercer aparato, ya que así lo permitía el curso de las hostilidades, por cuanto a fines de marzo de 1945 la actividad submarina de los U-boats se redujo en un 80%.

## Capítulo 36

—Mantener curso y velocidad.

Era la única orden transmitida por el primer oficial en las últimas dos horas. El mutismo se quebró solo cuando Maximillian von Schobert comentó:

—Van hacia el sur, hacia la costa.

—Enemigo a la vista.

La orden de absoluto silencio no hace falta darla, así como la de apagar las luces. Todos permanecen estáticos, evitando malgastar oxígeno y producir Co2.

—A cien metros.

—A cien metros —es retransmitida la orden del capitán.

El ruido del Asdic, sistema de detección acústico antisubmarino, golpetea el casco. Suena a granitos lanzados sobre el agua. Se repiten. Se intensifican.

Empiezan a debilitarse hasta cesar. Ocurren dos explosiones y el sumergible péndula.

—¿De dónde nos atacan?

La respuesta a la pregunta del comandante del U-68 la da la explosión de otra carga de profundidad, cuya onda expansiva lo bambolea.

Pasan diez largos minutos, nada ocurre.

—¿Qué habrá en la superficie? —interroga Maximillian von Schobert a *soto voce*.

—Rumbo 230, a toda máquina.

Las órdenes son retransmitidas, el U-68 vibra en toda su longitud.

Maximillian von Schobert pregunta:

—¿Posición del enemigo?

—Ruido en el cuadrante B-6 —responde el navegante.

—Profundidad de periscopio.

La aguja del manómetro cambia de sentido.

—Están a babor, los oigo nítidamente, son dos torpederas —comunica el escucha.

—Periscopio a ras.

—Los veo —exclama Maximillian von Schobert —, sin humo ni mástiles.

Más allá está un destructor, su presa o... ¿su cazador?

Silencio total. Transcurren dos minutos.

—Cilindros tres y cuatro listos.

Transcurren 35, 36, 37 segundos.

—¡Fuego!

No esperó.

—Inmersión a 50 metros, todos a popa.

En el lapso de tiempo calculado se escucha la detonación... pero con dos torpederas cerca...

—¿Vías de agua?

—Sin novedad —responde el oficial ingeniero.

Todos ven al escucha. Trescientos... doscientos noventa y acercándose...

## Capítulo 37

El combate frente a las costas de Macuro duró más de dos horas. Los aviones aliados persiguieron y bombardearon el U-68. Terminando el día fueron vistas dos cazatorpederas y una larga columna de humo desde la costa. Los locales recordaron por muchos años los “fuegos artificiales” ocurridos frente a sus comunidades pesqueras. Bard, De Haas y los norteamericanos celebraron estrepitosamente la paliza que le dieron al intruso teutón. Con la entrada de Venezuela en estado de beligerancia contra Japón, Alemania e Italia, se operó el internamiento y confiscación de bienes.

En Europa, el primero de abril era capturada la cuenca del Ruhr, gran bastión de la producción bélica germana. En el Lejano Oriente, los norteamericanos desembarcaban en Okinawa, obteniendo bases para que sus bombarderos pesados B-29 alcanzaran la metrópolis japonesa. En esa fecha se evacuó Peenemunde y se trasladaron 1.600 técnicos de suprema calificación, indispensables para la producción y lanzamiento de armas V, y con ellos invalorable equipos que fueron dispersados en cuevas y galerías subterráneas incluyendo una mina de sal, para evitar a toda costa que cayeran en manos rusas.

Diez y nueve días después, el 20 de abril del 1945 en un lúgubre escenario, debajo de una ciudad que era línea de combate, Adolf

Hitler celebraba ante un reducido grupo de jefes y miembros de su entorno íntimo su cumpleaños número 56; sería el último.

En esa misma fecha las religiosas compañeras de Federika Model notaron, con gran extrañeza, que no se presentó al dispensario a primera hora como acostumbraba, ya que nunca se había interrumpido esa rutina. Algo simple y llanamente increíble.

—Hasta con las fiebres llegó temprano —le dijo Inés a sor Catalina.

Pero la doctora no estaba en casa aquel tórrido día, cuando hasta los rayos del Sol retozaban en la superficie de las aguas para refrescarse. Como algo muy desusado en ella, en horas laborales, decidió tomar un baño en la playa donde tantas veces lo había hecho, solo que al atardecer, tan pronto culminaba sus labores.

Antes de entrar al agua, Federika atravesó las veredas que siempre le parecieron muy hermosas. Un ave rompiendo el vuelo, mariposas, un fruto pomo, un aroma, la quietud del bosque, las espumas, una garza roja, el dios verano, en fin... Sin darse cuenta se oyó a sí misma cantando, entonando un himno de la *Hitler Jugend* (Juventud Hitleriana).

*Mira adelante, mira al frente  
supera el miedo y encontrarás el camino  
serás feliz, si desprecias la muerte  
si no tiembles, ni dudas  
si nada pides, ni te quejas de nada  
la cobardía es una deshonra.  
Pronto llegará la Primavera.  
Liberaremos a nuestros hermanos  
del espantoso yugo extranjero.*

*Para lograrlo, hermano,  
tu vida y tu coraje.*

Así tarareaba en su idioma original mientras se aproximaba a la playa. Sus pies descalzos acariciaban las olas y caminó hasta que la profundidad se lo permitió.

Ya mar afuera, nadó, lo hizo como siempre con fluidez y resistencia, cambiando de estilo, flotando, dejándose llevar, cara al sol.

Allá en la línea costanera, las hermanas la veían al igual que los curiosos, quienes le voceaban que regresara. Al rato se sumaron otras convirtiéndose en una algarabía las voces que repetían su nombre. Hasta el padre Montiel acudió y en silencio movía solamente sus labios, con una plegaria *in pectoris*.

Federika miraba el prístino cielo tan límpido y brillante que la enceguecía. Ya no escuchaba el estrépito que desde la costa, voces y olas, le martirizaba los oídos, aún sensibles por las explosiones escuchadas durante su espera por el U-68, que supuestamente la trasladaría a su amada madre patria. Evocaba sus excursiones por la Selva Negra, los lagos y canales anexos a Berlín, la ciudad que ella conoció y amó. La capital más completa del mundo para su época y que en la actualidad era un montón de ruinas, humo y metralla, donde los conciertos wagnerianos fueron sustituidos por cañonazos y el fragor de los lanzacohetes soviéticos, más el omnipresente zumbido de los aviones.

—Ya no se ve más —gritó y gritó un lugareño desde lo alto de un cocotero, mostrando sin querer la inmensa cicatriz donde la alemana lo suturó.

Otra mujer de piel trigueña y ojos aceitunados, húmedos en esta ocasión y con un niño a horcajadas, oteaba el horizonte sin

hablar, tomándole la manito como señalando por donde la rubia dama que lo ayudó a venir al mundo, ya se desdibujaba.

Era época de *ardentia*, ese fascinante fenómeno ecológico que, asociado a la proliferación de organismos marinos, principalmente del plancton, hace que con el contacto del cuerpo este se haga luminiscente, apareciendo un halo entre lo espectral y lo cromático.

El vello púbico de Federika rutilaba metálicamente como su cabellera y ella, un poco aturdida ya, rememoraba la cita en un cuadro que pendía en el comedor de su hogar y que refería un consejo dado a Lutero cuando partió a enfrentarse con los miembros de la Dieta de Worms: “Monjito, monjito escogiste un camino muy difícil”.

Miró hacia la costa, ya imperceptible, vio las elegantes nubes y una bandada de alcatraces en formación. El golpeteo del agua era más y más intenso. La claridad era comparable a la transparencia del agua. El sol vertía lava líquida. No sentía las manos, el cansancio atiborraba agradablemente hombros y piernas, la sapidez del agua salada le daba una mayor avidez por ingerirla.

El intenso verano había disparado su salva de alcatraces, gaviotas y otras aves, cuyos trinos resonaban en la mente de Federika, quien mantenía sus párpados como en duelo, a media asta.

## Capítulo 38

Heinrich Himmler terminó de subir cansadamente la empinada escalera que conducía hacia la superficie y permitía salir del búnker, donde Hitler prolongaba su ocaso.

La noticia de la llegada de los norteamericanos a Nuremberg, ciudad ícono del nazismo, no podía ser peor. Entre otros asuntos de su directa incumbencia, revisaba el último informe sobre la salud, física y mental de Hitler, emanado de su médico de cabecera. Se ocupaba además del Ministerio del Interior, de la jefatura de las SS y hasta del ejército de reserva, del cual era su comandante. Pero las dos ideas que más fluían por su mente cíclicamente eran: en primer término, la posibilidad de contactar personalmente con el general Eisenhower, jefe Supremo Aliado en Europa, y la segunda, más acuciante aún, terminar los preparativos y decidir lanzar los V2. Esta gran ambivalencia, típica en él, generaba un desasosiego que se incrementaba cuando su brillante asesor en Inteligencia Exterior, el *Brigadeführer* Walter Schellenberg, le conminaba a realizar el contacto con los anglonorteamericanos a la brevedad posible.

Himmler eligió al fin para tal propósito a su terapeuta, el médico sueco Felix Kestern, quien vía Estocolmo había partido secretamente para clarificar ante el Alto Mando Occidental la necesidad de llegar a un acuerdo, ya que con los soviéticos estaba

negada cualquier posibilidad de negociación. Inclusive barajaba la posibilidad de ofrecerles un frente común para detener la marea bolchevique que ya alcanzaba el corazón de Alemania y por ende de Europa. Paralelamente trató de hacer contactos mediante el presidente de la Cruz Roja Internacional, el conde Bernardote. Todo concluyó en nada. Nadie quería oír ni hablar con tan siniestro funcionario, capistote mayor del pavoroso submundo de los campos de trabajo forzado o de exterminio.

## Capítulo 39

—... Y la muerte de nuestro bienamado Führer, hijo dilecto de la Iglesia católica, apostólica y romana, y paladín en la defensa del Occidente Cristiano, no es tal. No, hermanos, no es su fin, es un tránsito hacia una nueva forma de continuar la lucha, así lo eligió. No tenemos palabras para resignarnos. Feneció como lo que fue: un cruzado, un grandioso caballero. Otro mártir ingresa a la legión celestial...

Fray Jesús Alvero continuaba *in crescendo* su sagrada oratoria, añadiendo:

—Hijos míos: Hitler combatió heroicamente al más feroz enemigo del mundo santo y civilizado; defendiendo la herencia románica del común y milenario enemigo: el maligno, que hoy viste de rojo sangriento y empuña la hoz y el martillo. Los hombres píos de corazón lo envidiarán. Nuevos adalides vendrán, si es la voluntad de nuestro Señor: ninguno como Él.

Sujetándose la parda sotana que el viento batía y posterior a una profunda inspiración exclamó:

—*Heil*, bienamado caudillo, seguiremos vuestros pasos.

Miró a su alrededor, con la expresión y gestualidad que tantas veces adoptó desde los púlpitos, buscando los ojos y hasta el corazón inflamado, por su verbo, de los feligreses, pero en la roca

que sobresalía del escarpado farallón no había nadie que le escuchara. Estaba solo. Completamente solo.

Una pareja de delfines que jugueteaban sobre el mar, al fondo del precipicio, quizás eran sus oyentes.

## Capítulo 40

El 10 de mayo de 1945, mientras ingresaba al puerto de Wilhelmshafen el U-68, recibía reiterativamente el siguiente mensaje:

“De: *Oberkommando Kriegsmarine*. (Alto Mando Marina de Guerra).

Para: Todas unidades navales.

Asunto: Confirmada muerte de Hitler. *Gross Admiral* (gran almirante) Döenitz, presidente *Reich*.

Orden general: Absoluto cese fuego. Capitulación firmada”.

Maximillian von Schobert movió la cabeza una y otra vez, dubitativamente. Releyó el mensaje recibido, sin protección de clave alguna, trayendo remembranzas de las dificultades soportadas en las escalofrantes últimas tres semanas tratando de llegar a Alemania. El U-68 recibió en alta mar el nuevo torpedo T-11 autorientable, incapaz de desviarse de su blanco y programado para discriminar el tipo de buque de acuerdo al perfil sónico producido, que no se usó; otra arma de superioridad indiscutible que llegó tarde.

Pasaba lentamente por la borda de un crucero británico surto en la dársena, bajo la mirada de los tripulantes, y vio dos

submarinos: el U-2711 y el U- 2802, el doble en longitud que el suyo, así como en desplazamiento y velocidad. Totalmente silenciosos, estos nuevos U-boats salían rumbo a su cautiverio con tripulantes aliados en su interior como botín de guerra. No participaron en misiones bélicas, pocos días antes habían concluido sus cruceros de evaluación e instrucción.

El *Korvet Kapitan* (capitán de Corbeta) ascendido el 04-02-1945, encerrado en su camarote, proyectaba mentalmente que hacía más de 2.000 días que puso proa rumbo al Atlántico Sur y el Caribe. En esos cinco años y medio no había regresado a la patria.

Equidistantes se encontraban sobre el pequeño escritorio, junto a los mapas de navegación, dos objetos muy apreciados por él: el diario de bitácora, con más de 1.500 referidos y el lomo algo gastado, y su arma de reglamento, una Walter P-38 metalizada en azul oscuro, tanto como las aguas profundas que navegaron los U-boats, regalo personal de Adolf Hitler a sus comandantes de submarinos.

Maximillian von Schobert la miró y luego la palpó en su mano diestra. Percibió su olor oleoso, y el frío del cañón contrastó con el calor de su sien derecha.

## Capítulo 41

Lo que más sorprendió al fisiólogo Hernández Morán fue que entre las personas que se encontraban en los laboratorios subterráneos donde se aislaba, contrarreloj, la enzima acetilcolinesterasa, se hallaban simples soldados norteamericanos, todos de cierta edad, hombres de ciencia por su vocabulario. Uno de ellos se dirigió a él estrechándole la mano y sin más preámbulo dijo:

—Mis colegas y yo somos del grupo Grooves, nos llaman “los Alsos”, acabamos de regresar de territorio alemán. Pertenece al Proyecto Manhattan. Por cierto, no ha oído usted hablar de él —acotó secamente.

—No, no —respondió Hernández Morán.

Muy sonriente el aparente soldado raso le confió:

—Pronto oirá.

El 6 de agosto la humanidad ingresaba en la edad nuclear. Sobre Hiroshima detonaba una bomba atómica. Tres días después otra lo haría sobre Nagasaki. El 14 Japón se rendía incondicionalmente. La Segunda Guerra Mundial había concluido. Cincuenta millones de muertos no podían celebrarlo.



## Epílogo

Entre las anécdotas más referidas en nuestros días por los pobladores de la región, se menciona la de los extranjeros que los herraban bajo los brazos como al ganado. También la del gringo a quien el viento le tumbaba el peluquín, pero que encontró la planta que curaba las fiebres palúdicas. Además, se ha perpetuado oralmente la historia del indio que vestía como los “rationales” y que en su *delirium tremens* contaba cosas que nadie creía. La que más se repetía se relacionaba con una bella doctora alemana, *La Catira*, como la llamaba él, que se metió a la mar y se fue nadando para su tierra...



## Apéndice

El uso de compuestos químicos en confrontaciones bélicas se remonta a la antigüedad. El envenenamiento de las aguas, de ríos y arroyos o de depósitos, y de vituallas, en general, ha sido una práctica intentada en muchas ocasiones. El caso de los oasis durante las guerras en el norte de África es un típico ejemplo. Desde el siglo VII a.C., y hasta las postrimerías del medioevo, se utilizó una mezcla clorinada combustible y tóxica conocida como el fuego helénico. Con anterioridad, en las guerras entre Atenas y Esparta, se emplearon mezclas de azufre que al quemarse liberaban gases irritantes. En muchas oportunidades como durante el sitio de Sebastopol (1855) y en la norteamericana Guerra de Secesión (1861-1865), confederados y yanquis respectivamente consideraron el uso de gases sulfurosos, pero esta idea fue rechazada por su extrema crueldad, aparte del subyacente peligro de que su aplicación dependía de la velocidad y direccionalidad del viento.

Cerca de Ypres, el 22 de abril de 1915, los alemanes iniciaron una contraofensiva sobre los anglo-franco-canadienses, no con el tradicional bombardeo artillero sino un suave, como la brisa, vapor verdoso-amarillento que se esparcía sobre las trincheras aliadas. Era cloro gaseoso, de efectos catastróficos. Los pulmones de quienes lo inhalaban reventaban literalmente. Aquel día primaveral se abrió así un nuevo hito en la crueldad del hombre por su afán en autodestruirse. Se utilizaron más de 5.000 bidones del mortífero gas, el cual se usó nuevamente dos días más tarde. Esta arma de destrucción masiva es recordada como iperita, por el lugar en que se empleó por primera vez.

Cuatro meses después, en septiembre, y ayudándose con viento favorable, los aliados retribuyeron el ataque con el mismo cloro gaseoso sobre las trincheras teutonas. Posteriormente, el gas cruz amarilla, conocido como mostaza o mostaza nitrogenada, se empleó en casi el 50% de las granadas de artillería. A fines de la Primera Guerra Mundial se recurrió al fosgeno, a la arsina y a otros compuestos más letales como la lewisita. Para 1939-1940 se habían sintetizado y, en el mayor secreto, producido los gases paralizantes o neurotóxicos, y si bien no fueron utilizados, de todos modos representaron una escalofriante amenaza. El primero de ellos, de manufactura alemana, se bautizó como tabún, y fue tal el secreto que rodeó a la misma que no figuraba en los inventarios del arsenal químico.

La producción de armas de destrucción masiva no convencionales se incrementó aún más con la síntesis del serín y, posteriormente, del somán. Del primero, en abril-mayo de 1945, los aliados localizaron más de 7.000 Tn, cantidad más que suficiente para exterminar la población de 30 ciudades como París, demográficamente hablando.





# Índice

Nota introductoria	9
Prólogo	15
Palabras previas	19
Capítulo 1	21
Capítulo 2	29
Capítulo 3	35
Capítulo 4	39
Capítulo 5	43
Capítulo 6	51
Capítulo 7	55
Capítulo 8	57
Capítulo 9	61
Capítulo 10	65
Capítulo 11	69
Capítulo 12	73
Capítulo 13	77
Capítulo 14	81
Capítulo 15	83
Capítulo 16	89
Capítulo 17	91
Capítulo 18	95
Capítulo 19	97
Capítulo 20	101
Capítulo 21	105
Capítulo 22	107

Capítulo 23	113
Capítulo 24	117
Capítulo 25	121
Capítulo 26	123
Capítulo 27	129
Capítulo 28	131
Capítulo 29	133
Capítulo 30	137
Capítulo 31	141
Capítulo 32	145
Capítulo 33	151
Capítulo 34	153
Capítulo 35	159
Capítulo 36	165
Capítulo 37	167
Capítulo 38	171
Capítulo 39	173
Capítulo 40	175
Capítulo 41	177
Epílogo	179
Apéndice	181





3.000 EJEMPLARES  
ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN LA FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA  
EN EL MES DE ENERO DE 2015

GUARENAS - VENEZUELA







# Temblador

VÍCTOR CANESTRI



Existen imágenes que nos recuerdan la posibilidad de un apocalipsis, sin duda, el holocausto nazi y la bomba atómica son dos de ellas. La Segunda Guerra Mundial alimentó gran parte de la imaginación del hombre contemporáneo: el cielo oscurecido por la sombra amenazadora de cientos de aviones semejantes a enjambres de langostas hambrientas. Las fuerzas armadas de aproximadamente sesenta países participaron en esta confrontación afectando a todo el planeta, de una manera u otra. Esta es una historia de ficción argumentada en un marco histórico real. Durante el carnaval del año 1942, en la madrugada del 16 de febrero, submarinos nazis atacaron a tanqueros de varias nacionalidades que navegaban en aguas venezolanas transportando petróleo a las refinerías de Curazao y Aruba. Esa noche murieron 52 personas, 5 de ellas venezolanas. *El Universal* reseñaría estos ataques el miércoles 18.

## Víctor Canestri (Caracas, 1965)

Científico de profesión, graduado en Biología por la UCV. Fue profesor de Histología y Citología en la Universidad Central de Venezuela. También se desempeñó como jefe de la cátedra de Zoología y profesor de Anatomía y Zoología Comparada en la Universidad Andrés Bello. Ha escrito diferentes trabajos sobre peces y contaminación en revistas especializadas, además de cultivar la narrativa de ciencia ficción. Ha publicado: *Las partes principales del cero* (1983).

